

UNA NOCHE DE INVIERNO

LAURA KASISCHKE



Laura Kasischke

UNA NOCHE
DE INVIERNO



Portada

Dedicatoria

Lema

Navidad, 20--

Informe 321-22-2-7654

Agradecimientos

Créditos

Para Bill

Que es el sonido de la tierra
llena del mismo viento
que sopla en el mismo desolado lugar...

WALLACE STEVENS,
«El muñeco de nieve»

Navidad, 20--

Esa mañana se despertó tarde y lo supo: algo los había seguido a casa desde Rusia.

Holly supuso que esa información indefinida le había sido revelada en un sueño; el atisbo de una verdad que arrastraba consigo desde hacía... ¿cuánto?

¿Trece años?

¡Trece años!

Hacía trece años que lo sabía y no lo sabía... o eso le pareció mientras yacía en la cama, medio dormida, la mañana de Navidad. Se levantó, angustiada, y recorrió el pasillo hasta la habitación de su hija para ver si seguía allí, todavía dormida, sana y salva.

Sí, allí estaba Tatiana, su pálido brazo sobre la pálida colcha, el cabello oscuro desparramado en la almohada. Tan quieta que podría haber sido una pintura. Tan tranquila que podría haber estado...

Pero no. Tatiana estaba bien. Más serena, Holly volvió al dormitorio, se acostó de nuevo junto a su marido... y, sin embargo, en cuanto lo hizo, pensó en ello una vez más: ¡los había seguido a casa!

Era algo que, al parecer, ya sabía en el fondo de su corazón, o en su subconsciente, o dondequiera que la información como aquella se escondiese durante años, hasta que algo devolvía a la conciencia lo que había olvidado, reprimido o... ¿o lo había pasado por alto a propósito? Ahora estaba segura: ¡algo los había seguido a casa desde Rusia!

Pero ¿qué?

Y entonces pensó: «Tengo que escribirlo antes de que se me olvide.» El deseo casi histérico de escribir sobre algo apenas vislumbrado, de fijarlo en una página antes de que volviera a esfumarse, había sido una sensación habitual cuando era más joven. Había llegado a sentir náuseas por esa ansia de arrancárselo de dentro y ponerlo por escrito antes de que se escondiese en lo más profundo de su ser, detrás de algún órgano, un órgano parduzco como

un hígado o unas branquias, donde se viera obligada a hurgar, como para extirparlo de una carcasa de pavo. Así solía sentirse Holly cuando escribía un poema y ésa era la razón de que hubiese dejado de escribirlos.

Dios mío, pensó, aquella idea era como un poema: un secreto, una verdad fuera de nuestro alcance. Necesitaría tiempo para arrancárselo y examinarlo a la luz, pero lo llevaba dentro, lo hubiese sabido o no hasta entonces. Como un poema que quería ser escrito. Una verdad empeñada en que la reconociesen.

¡Algo los había seguido a casa desde Rusia!

¡Aquello explicaba tantas cosas...!

La gata, arrastrándose. Las patas traseras, la cola.

Y su marido. El bulto en el dorso de la mano, como si le creciera un tercer puño diminuto, ¡el puño de un homúnculo! Les habían dicho que era benigno, pero ¿cómo podía ser benigno algo así? Les habían dicho que no le diesen importancia, pero ¿cómo? Algo germinaba en el interior de su marido o intentaba salir a zarpazos. ¿Cómo no iban a darle importancia?

(Aunque, para ser justos con la doctora Fujimura, habían aprendido a no darle importancia y finalmente dejó de crecer, tal como ella les había dicho.)

Y la tía Rose. El modo en que había cambiado su forma de hablar. Había empezado a expresarse en un idioma extranjero. Holly había dejado de responder a sus llamadas porque ya no lo soportaba más, y sus primos se habían enfadado mucho: «Le encantaba hablar contigo. Eras su favorita. La abandonaste cuando agonizaba.»

Y luego las gallinas. Se habían confabulado para atacar a la gallina que tan estúpida, tan frívolamente, Holly había llamado *Sally*. Seis semanas, y después...

«No pienses en *Sally*. No vuelvas a pensar en esa gallina ni en su espantoso nombre.»

Y la mancha de humedad con forma de cara en la mesa del comedor, aunque nunca averiguaron por dónde se había filtrado el agua en el tejado de impermeabilización garantizada. Los de la empresa instaladora habían pisoteado el comedor con sus botas sucias y la mirada clavada en el techo, negándose a hacerse responsables.

Inexplicablemente, también se había despegado el papel pintado del baño. Sólo en ese rincón. Era imposible mantenerlo en su sitio. Habían probado todos los adhesivos del mercado, pero el papel pintado de margaritas resistía justo tres días y después volvía a despegarse.

¡Tenía que anotar esos detalles, esas pruebas! La gata, la tía Rose, el bulto en la mano de su marido, las gallinas, la mancha de humedad, el papel pintado... junto con la clave que le había facilitado su sueño: algo los había seguido a casa desde Rusia.

¿Cuánto hacía desde la última vez que se había despertado con la necesidad de escribir? Dios, cuánto había necesitado escribir... Ahora volvía a necesitarlo. ¿Qué hora era? Continuaba en la cama o había vuelto a la cama. ¿Se había levantado para echar un vistazo a su hija? ¿O lo había soñado? ¿Había regresado a la cama y se había quedado dormida? Quizá. Ahora no tenía que abrir los ojos para saber que ya había amanecido y que nevaba.

¿Tenía un bolígrafo en el dormitorio? Si encontraba uno antes de que Eric y Tatiana se levantasen, ¿sería capaz de sentarse a escribir? Esa costumbre interrumpida. Esa necesidad abandonada.

Holly pensó que sí, sería capaz de escribir. Lo presentía, notaba ese deseo amargo. También notaba una presión horrible en los pulmones, como si se le hubiese atrancado algo en el torso. Se imaginó vomitándolo como si vomitara un cisne: algo con un cuello largo y curvo alojado en su garganta, que la asfixiaba con sus plumones y sus huesudos cálamos. Qué aliviada se sentiría después, echada en el suelo del dormitorio junto al cisne que había vomitado y traído al mundo.

Fuera, el viento soplaba como un nervio arrancado de un árbol. Era la mañana de Navidad, pero no era temprano. Debían ser casi las nueve. ¡Nunca dormían hasta tan tarde la mañana de Navidad! Demasiado ponche de huevo con ron la noche anterior. ¿Tatty seguía durmiendo? La palidez de su brazo y la colcha, y la almohada, salpicada de cabello oscuro, inmóvil. Holly había ido a verla, eso lo recordaba, pero hacía horas, ¿verdad? Seguro que Tatty ya se había levantado y los estaba esperando para abrir los regalos. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no había entrado en la habitación para despertarlos?

Porque tenía quince años, claro. Seguramente seguía durmiendo. Ya no se repetirían aquellas mañanas de Navidad en que Tatty se levantaba al alba y les abofeteaba la cara con suavidad con sus manitas nuevas y húmedas. Esa mañana, por el contrario, todos se habían quedado dormidos y Holly se había despertado con la idea espantosa de que algo los había seguido a casa desde Rusia.

¿Algo maligno?

Quizá no fuera maligno. Pero los había consumido. Aún los consumía.

«Bueno, eso es la maternidad —diría Thuy—. Eso es ser madre, los niños son vampiros que chupan la energía...»

Sin embargo, no había que olvidarse de la gata. El papel pintado. La tía Rose. Incluso cuando estaba algo lúcida, incluso cuando sus palabras eran las habituales en inglés, a Holly le había parecido que la tía Rose recitaba versos de «El sermón de fuego»: «En las arenas de Margate no puedo relacionar nada con nada las uñas rotas de manos sucias mi pueblo humilde pueblo que no espera nada lalá...»

Y también estaba lo de sus CD, ¿verdad? Todos sus favoritos habían aparecido rayados, como si de la noche a la mañana... ¿aunque no habría sido con el paso del tiempo? Todos y cada uno de sus CD favoritos estaban destrozados y nunca se habían molestado en reemplazarlos. Los habían dejado ahí, en el estante, como los libros que ya nunca leían y a los que ni siquiera les quitaban el polvo.

¡Y hablando de polvo! Dios mío, había por todas partes. Era agotador. Aunque parecía imposible, seguía flotando impregnado de pelo de gato, después de tantos años sin gato, así como de los largos cabellos negros de Tatiana. Cuando Holly se quejaba del polvo, Eric juraba que ni lo veía ni lo notaba y le sugería que, si tanto le molestaba, contratase otra vez a una asistente.

Y sí, podría haber contratado a una asistente, pero no se sentía con fuerzas, no después de la última y del accidente que sufrió en la escalera de atrás, cuando resbaló en el hielo mientras sacaba la basura. Y antes de eso las alergias, la urticaria, y su sensación de culpabilidad por pagar a otra mujer, una más pobre, una que hablaba en español, para que hiciese por ella aquel trabajo tan personal que habría sido perfectamente capaz de hacer por sí misma.

Polvo, cansancio, estaba en el aire: algo los había seguido a casa desde Rusia.

Repítelo, pensó. Es un estribillo. Como en un poema. Escríbelo. Escribe que por fin la sombra de un rostro se ha asomado por una esquina esta mañana de Navidad (¡habían dormido hasta tan tarde...!) y se ha dejado ver.

Algo que llevaba allí todo el tiempo. Dentro de la casa. Dentro de ellos. Los había seguido todo el camino a casa desde Rusia.

Pero ¡no era la pequeña! ¡No era la pequeña Tatty! Desde luego que no. A la pequeña Tatiana la habían traído ellos desde Rusia. Su hija no era ninguna perseguidora, ninguna aparición, ninguna maldición procedente de otro país.

No. Desde luego que no era la pequeña Tatty, envuelta en su manta mugrienta, la bella Tatty. La preciosa bailarina rusa, su monito, su cariño, su trotamundos, el amor de sus vidas. No era Tatiana.

No. Era otra cosa. Y lo único que tenía en común con su hija era que había regresado con ellos desde Rusia.

Holly todavía intentaba despertarse, imaginarse con un bolígrafo en la mano, escribiendo... ¿Era muy tarde? ¿Serían ya las diez? ¿Por qué continuaba medio dormida, o había vuelto a dormirse, la mañana de Navidad? Tanteó el espacio donde debía de estar Eric. «Por favor, que se haya ido», pensó. Si se hubiera ido, tendría un momento de soledad para escribir. Casi había conseguido abrir los pesados párpados. «Por favor, que Eric se haya llevado a Tatty al aeropuerto para recoger a sus padres. Por favor, necesito media hora para escribir, para comprender, para observar ese algo.» De lo contrario lo olvidaría, seguro, y después ya no sabría lo que sabía ahora. Nunca sería una idea completa, ni mucho menos un poema, ese algo que...

¡Que había roto tres de las copas tornasoladas de su madre! Y rayado todos y cada uno de sus CD, como con una navaja. Estropeados. Irreemplazables. Ni siquiera los habían descargado en iTunes (¿alguna vez habrían sacado tiempo para hacerlo?). *Música acuática. Las cuatro estaciones.* Patti Smith. Incluso los Beatles. ¿Había vuelto a oír esas canciones, ni que fuera en la radio de un coche que le había pasado por al lado? Era como si esos temas (*Norwegian Wood, I Want to Hold Your Hand*) nunca se hubiesen escrito ni interpretado.

Y la gata. Menudo espanto. Y, antes, su gallina favorita. Cómo la habían atacado las otras... No la habían matado a picotazos, sólo la habían agredido hasta dejarla agonizante, convertida en un amasijo olvidado, abandonado, mientras las demás seguían con su vida.

Y el cuaderno de poemas que le habían robado con el bolso en una cafetería, y el portátil lleno de poemas que le habían robado en un hotel de California... ¡de la mismísima caja fuerte!

Y Concordia, la asistente a la que Tatty tanto quería, pero que sufría de alergias y eccemas desde que había empezado a trabajar para ellos y luego se

había torcido el tobillo al resbalar en el hielo en la escalera de atrás (sacando la basura, llena de botellas de plástico que Holly tendría que haber reciclado), y ya no había vuelto.

Y, madre mía, casi se había olvidado de la hija de Kay, su compañera de trabajo, a la que habían atropellado con veintidós años cuando cruzaba un paso de peatones en un día soleado. De qué forma tan irracional y absoluta había sentido Holly que tenía parte de culpa... A fin de cuentas, nunca le había gustado Kay, y el día antes del accidente le había dejado en la mesa un manual del empleado, recomendándole que lo leyera (estaba tan harta de la parsimonia de su compañera, de los almuerzos prolongados, de las llamadas personales... aunque, en realidad, ¿qué importancia tenía todo aquello?). Esa noche, Kay se había ido a casa con el manual, llorando, y (¿quién sabe?) quizá le había contado a su hija los problemas que tenía en el trabajo y tal vez la hija iba corriendo por la calle al día siguiente preocupada por su madre y había cruzado sin mirar.

—Eso es una locura —le había dicho Eric—. Si el universo funciona así, entonces eres Dios. Y yo creía que tú eras la atea, la que no tenía supersticiones...

Pero ¿y si no había sido una locura? ¿Y si se habían traído algo de Rusia? Algo malévol. ¿O algo que estuviera desesperado por volver a sus orígenes? ¡A lo mejor quería regresar!

¿No los había advertido una de las cuidadoras rusas? ¿No lo había intentado, al menos? La que tenía un párpado caído y el cabello de una princesa renacentista, peinado a un lado en una trenza dorada que parecía impregnada de aceite.

¿Se llamaba Theodota?

Era la que llevaba algo extraño dentro de una burbuja de cristal prendida en el pecho. Una rosa seca, le explicó a Holly, de la tumba del santo patrón de las dolencias de estómago, dolores que Theodota llevaba sufriendo casi toda la vida. El objeto de la burbuja le había recordado a una especie de tumor, algo marchito e interno, y se había quejado con dureza a Eric de las manías religiosas de las cuidadoras siberianas. ¿No se suponía que en ese lugar dejado de la mano de Dios habían acabado con la religión?

—No, éstos somos nosotros —replicó Eric—. Confundes a los rusos con los estadounidenses. Son los estadounidenses quienes han renunciado a Dios; los rusos lo han reencontrado.

Eric siempre defendía la religión, aunque no iba a la iglesia ni rezaba a ningún dios. Era una forma de defender a sus padres, suponía Holly, pues Eric siempre creía que ella los criticaba cuando criticaba la religión, los valores anticuados o los encurtidos.

¿Fue en Siberia donde le salió el bulto en la mano a su marido? ¿Fue allí donde empezó a crecerle bajo la piel? Holly guardaba un vago recuerdo de una de esas cuidadoras del orfanato Pokrovka n.º 2, quizá fuera la misma Theodota: se había quedado mirándole la mano, negando con la cabeza, intentando comunicarles algo en un ruso lento y esmerado, idioma del que ellos no entendían ni una palabra.

De Tatiana, Theodota les había dicho:

—No. No poner nombre ruso. Pon nombre americano. O ella volverá.

En el orfanato la llamaban «Sally» y les habían explicado:

—Le ponemos nombre americano para que tanto en la vida como en la muerte esté tranquila en América y no quiera volver a Rusia.

—Pero queremos que esté orgullosa de sus orígenes rusos —les había explicado Holly a su vez, sin saber si entendían su inglés—. Queremos llamarla «Tatiana» porque es un nombre ruso precioso, para una niña rusa preciosa.

La cuidadora había torcido el gesto y negado con la cabeza con vehemencia.

—*Niet, Niet.* «Sally.» O... —Entonces se ablandó, como intuyendo que quizá debían transigir un poco—. Le ponéis «Bonnie». *Bonnie y Clyde*, ¿no?

Holly había sonreído, pero le estaba costando mantener un tono distendido.

—No. «Tatiana.»

—No —había atajado la cuidadora.

—¡Madre mía! —le había dicho Holly después a Eric—. ¿Qué le pasa a esta gente?

Incluso Eric, en ese momento, había recobrado lo suficiente el sentido del humor para negar con la cabeza, con incredulidad, ante las supersticiones de esa gente de Siberia.

Sin embargo, ¡eso no había sido todo! En su segundo viaje al orfanato, esa vez en tren desde Moscú, el revisor, que quería practicar su pésimo inglés, les había revelado que bajo el uniforme siempre llevaba un cilicio, el cual, en su caso, resultó ser una cruz de alambre de espino. El funcionario se desabrochó los botones de la camisa para mostrarles una cruz, primitiva y grande como la

mano de un niño, colgada de una cadena, junto con los arañazos que las púas le habían dejado en el torso lampiño (¿tendría siquiera treinta años?). Les contó que las vías del Transiberiano pasaban por encima de las tumbas de los prisioneros que las habían construido, como si eso explicara la necesidad de llevar pegada a la piel una cruz de espino.

Holly estaba horrorizada, pero a Eric le había encantado. Ninguno de los dos esperaba semejantes cosas de los rusos. Quizá habían imaginado reflectores, botellas de vodka y alambradas, y también a unos ciudadanos antipáticos y militaristas; aunque la verdad era que su imaginación no había llegado tan lejos. ¿Habían creído siquiera en la existencia de Rusia, de Siberia, antes de llegar allí? Tal vez pensaron que, al decir «Siberia», la agencia de adopción simplemente estaba utilizando una expresión descriptiva, pues para Holly aquella palabra siempre había descrito un sitio, no pensaba que en realidad se tratara de un lugar. Quizá había creído, incluso cuando la agencia de adopción ya tenía los billetes de avión, que con «Siberia» sólo se refería a «un lugar remoto» o «desolado»; no a que el orfanato estuviera en Siberia.

Sin embargo, era en Siberia donde se encontraban. Siberia existía. Había botellas de vodka, reflectores y alambradas, tal como Holly esperaba, y también mujeres con babushkas, carros de paja, hombres adustos y uniformados, algunas jóvenes bellísimas con gorros de piel; nada de eso la sorprendió, pero sí todo lo demás. Todo. Especialmente lo supersticiosos que eran. Como los bebés del orfanato Pokrovka n.º 2 tenían tos y fiebre, el personal los había avisado de que deberían llevar ajos alrededor del cuello. Y en efecto les habían ofrecido dientes de ajo colgados de un cordel gris. ¿Para ahuyentar los gérmenes? ¿O...?

En cualquier otro sitio, Holly se habría negado, pero en el orfanato Pokrovka n.º 2 se colgó los ajos del cuello, feliz y agradecida. En aquel momento habría hecho lo que fuera (abrirse una vena, atiborrarse de cenizas, entregar su alma al Diablo) con tal de abrazar al bebé por el que habían viajado desde tan lejos.

Y cuyo nombre, seguro, no sería «Sally». Ellos siempre habían sabido que la llamarían «Tatiana». Significaba «reina hada» en ruso.

Su pequeña Tatty.

—Éste es el bebé —dijo una cuidadora que apareció de pronto en el umbral.

Holly había esperado una hora de papeleo. O un largo trayecto por un pasillo. Se había imaginado a ella y a Eric detrás de una puerta acorazada mientras un vigilante abría un cerrojo. Sin embargo, en cuanto se pasaron los collares de ajo por la cabeza y se sentaron en la sala de espera, oyeron que una voz musical y femenina, pero con mucho acento, pronunciaba las palabras: «Éste es el bebé.»

Al levantar la vista hacia la puerta abierta, Holly descubrió que entraba muchísima luz por una ventana, o una pared acristalada, situada en algún lugar detrás de la cuidadora, cuyo cabello claro y muy corto resplandecía como un halo. Esa cuidadora (a la que nunca volvieron a ver, aunque preguntaron por ella) tenía un rostro angelical y una sonrisa deslumbrante, de dientes rectos y labios lustrosos. Podría haber salido de una nube o de una película, con esa niña en brazos. Podría haber sido cualquier clase de ser sobrenatural —ángel, hada, diosa— o una actriz contratada para interpretar ese papel. Era difícil apartar la vista de su rostro y mirar lo que llevaba en brazos.

Eric siempre decía que les presentaron a Tatty envuelta en una manta azul, pero Holly sabía que no era así. Su hija iba arropada con una manta de color gris sucio y le había parecido que el sol trataba de limpiarla, blanquearla, bendecirla. El sol intentaba que el bebé brillase. El sol deseaba que Holly quisiera a la niña, que se compadeciese de ella, que se la llevara a casa. Cómo iba a saber el sol que no necesitaba esforzarse. Al dirigir la mirada del rostro de la cuidadora al bebé envuelto en gris que llevaba en brazos, Holly tuvo que contenerse para no hincarse de rodillas y romper a llorar. Tuvo que agarrarse tan fuerte a Eric que después, cuando se alejaban del orfanato, bromearon diciendo que le había dejado el brazo lleno de moratones y magulladuras, lo que, de hecho, era verdad. Cuando esa noche Eric se quitó la camisa, tenía un cardenal en forma de concha pequeña justo encima del codo.

En cuanto la cuidadora entró en la habitación, Holly se levantó y le pusieron al bebé en los brazos.

Abrazó a su hija y antes de verla, sentirla u oírla, la quiso, como si hubiese un órgano y una parte del cerebro que se correspondiera con el ojo o la nariz o el oído del amor. El primer sentido. Nunca lo había necesitado hasta ese momento. Entonces se dio cuenta de que era el más agudo de todos.

El segundo sentido: el olfato. Siempre asociaría a su hija y su amor por ella

con esa impresión sensorial secundaria del acre e intenso *Allium sativum*, la turbia impronta del diente de ajo que, con la piel medio arrancada, le colgaba del cuello, sobre el pecho, entre ella y su bebé. Con el olor a pañal sucio. Y a leche agria y cereal remojado del cuello húmedo del vestido harapiento que le habían puesto, como si se la quisieran vender —¡como si tuviesen que persuadirlos para que se la llevaran!—, estampado con unas cuantas margaritas ajadas, para mayor efecto.

Y recordó cómo, también entonces, había querido escribirlo. Había querido expresarlo sobre papel antes de que las palabras se perdiesen. Pero, claro, no había tiempo. Ni siquiera en el cuarto de baño, tras devolver a su hija a la cuidadora y marcharse, pudo Holly escribirlo. Con el culo desnudo en la fría porcelana, rebuscando en el bolso mientras oía los pasos de su marido al otro lado de la fina puerta, no pudo encontrar un bolígrafo.

Ahora tenía que encontrar un bolígrafo para escribir que algo los había seguido a casa desde Siberia.

Desde el orfanato. El orfanato Pokrovka n.º 2.

Necesitaba un bolígrafo y media hora a solas, antes de que llegara la familia política, antes del asado y los Cox. Madre mía, los Cox, que se sentarían a la mesa y esperarían que los distrajese. Y su espantoso hijo, que parecía haber nacido sin alma. Holly llevaba semanas, meses, años, sin querer escribir, y si no escribía ahora, si no lograba despertarse del todo y encontrar un bolígrafo, si no se dedicaba media hora a ella misma, aquel deseo de escribir pasaría y quizá nunca volvería, jamás.

Movió una mano por la cama, hacia el lado de Eric, el lugar que confiaba en encontrar vacío, el lugar que necesitaba encontrar vacío, las sábanas frías, Eric ausente, para tener un momento a solas...

Sin embargo, allí estaba él, y Holly sintió que se despertaba sobresaltado. Eric se incorporó tan rápido que el cabezal golpeó contra la pared, y entonces ella a su vez se despertó del todo al distinguir que había demasiada luz en el dormitorio. Eric, que también se dio cuenta, se levantó de un salto y le gritó:

—¡Mierda, nos hemos dormido! Son las diez y media. Mis padres ya estarán esperando en el puto aeropuerto y los malditos Cox llegarán dentro de una hora. ¿Dónde está Tatiana? ¿Por qué no nos ha despertado? Joder, Holly. ¡Tengo que irme!

Y se fue.

Ella apenas había puesto los pies en el suelo cuando oyó el coche en el garaje y la puerta que se abría. Eric no era de los que derrapan en la gravilla, pero esta vez lo hizo, algo que Holly interpretó como lo que era: una insinuación de que le echaba la culpa. Por supuesto. Por supuesto, si sus padres ya estaban esperando en el aeropuerto, preocupados o enfermos o quejándose, de un modo u otro era culpa de Holly. Los hermanos de Eric dirían después: «¿Por qué diantres Eric no ha llegado a tiempo para recoger a papá y mamá?», como si la pregunta fuese en sí la respuesta, porque ambas iban dirigidas a ella.

Y, como había dicho Eric, ¿dónde demonios estaba Tatiana? ¿Continuaba durmiendo? ¿Se había asomado ella a la habitación de su hija hacía tan sólo una o dos horas (brazo pálido, colcha pálida), o lo había soñado? ¿Holly se había despertado antes o después, sabiendo que algo los había seguido...?

Aún sentía la necesidad de escribirlo, y le sorprendió y complació seguir sintiéndola. Pero ¿qué quería escribir, exactamente? ¿Que algo había regresado con ellos desde Siberia? ¿Que algo, a saber cómo, los había seguido? ¿Era ésa la explicación con que se había despertado, la Cosa que esclarecía las tragedias inexplicables de los últimos trece años?

¿Y qué eran esas tragedias? ¡Nada! A fin de cuentas todos seguían vivos, ¿verdad? ¿Qué más había, entonces, aparte de las desgracias habituales que se sufren a lo largo de trece años en un típico pueblo estadounidense? ¿De las calamidades normales de una familia normal? ¡Esos trece años les habían dado muchas más alegrías que tristezas!

Sí, le habían robado el bolso y el portátil. Pero el ladrón que se llevó su bolso en la cafetería no iba detrás de sus poemas. Iba detrás de su dinero. A muchas mujeres les roban el bolso cuando lo dejan en la mesa para ir a buscar otro café. Y qué estupidez por su parte dejar el portátil (¡sin tener una copia de seguridad del disco duro!) en el hotel de una gran ciudad y confiar en que estuviese seguro en la caja fuerte.

¿Y el resto? ¿La asistenta? ¿El accidente de la hija de Kay? La gata había muerto como cualquier animal doméstico que se escapa y se lanza a la carretera. ¿Y la gallina, *Sally*? ¿Qué esperaban? Holly y Eric no sabían nada de gallinas ni de sus costumbres cuando las compraron. Era algo que todo el vecindario había descubierto al mismo tiempo, cuando el ayuntamiento de su pueblo de académicos e informáticos, gente que nada sabía de esos asuntos,

había aprobado la ordenanza que les permitía tener gallinas en el patio trasero.

¿Y los cambios en su matrimonio? Bueno, Eric y ella sencillamente eran más viejos. A Holly a veces se le olvidaba. En lugar de fijarse a diario en la cara de Eric o en el reflejo de la suya en el espejo, se había acostumbrado a mirar todas las mañanas los rostros del pasado que estaban enmarcados en la pared del pasillo, junto al baño: Eric y ella trece años antes, delante de la pared desnuda del orfanato Pokrovka n.º 2 mientras, en los brazos de Holly, la pequeña Tatty clavaba la vista en los ojos de su nueva madre. Esa fotografía ya insinuaba quiénes serían trece años después. El cabello pelirrojo de Eric empezaba a encanecer en las sienes, y su estado físico (tanto correr y tanto baloncesto... entonces sólo tenía cuarenta y dos años) comenzaba a empeorar debido a la rodilla mala. El torso se veía delgado debajo de la camisa blanca y no costaba imaginar que, con el tiempo, el hombre de esa imagen adelgazaría en vez de engordar.

Y ella. En la fotografía, Holly tenía treinta y tres años y su pelo aún era rubio natural. No necesitaba gafas (o todavía era demasiado coqueta para ponérselas) y aunque entonces también pesaba más que ahora, con los años el peso se había distribuido de forma distinta. Antes llevaba el acolchado en otras partes.

La pequeña Tatty ya poseía esa mirada que la hacía ser Tatiana. Ojos de un negro intenso y el cabello más largo que Holly había visto nunca en una niña de su edad. En el orfanato Pokrovka n.º 2 las cuidadoras la llamaban «Rapunzel de pelo azabache». Cualquiera que mirase la fotografía enmarcada y colgada en la pared del pasillo habría sabido que se convertiría en lo que era ahora, una belleza adolescente de piernas largas, aún con ese cabello sedoso alrededor de los hombros y los mismos ojos oscuros.

—¿Tatiana? —la llamó mientras salía al pasillo, frotándose las sienes.

Era verdad, se dio cuenta. Tenía resaca. Nada grave, pero temía que ese último ponche de huevo con ron la persiguiese todo el día.

—¿Tatiana? —volvió a llamarla.

No hubo respuesta. ¿Habría salido? Pero ¿adónde? ¿Por qué? De no ser así, era imposible que siguiese durmiendo. No, habría decidido no responder a propósito a sus llamadas, quizá fuera una especie de castigo por haberse dormido. Holly se frotó los ojos con el índice y el pulgar, suspiró, y se disponía a llamar a su hija por tercera vez cuando dio un respingo y tuvo que

sofocar un grito al ver a Tatiana ahí mismo, en el umbral de la puerta de su cuarto, completamente inmóvil, mirándola con desaprobación.

—Por Dios, Tatty —exclamó. Tardó unos segundos en recuperar el aliento —: Me has asustado. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Feliz Navidad —dijo Tatiana—. Jo, creía que papá y tú ibais a dormir hasta Nochevieja.

Soltó ese suspiro adolescente que había perfeccionado a lo largo del último año, un suspiro dramático que transmitía a la vez amargura y distancia, un sonido que a Holly siempre le recordaba la nieve de Siberia. Holly había supuesto que allí la nieve se acumularía como en el Michigan de su infancia, formando muros y montículos. Pero no. En Siberia se limitaba a desplazarse a la deriva. Una deriva sin fin. Nada, al parecer, podía detenerla. Era nieve, era sólida, era visible, pero inseparable del viento. Justo como ese suspiro de adolescente.

—Estábamos cansados —explicó Holly, intentando que no sonara a disculpa. ¿Por qué debía disculparse?

—Ya lo supongo —dijo Tatty.

—Me he levantado hará un par de horas y dormías como un tronco, así que he vuelto a la cama.

—No dormía. Llevo horas sin dormir, y tú lo sabes.

—Bueno, pues parecías dormida.

«Siempre discutiendo», pensó Holly. Pasó junto a su hija y percibió olor a menta, a champú con aceite de árbol de té, y a Verbena, de L'Occitane, perfume del que habían comprado dos frascos en el centro comercial porque Tatty se negaba a compartir el suyo con ella, aunque al final resultó que Holly no podía usarlo: le daba dolor de cabeza. Añadió la verbena a la lista de flores cuyo aroma no podía ponerse más de diez minutos sin encontrarse mal: lirio de los valles, magnolia, gardenia.

—¿No vamos a desayunar? ¿No abrimos los regalos? ¿Papá ya se ha ido al aeropuerto? ¿No tenía que acompañarlo?

Preguntas hostiles, retóricas. Tatty no lloriqueaba. El tono era de reproche, retador.

—Oye, ¿por qué no nos has despertado si tanto te apetecía hacer todo eso?

Holly rodeó la isla de la cocina, intentando no sonar tan a la defensiva como se sentía.

—Papá se ha ido corriendo porque seguramente Gin y Gramps ya estarán

recogiendo el equipaje. Y yo tengo millones de cosas que hacer. ¿No puedes tomarte unos cereales o algo así?

—¿Y los regalos?

Holly abrió la boca, negó con la cabeza, soltó aire, se volvió hacia la cafetera y pulsó el botón azul para encenderla de nuevo; había programado la máquina para las siete de la mañana y hacía rato que el café se había enfriado en el recipiente de cristal.

—Los regalos tendrán que esperar a que papá vuelva. De todos modos, tú ya sabes qué son.

Tatiana dio media vuelta y se encaminó de nuevo a su habitación. La camiseta blanca de tirantes era casi demasiado luminosa para la vista, con todo ese cabello oscuro entre los omóplatos; contoneaba las caderas y llevaba el pantalón elástico blanco tan subido y ceñido que rozaba lo obscuro. Las nalgas de su culito de bebé. Marcando entrepierna. Holly odiaba imaginar qué pensarían los hombres al mirar ese precioso trasero. Y luego recordó, con la rapidez de una bofetada, que aunque su hija fingiera ser —y pareciese— una mujer, en realidad era sólo una niña. ¡Y era el día de Navidad! Tendría que haber puesto el despertador.

—Cariño —la llamó, ablandada y arrepentida.

Pero Tatiana ya cerraba la puerta de su cuarto.

También era Navidad la primera vez que estuvieron en Siberia, la primera vez que vieron a Tatty; pero después de todo el cansancio, la euforia y las semanas de preparación del viaje, Eric y Holly habían olvidado la Navidad o la trascendencia de llegar por primera vez al orfanato Pokrovka n.º 2 la mañana del 25 de diciembre.

Sin embargo, ese día no había indicios de las fiestas en la institución porque los rusos celebran la Navidad ortodoxa trece días después. Quizá Eric y Holly lo habrían pasado por alto de no haber sido por la otra pareja estadounidense que se alojaba en el hostel del orfanato. Ellos sí se habían acordado de llevar regalos para su nuevo bebé —mantas y peúcos envueltos en papel verde y rojo—, así como jabones decorativos, chocolate y pañuelos de seda para las cuidadoras. Holly pensó que ellos deberían haber hecho lo mismo, pero entonces ya era demasiado tarde. Estaban a once mil kilómetros de Macy's.

—No tiene importancia —le dijo la otra futura madre—. Aquí no viene Papá Noel ni nada parecido. Dan más importancia al Año Nuevo que a la Navidad. La celebran bebiendo un montón. Nadie espera regalos.

Sin embargo, llegar al orfanato el 25 de diciembre sin un solo regalo para su hija o las cuidadoras sí le importaba. Era terrible. Imperdonable. Su primer fracaso como madre. Daba igual que sólo lo supiera o se preocupase ella. Ella era la única que debía saberlo o preocuparse.

Holly miró el árbol. Supuso que Tatty lo habría encendido. Las lucecitas emitían un tenue destello, como puntas de lápiz eléctricas sumidas en el resplandor que entraba por el ventanal. En medio de tanta luminosidad, aquellas luces le parecieron inútiles. No eran luces de verdad, sólo pequeños puntos que se esforzaban por serlo. Se esforzaban demasiado. Quiso desconectarlas: no tenía sentido encenderlas hasta más tarde, cuando la oscuridad las hiciera brillar; pero se contuvo, porque Tatty las quería encendidas.

Al parecer, Tatty estaba emocionada con la Navidad, por incomprensible que eso le resultase a Holly. Últimamente su hija apenas se emocionaba con nada que no fuese Tommy; estaba en esa edad en que, si le hubiesen ofrecido un millón de dólares, habría puesto los ojos en blanco y tendido la mano con pereza para recibirlo. Unos días antes consiguió enfurecer a Holly diciendo que «una de las razones» por las que «le horrorizaba la Navidad» era que Tommy y su padre pasarían toda la semana en Jackson Hole.

—Tommy... Tommy es mi Jesucristo.

—Tatty, no seas blasfema —le había dicho Holly.

—Ah. Vale —había respondido su hija.

Acto seguido había fingido que se llevaba un porro a los labios y fumaba, y Holly le había dado la espalda con rapidez.

Sin embargo, aunque Holly y Eric dormían, Tatty tenía que haberse levantado para ir a la sala de estar y encender el árbol. Como si volviera a ser una niña pequeña. Su decepción al ver que Eric se había marchado indicaba que esa mañana le habría gustado abrir primero los regalos, como siempre, antes de ir a buscar a la familia y antes de que llegasen los invitados, aunque aquel año no le aguardase ninguna sorpresa. Sabía cuáles eran sus regalos, pues había anotado con todo detalle lo que quería (¡incluso en algunos casos

había apuntado el ISBN!) para que Holly pudiera comprarlo por internet.

Aun así, Tatty se había levantado antes que sus padres y había ido a la sala de estar para encender las luces del árbol, como si, pese al «horror» adolescente que le inspiraban la familia, las fiestas y la ausencia de Tommy, estuviera emocionada con la Navidad.

Holly se acercó a la puerta del dormitorio de su hija y la llamó:

—¿Cariño? ¿Tatty?

No hubo respuesta. Cómo no. Nunca la había al principio, ya no, cuando ella la llamaba. De un tiempo a esa parte a Tatty le gustaba hacer sufrir a su madre.

—Tatty, ¿puedes abrir la puerta?

Oyó el roce de las patas de una silla en el suelo de madera. Tatty debía de haberse apartado de la mesa donde estaba el ordenador. Era un sonido tan familiar que Holly a veces incluso lo oía cuando su hija no estaba en casa.

—No está cerrada —dijo Tatiana lo bastante alto para que la oyese, pero no lo suficiente para que sonara como una invitación a entrar.

La intención era insinuar fastidio y exasperación, indicar que su madre tenía que saber muy bien que ella nunca cerraba por dentro. Era lo que siempre decía Tatty cuando Holly llamaba a su puerta; siempre recalca que nunca cerraba la puerta del dormitorio, aunque Holly le había instalado una aldabilla para que su hija tuviera intimidad.

—¿Intimidad? —había dicho Tatty, ofendida, cuando Holly se la instaló.

—Bueno, a mí a tu edad siempre me preocupaba que alguien entrase en mi cuarto, y quería que supieras que en esta casa se respeta tu intimidad.

—¡No me digas! Gracias —había contestado Tatty, entornando los ojos y negando con la cabeza—. ¿Y para qué iba a necesitar intimidad, mamá? ¿Qué quieres que haga aquí?

La verdad era que entonces Holly se había ruborizado, como si le hubiesen leído un pensamiento sucio en voz alta.

—No lo sé. ¡De eso se trata! Ahora puedes cerrar la puerta para que ni papá ni yo nos entrometamos.

Tatiana se había vuelto para regresar al ordenador, en cuya pantalla se veía un trabajo inacabado sobre la Vigésimoquinta Enmienda a la Constitución de Estados Unidos, una enmienda tan aburrida y compleja que le habían reconocido un mérito especial por haberla aceptado.

Holly se había quedado allí, mirando los hombros de su hija y la hermosa e

inocente cascada de cabello que le caía por la espalda.

«Rapunzel de pelo azabache», así la llamaban las cuidadoras.

A los diecinueve meses ya tenía aquel cabello precioso, largo, liso y negrísimo.

Y después de todos aquellos años seguía teniendo piel de bebé, sin poros, inmaculada. Incluso cuando pasaba todo un día fuera, en verano, sin protección solar, Tatiana no se bronceaba ni se quemaba. Su tez era de color leche manchada con una gota de colorante azul. Más oscuro en las sienes, y a veces debajo de los ojos y alrededor de la boca.

«Sí, pero ¿cuándo ha pasado Tatty todo un día fuera, en verano, sin protección solar?», habría preguntado Thuy, riendo.

Encerrada. En una torre. Como si fuera Rapunzel.

No. Ése no había sido el *modus operandi* de Holly como madre. Nunca. Lo que había querido para Tatiana, desde el principio, era libertad. ¿No era por eso por lo que había instalado la aldabilla, para que Tatiana pudiera tener secretos? ¿Para que pudiese...?

¿Qué?

¿Esconder algo de contrabando?

¿Como...?

¿Condomes?

¿Mirar pornografía en internet? ¿Era eso para lo que Tatiana había creído que su madre le daba permiso? ¿Era eso para lo que Holly le estaba dando permiso a su hija?

Para nada, por lo menos no de forma consciente. Nada de eso le había pasado conscientemente por la cabeza. Era un gesto simbólico. Se trataba de que Tatiana supiera que confiaban en ella, que tenía derechos en la que era la casa de los tres.

E incluso si hacía algo para lo que sí necesitase intimidad, ¿por qué no? ¿Por qué no ofrecerle esa libertad? ¿De qué servía intentar disuadir a una adolescente de esas cosas? Tatiana tenía amigas cuyos padres pretendían supervisar cualquier imagen que sus hijas vieran. Su vecina, Mary Smithers, cuya hija solía ir a jugar con Tatiana hasta que se mudaron hacía unos años, le había dicho a Holly que, por favor, la telefonease antes de permitir que Bethany viese cualquier programa de televisión. «Queremos controlar lo que

ve», había dicho Mary Smithers, sin siquiera evitar el término «controlar».

Eric y Holly casi se habían escandalizado, como si hubiesen descubierto que Mary Smithers pensaba mandar a Bethany al convento. No era así como querían criar a su hija, como si los tiempos no hubieran cambiado. Querían que Tatiana se sintiera dueña de sus actos, con derecho a tomar sus propias decisiones. Lo habían decidido ya antes de traerla de Rusia: educarían a su hija para que fuese una librepensadora y hablarían de todo sin tapujos. Se compadecían de la pequeña Bethany, cuya madre no se fiaba de ella en presencia de un televisor. Y Bethany le había confiado a Tatiana: «No tenemos internet en casa porque mis padres no quieren que lo use.»

¿Qué clase de mensaje transmitían con eso? ¿Que el mundo exterior era obsceno? ¿Que debías esconder a tu hija, en lugar de darle herramientas para que se protegiera?

—Tatiana, ¡a tu edad puede que haya cosas que no quieras que tus padres sepan! —le había dicho Holly, esperando que no sonara tan divertido como sabía que sonaba.

Tatiana no perdió un segundo:

—Creía que habías dicho que no debía tener secretos con vosotros.

Holly ya no recordaba qué había respondido a eso, pero Tatiana nunca cerraba la puerta por dentro y, siempre que su madre llamaba, decía:

—Por favor, mamá. Entra, no está cerrada. Aquí dentro nunca haré nada que no puedas ver.

Al abrir la puerta del cuarto de su hija, Holly vio que ya no llevaba la camiseta y el pantalón blancos, sino el espantoso vestido de terciopelo rojo que la abuela Gin le había regalado la Navidad anterior. Por desgracia, la madre de Eric era modista. Y también tejía. Y todos los cumpleaños y las Navidades hacía ropa para sus seres queridos y le encantaba ver a sus seres queridos vestidos con esa ropa.

—Ay, Tatty, ¡no tienes que ponerte eso! ¡La abuela Gin ni se acordará!

—A lo mejor me lo quiero poner —dijo Tatiana, volviéndose para lanzar una mirada de odio a su madre—. A lo mejor me encanta.

Cuando entró en la habitación, Holly percibió la mezcla de aromas familiar: la fragancia natural del cabello y la piel de Tatty combinada con los perfumes y las lociones que usaba, las frutas, las flores y los aceites, y esa

mañana algo más, algo un tanto fétido, o podrido. ¿Habría olvidado su hija un plátano o una manzana en un cajón? Algo fermentado. No putrefacto, pero casi.

La cama, al menos, estaba muy bien hecha. El suelo y la mesa, cubiertos de fotografías de Tommy que Tatiana había impreso del teléfono y desperdigado por todas partes, pero eso era lo único que estaba fuera de lugar. Todo lo demás estaba doblado, limpio y guardado, en honor a las visitas. Aunque desde hacía unos años se mostraba irritable e impaciente con sus padres, siempre era atenta con los demás adultos de su vida y, por respeto, cumplía estrictamente todos los códigos de conducta que exigía su trato (hasta los que Holly encontraba ridículos, como llamar al padre de Tommy «señor MacClean» después de tanto tiempo). Holly y Eric habían insistido desde el principio en que Tommy, y todos los amigos de Tatiana, los llamasen por su nombre.

Holly dio un pequeño rodeo alrededor de su hija, para examinar el vestido rojo: el terciopelo era barato y pesaba; no era terciopelo auténtico, sino algún tipo de poliéster que Gin habría comprado en una tienda de segunda mano. Estaba segura de que su suegra había adquirido un rollo entero y había confeccionado servilleteros o mantelitos con los retales. El vestido le llegaba a Tatiana hasta los tobillos, como una especie de disfraz del Viejo Mundo. Sin escote. Botones de perlas falsas hasta la nuca. Y volantes en los hombros. El patrón debía de ser de los ochenta. Era horroroso.

—Cariño, ¿cómo has podido siquiera ponértelo? Has aumentado tanto de talla desde el año pasado...

Su hija había pasado de la copa A a la C en los últimos doce meses; habían tenido que renovar todos los sujetadores y dar a la beneficencia muchas de sus antiguas camisetas.

—Es evidente que lo he ensanchado —dijo Tatiana, negando con la cabeza.

—¿Qué?

—Lo he ensanchado. Ya sabes, con tijeras, hilo y demás.

Fingió que cosía y luego Holly se fijó en el vestido. En su estilo, era impecable. Ginny era toda precisión. Hacía ropa fea y pasada de moda, pero la confeccionaba meticulosamente.

—¿Cómo? —preguntó de nuevo Holly.

—Jo, mamá. Con aguja e hilo, ya te lo he dicho, ¿vale? ¡Se llama «coser»!

Olvídalo. ¿Para qué has venido, qué querías?

—Quería desearte feliz Navidad —explicó Holly, deseando que su tono sonara más a disculpa que a exasperación. Intentó suavizarlo—. Y... siento que nos hayamos dormido. Cuando papá vuelva con Gin y Gramps abriremos los regalos, ¿de acuerdo?

Tatiana torció un poco la boca. ¡A Holly se le partió el corazón! ¡Era Tatty con cuatro años, cuando le dijeron que no podía ir a una fiesta de cumpleaños porque tenía fiebre! Tatiana nunca había sido de las que rompían a llorar. Al contrario, sobrellevaba las emociones como...

Como una huérfana, como una niña abandonada que había entendido, muy pronto y a la perfección, que la vida no era justa.

—Ay, Tatty, ojalá nos hubiésemos levantado antes...

Esta vez el remordimiento y la tristeza de Holly fueron sinceros.

—Jo, mamá, que ya soy mayor.

Tatiana se volvió, como si le diese la espalda a la idea de que aquello importaba: haberse dormido, la decepción.

Pero es que ¡era la mañana de Navidad! Y quizá Tatty había creído que esa Navidad sería como las de los años anteriores, con esas mañanas que empezaban al amanecer con las manitas pegajosas de Tatty en las mejillas de sus padres («¡Mamá! ¡Papá! ¡Es Navidad!») y en las que después abrían unos regalos que eran auténticas sorpresas. Con aquellos calcetines que por arte de magia rebosaban de animales de plástico y pasadores con forma de mariposa. Con la patraña de Papá Noel a la que Holly había puesto fin muy pronto, en contra de los deseos de Eric... Pero, a ver, ¿quién creía que se trataba de un mito saludable? Un intruso cargado de regalos que luego resultaba ser una mentira orquestada por los padres.

Sin embargo, tal vez esa mañana Tatty había querido revivir esos primeros años y toda la emoción, pero ¡sus padres, agotados por el trabajo y una cena de Nochebuena con demasiado vino y luego ponche de huevo con ron, se habían quedado durmiendo hasta casi el mediodía!

—Cariño —dijo Holly, acercándose.

Extendió los brazos para rodear el paquete de falso terciopelo rojo que era su hija. Tatty estaba rígida, aunque no se apartó. Holly aspiró su aroma almizclado, cítrico y floral. Una parte era comprada, pero otra era simplemente Tatty, su olor innato, esa dulzura que ni siquiera los ajos que habían colgado del cuello de Holly habían conseguido sofocar. Para ella,

aquel bebé olía como si acabasen de sacarlo de un nido hecho con palitos de viburno en las ramas de un abeto. Incluso llegó a pensar que las cuidadoras la habían rociado con algo para que oliese así. Como parecían tan ansiosas por venderles a la pequeña Tatiana (insistían: «¡Nunca llora! ¡Nunca enferma!», y le habían puesto el vestido de algodón con margaritas ajadas, sin duda el mejor que encontraron entre los harapos del orfanato), no podía descartar que la hubiesen rociado con ambientador para crear un efecto especial.

Holly inspiró y siguió abrazando a su bebé de quince años. Tatiana no se apartó y, por fin, más relajada, apoyó la frente en el hombro de su madre. Permanecieron así varios segundos, hasta que Holly oyó —muy a lo lejos, quizá desde debajo de un cojín o una almohada— que en su móvil sonaba *A Hard Rain's A-Gonna Fall*, de Bob Dylan, y la soltó para ir corriendo a responder.

Era Eric:

—Holly. Ya estamos en el coche. A cuarenta y cinco minutos de casa.

—¿Cómo están tus padres? —preguntó ella—. ¿Ha ido bien el viaje?

—Sí, perfecto —respondió Eric, aunque el tono de su voz indicaba que en realidad algo no iba bien, pero también que sus padres estaban en el coche y no podía explicarle de qué se trataba.

—De acuerdo... ¿Tengo que prepararme para algo inesperado? —Bajó instintivamente la voz al preguntarlo, aunque sabía que sus suegros estaban tan sordos que no la oirían, ni siquiera con el altavoz activado.

—Puede. Cierta confusión. No me lo esperaba.

«No me lo esperaba.» Holly tomó y expulsó aire con la boca apartada del teléfono, para que él no la oyese. De no haber sido tan predecible y tan trágico, le habría contestado con desdén. Se habría reído. Le habría dicho: «¿No te lo esperabas? ¿Y qué coño te esperabas, entonces?» ¿Cuánto iba a tardar Eric en darse cuenta de lo viejos y enfermos que estaban sus padres?

Pero en lugar de eso dijo:

—Vaya por Dios. En fin, haremos lo que podamos. Tú tráelos a casa, Eric.

Pulsó el botón para colgar. Como de costumbre, al principio la línea no se cortó y Holly tuvo que darle al botón una y otra vez hasta conseguir terminar la llamada. Cuando dejó el teléfono y se volvió, Tatiana estaba al otro lado de la isla de la cocina, alisándose el cabello con una de sus elegantes manos, una

mano de dedos largos y uñas pintadas de rojo (¿a juego con el vestido?).

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó entonces, y su voz sonó preocupada.

—No lo sé, Tatty. Papá estaba con los abuelos en el coche y sólo ha dicho «confusión». Se hacen mayores, cariño. Les cuesta viajar. Pero pronto estarán aquí y cuidaremos de ellos. Será mejor que me duche.

Holly sonrió a su hija, pero ésta no le devolvió la sonrisa. Por favor, ¿también ella iba a ofenderse, como Eric, cada vez que insinuaba que Gin y Gramps eran viejos? ¿Cuánto iba a durar esa fase de negociación? ¿Era ella la única que veía lo que pasaba, que esa pareja de ancianos no debía viajar sola, que no debía vivir sola? ¿Era la única que había reparado en lo rápido que las cosas iban cuesta abajo para Gin y Gramps desde hacía un par de años? Al volverse para ir al cuarto de baño, Tatiana dijo a su espalda:

—Feliz Navidad, Mari Juana.

Holly tomó aire, pero reprimió el impulso de darse la vuelta. No podía darse la vuelta. De haberlo hecho, habría tenido que enfrentarse a una expresión que no quería ver en la cara de su hija (¿desaprobación, desprecio, disgusto?). No le apetecía verla ni reconocerla, sobre todo en ese momento, con familiares confundidos y colegas de trabajo desagradables (y amigas, buenas amigas; no había que olvidarse de ellas) en camino. No iba a darle tiempo de prepararlo todo antes de que apareciesen a la hora de comer. Había que ducharse y asar la carne y poner la mesa y...

Y entonces regresó, como una leve brisa levantada por unos dedos fríos: ese algo de lo que tan desesperadamente había querido escribir al despertar.

Había querido escribir, lo había necesitado, porque era el inicio de algo que debía entender, o expresar, o descubrir, o encarar; pero no había tenido ni dos segundos para coger un bolígrafo y escribir a solas.

Algo los había seguido a casa.

Y llevaba trece años allí, con ellos. ¡Holly siempre lo había sabido! Pero sólo aquella mañana había despertado siendo consciente de que lo sabía.

Ojalá no se hubiese quedado dormida. Era evidente que ahora no tenía tiempo de escribir. Pero si no se hubiese quedado dormida, ¿habría tenido esa revelación y habría sentido esa necesidad de ponerla por escrito?

Descorrió la cortina de la ducha. El champú de su hija se había caído en la bañera; Holly se agachó y lo recogió, enfurruñada. Era un bote demasiado grande para compartir la repisa de porcelana con el resto. Le había dicho a Tatty que justo por eso tenían que comprar el más pequeño, pero su hija se

había plantado en el pasillo de Whole Foods con un bote de champú en cada mano.

—Venga ya, mamá. El bote de doscientos cincuenta mililitros cuesta dos dólares menos que el de un litro. ¿Sabes cuánto dinero derrochamos, por no hablar del plástico?

—Tatty, cariño, no hace falta que compremos siempre el tamaño familiar para todo —había respondido ella—. Existe algo llamado «comodidad». No es cómodo tener un bote gigante de champú en el baño ni tampoco un tarro industrial de mantequilla de cacahuete en la despensa.

—Ya, mamá, y por eso siempre se nos acaban las cosas, el dinero incluido.

—Pero ¿qué dices?

¿Cuándo había hablado con Tatty de dinero? Fueran cuales fuesen los problemas económicos que tuvieran ella y Eric, habían acordado que nunca, jamás, preocuparían a Tatty con ellos. De niños, los dos habían sido demasiado conscientes de los apuros económicos de sus respectivos padres. Era una carga que su hija no sufriría.

Sin embargo, al mismo tiempo que le negaba el enorme bote verde de champú ecológico con aceite de árbol de té, se lo quitaba de las manos y lo metía en el carrito. Sabía que no valía la pena discutir por aquello, y mucho menos en el pasillo de Whole Foods, donde, le habría gustado hacérselo ver a Tatty, no había clientes con problemas de dinero. ¿Por qué molestarse con tamaños económicos en un sitio que vendía unas barras diminutas de pan a once dólares?

Además, ¿qué sabía su hija de economía y ahorro? Tenía quince años. No sabía nada. El sistema escolar la había adoctrinado. Tatty se dejaría morir de sed en el desierto antes que beber agua embotellada en plástico. Holly no estaba segura de haber oído la palabra «sostenibilidad» hasta un par de años antes, pero Tatiana la salmodiaba como un mantra, junto con el nombre de su gemelo malvado, «derroche».

Holly acababa de dejar el bote de champú en la repisa del rincón cuando éste volvió a caerse, con el ruido pesado y macizo que haría una cabeza humana, al fondo de la bañera. Esta vez lo recogió y lo guardó en el armario de las toallas. De ahora en adelante, Tatty tendría que cogerlo y dejarlo de nuevo allí si para ser feliz necesitaba aquellos botes gigantes.

Volvió con rapidez a la ducha, donde el agua cada vez más caliente repiqueteaba en la cortina. No había tiempo, no había tiempo. Notó las

baldosas frías bajo los pies. Se puso encima de la alfombrilla lila y recogió su camisón del suelo para arrojarlo al cesto de la ropa sucia. Como siempre que abría ese cesto de mimbre, recordó que la pequeña Tatty, cuando apenas empezaba a andar, se metía allí dentro y cerraba la tapa para que no la vieran.

Había sido un juego maravilloso, uno de esos rituales familiares tan cotidianos que parece imposible que tenga que llegar el día en que se abandonen.

«¿Dónde está Tatty? Oh, no, Eric, ¿dónde está nuestra niñita? ¡No la veo por ninguna parte!»

Y a los cinco minutos, la Rapunzel de pelo azabache saltaba del cesto y gritaba: «¡Estoy aquí!»

Aunque la primera vez no había sido nada divertido. Esa mañana, Holly había ido a la habitación de Tatty esperando encontrársela en su Cama de Niña Mayor, que había reemplazado a la cuna tan sólo unas semanas antes. Tatiana no estaba. Su lugar lo ocupaba una Barbie de plástico tapada hasta la barbilla, cuya cabeza descansaba en la almohada rosa de su hija. Sus vacíos ojos azules se clavaron en Holly: Barbie Alemana, segunda edición, con unas trenzas rubias absurdas y su expresión petrificada de sorpresa. La Barbie en la que Tatty se había empeñado cuando Holly le había señalado, entusiasmada, la Barbie Princesa Imperial Rusa que vendían en internet. Había acabado comprando las dos, pero la Princesa Imperial Rusa nunca salió de la caja de zapatos donde Tatty la guardaba, en el fondo del baúl de los juguetes, mientras que todas las noches dormía con la Barbie Alemana.

—¿Tatty?

Era ridículo. Se había dirigido a la espantosa muñeca con el nombre de su hija. La muñeca no había respondido, lógicamente; entonces a Holly la invadió el terror, una náusea que le recorrió el cuerpo, empezando por el estómago y subiéndole por la espalda hasta el cerebro. Pánico.

¿Lo había pensado de verdad o sólo había sido una sensación instintiva que había notado incluso en sus huesos irlandeses?

«¿Un cambiazo?»

Destapó a la Barbie Alemana, pero no encontró ninguna Tatty de tres años escondida bajo las mantas.

—¡Tatty!

Holly estaba enfadada. «Me está castigando», se dijo. ¡Lo que también era ridículo! Un niño pequeño no «castiga» a su madre.

El resto era un galimatías de imágenes muy precisas, como si su espanto se hubiese convertido en un pase mental de diapositivas: cincuenta diapositivas muy claras de ella recorriendo la casa a trompicones, sosteniendo, de forma inexplicable, a la Barbie Alemana por la cintura, como un arma o una prueba de algo, o como si fuera la misma Tatty.

—¡Por favor, Tatty! ¡Por favor! ¡Mamá no te encuentra!

Debía de ser el último lugar de la casa que quedaba por registrar: el cesto de la ropa sucia. Holly ya había mirado en todos los armarios, buscado debajo de la cama, tropezado por todo el sótano. Había comprobado la secadora y había mirado detrás de la caldera. Cuando llegó al cesto de la ropa sucia estaba llorando y había dejado de gritar el nombre de su hija. Sentía en la nuca el aliento de la cuidadora del orfanato Pokrovka n.º 2 que le había susurrado: «Pon nombre americano.»

—¿Sally?! —había gritado entonces, ya claramente fuera de sí.

¿De verdad pensaba que su hija respondería a ese primer nombre, el que le había puesto el personal de Siberia? A Tatiana nunca se lo habían contado. Ni siquiera después, cuando Holly cometió la estupidez de bautizar así a su desgraciada gallina, ni ella ni Eric le habían dicho que «Sally» había sido su nombre anterior. De modo que llamar de esa forma a su hija perdida debió de obedecer a un primitivo instinto maternal.

Tampoco hubo respuesta. El tiempo se detuvo. Holly nunca supo cuánto había tardado en levantar la tapa del cesto (parecieron vidas enteras) para mirar dentro y encontrar a su hija en cuclillas, como una rana, con la vista hacia arriba y fingiendo inocencia al tiempo que intentaba, como una niña mucho mayor o un adulto, contener la risa: ojos de dibujos animados, abiertos como platos ante tanta diversión, dentro del cesto.

Holly retrocedió tambaleándose hasta apoyarse en la pared del baño. Se enjugó las lágrimas con el delantal alpino de la Barbie Alemana mientras su hija salía del cesto. Tatty supo, por supuesto, que algo iba mal. Se abrazó a las piernas de su madre y también se echó a llorar.

—No, no —le había dicho Holly, arrodillándose en las baldosas frías y abrazándola—. Tú no querías asustarme, sólo me has gastado una broma. Mamá se ha asustado porque te quiere mucho, muchísimo.

Pero Tatty había tardado una hora en calmarse.

Habían tenido que volver a la habitación de la niña y repetir el juego: esa vez fingieron que las dos eran Tatty y escondieron juntas a la Barbie Alemana en la Cama de Niña Mayor, como si la Barbie Alemana fuese Tatiana. Luego hicieron ver que se levantaban a hurtadillas de la Cama de Niña Mayor, fueron al cuarto de baño y Tatty se introdujo en el cesto. Rieron mientras Tatty se escondía, pero con sigilo, sin hacer ruido. Meterse dentro del cesto había sido, al parecer, toda una hazaña. Tatty tuvo que intentarlo varias veces hasta conseguirlo en esa segunda ocasión. Y debía de haber requerido un auténtico control de superniña permanecer allí dentro, agachada encima de las camisetas y los calcetines de Eric y una toalla verde húmeda, en la oscuridad del mimbre y con sólo una rendija de luz colándose por la tapa, mientras oía a su madre llamándola a gritos.

Holly y Tatty siguieron con el juego. Esa vez su madre se fue directa al baño, destapó el cesto y gritó, loca de alegría: «¡Tatty!» La niña se echó a reír, se puso en pie de un salto alzando las manos y chilló: «¡Estoy aquí!» Holly levantó a la Barbie Alemana y exclamó:

—¡Creía que las hadas me habían cambiado a mi preciosa Tatty por esta muñeca!

—¡No! ¡Soy yo! —exclamó Tatty.

—Es genial —había dicho Eric esa noche cuando Holly le contó lo sucedido, mientras él, junto a la cama, se cambiaba la ropa de viaje por un pantalón corto y una camiseta—. Es un genio, quién podría imaginar ese nivel de complejidad en una niña de tres años. Por no hablar del autocontrol.

Holly tuvo que darle la razón. Le encantó que Eric pensara lo mismo que ella. A la mañana siguiente recrearon todo el juego para papá. Y después, durante los dos años siguientes, jugaron al cesto de la ropa sucia por lo menos una vez a la semana —«¿Dónde está Tatty? ¿Tatty?»—; el pánico de mamá y el sigilo de Tatty eran los ingredientes esenciales para las risas y la diversión. Hasta que al fin, de repente, como en un sueño, esos años se acabaron y Tatty creció demasiado para seguir escondiéndose en el cesto de la ropa sucia.

Holly inclinó la cabeza bajo el chorro de la ducha, que estaba demasiado caliente; pero eso era mejor que demasiado fría, y con apenas tiempo para ducharse, vestirse para recibir a los invitados y preparar la comida, no iba a entretenerse graduando la temperatura del agua. Le pareció que llevaba el

pelo seco y mal cortado. Se había arreglado las puntas hacía una semana y se lo habían dejado muy corto. Lo notaba extraño, como si fuera una peluca o el cabello de una muñeca. Tampoco se molestaría en ponerse champú y acondicionador. ¿Para qué, si no iba a poder secárselo ni rizárselo? Tenía suficientes cosas que hacer como para encima preocuparse de su aspecto. De todos modos, cuando llegasen los hermanos de Eric (y Pearl, Thuy y los espantosos Cox), su aspecto sería una versión precaria del que le habría gustado tener. Le habría gustado parecer descansada, estar alegre y encantadora, pero no sería así.

En fin...

Al acordarse de los Cox, también recordó, como si la pincharan con un lápiz en el costado, que debía mezclar los ingredientes del plato vegano que Mindy le había sugerido que preparase para su horrible hijo.

Bulgur con pilaf de boniato.

Nada menos.

Como si preparar la comida de Navidad no fuese ya bastante complicado. ¿Qué había sido de la gente educada que no hablaba de religión, política ni dinero fuera de la familia y que agradecía todo lo que le servían en una celebración?

¿O que, si eran incapaces de hacerlo, se quedaban en su casa?

¿Por qué todos debían estar al corriente de los gustos, las exigencias y las razones políticas de las dietas de los demás? Sus intolerancias a la lactosa. Sus alergias a las nueces. Su aversión al salmón de piscifactoría, la carne roja, el gluten. Casi todas las noches de su infancia, Holly había esquivado cuidadosamente de su plato la comida que le repugnaba. Las zanahorias hervidas blandas. La carne granate de origen desconocido, llena de nervios. Hurgaba hasta el fondo de la ensalada en busca de la lechuga iceberg que hubiese quedado a salvo de la vinagreta y no se le pasaba por la cabeza pedirle a su hermana que, por favor, no empapase su ensalada con ese aliño.

Le había hecho creer a su pobre madre que ella, su hija menor, «comía como un pajarito», cuando en realidad Holly había sido una niña hambrienta, asqueada, educada. Y menos mal que lo había sido, porque ¿cuántas comidas guisadas por su madre había llegado a comer antes de que ella muriese? ¿Con lo difícil que debía de resultar a esa pobre mujer preparar una simple comida! ¿Y si una noche Holly hubiera decidido anunciar que sólo comería huevos de gallinas camperas o que se oponía por principios al queso fundido?

Después, cuando la madre de Holly ya no tenía fuerzas para estar en la cocina el tiempo necesario para calentar un bote de sopa Campbell's, la tarea de alimentar a la familia había recaído en Janet y Melissa, ambas adolescentes, ignorantes, desesperadas, apesadumbradas y —suponía Holly— resentidas, aunque no recordaba ni una sola palabra o acto que así lo indicase. Se las habían apañado para mantenerlos a base de lasaña Swanson's, albóndigas congeladas y pizza, y a nadie se le habría ocurrido nunca anunciar que ya no comía alimentos procesados.

El agua de la ducha siguió cayéndole como un ardiente riachuelo por la espalda y Holly imaginó ese calor, esa agua, como una cremallera que podía abrirse. Imaginó la carne abriéndose a lo largo de la columna y cómo se sentiría entonces al salir de su cuerpo.

¿Quién sería? ¿Adónde iría? Recordó que al contemplar la cara muerta e inexpresiva de su madre le había parecido que quizá fuera posible conseguirlo. Escapar del cuerpo. Que el cuerpo era una especie de jaula. Que el yo, el alma, no deseaba esa jaula. Que librarse de la jaula era el objetivo que se alcanzaba con la muerte.

¡Ja! Eso había sido antes de que ella y Eric criasen gallinas en libertad. La vida sin jaulas no había sido tan buena para sus gallinas, ¿verdad? Plumas ensangrentadas y chillidos. Antes de las plumas ensangrentadas y la violencia les habían puesto nombres encantadores. *Petunia. Patrice. Sally.* Pero no eran aves mansas, dulces, felices. Tendrían que haberlas encerrado bajo llave.

Holly cerró los ojos y el agua le resbaló por la cara. Cuánto le habría gustado poner el tapón y dejar que la bañera se llenase de agua muy caliente, tumbarse, cerrar los ojos... ¿Por qué estaba tan cansada? No hacía ni una hora que se había despertado; llevaba años sin dormir hasta tan tarde.

¿Sería por el ponche de huevo con ron?

Sin embargo, qué agradable había sido acurrucarse en el sofá con Eric, en la sala de estar iluminada únicamente por las luces del árbol de Navidad. Tatiana ya se había acostado y sólo quedaban el silencio de la casa y la nieve que caía fuera, y todos los recuerdos de esa primera Navidad: Siberia, la pequeña Tatty, la manta harapienta y esos enormes ojos de bebé. Por entonces ya tenía el pelo oscuro y brillante, pero aún no era la Rapunzel de pelo azabache. Las cuidadoras no la llamaron así hasta que Eric y Holly

volvieron, catorce semanas después, para reclamarla de forma completa y legal.

Cuánto les sorprendió lo mucho que había cambiado en esas semanas: el pelo le había crecido hasta los hombros, la cara era más estrecha, los ojos no tan grandes, más proporcionados respecto a ese nuevo rostro.

¿Era posible que Tatiana fuese más guapa catorce semanas después que en su primera visita?

Por supuesto.

¡Y se volvía más guapa con cada mes que pasaba!

Eric se había levantado del sofá para servir otra ronda de ponche de huevo con ron. Charlaron un poco más de esa Navidad y de la primera vez que vieron a Tatiana, como hacían todas las Navidades desde entonces. Su hija. Lo nerviosos que estaban. Los collares de ajo. El feroz perro que los había perseguido por la calle cuando salieron del hostel para hacer su primera visita al orfanato Pokrovka n.º 2, y cómo habían llegado sudando, embutidos en sus abrigos de plumón; seguro que el personal los tomó por locos.

Holly y Eric se habían quedado en el sofá con sus copas, a la luz del árbol de Navidad, hasta bien entrada la medianoche, mucho después de que Tatty se hubiera acostado. Habían pasado tantos años en lo que se les antojaba un instante... Los dos se rieron al recordar que nadie parecía saber dónde estaba —o si existía— el orfanato Pokrovka n.º 1, algo que consideraron muy ruso. En aquel país todo estaba numerado, pero el número nunca respondía a ningún orden ni secuencia. Si había un autobús n.º 37, seguro que llegaría a la parada n.º 4 mucho antes que el autobús n.º 1.

De lo que no hablaron fue de que habían olvidado que aquel día era Navidad. El 25 de diciembre llegaron al orfanato Pokrovka n.º 2 para conocer a la que sería su hija sin llevar ni un solo regalo.

¡Ni uno! Ni para su hija ni para sus cuidadoras, y aunque ése no era el día de la Navidad rusa ortodoxa, las enfermeras debían de conocer muy bien la tradición del día 25, después de que cientos de familias norteamericanas hubieran pasado por el orfanato a finales de diciembre cargadas de regalos.

Además, ¡la otra pareja de estadounidenses que se alojaba en el hostel había llegado con regalos de Navidad! No habían olvidado llevar la clase de cosas que las jóvenes siberianas nunca podrían adquirir: perfume, jabón facial, guantes de piel. Y para el niño que querían adoptar: baberos, peúcos y un jersey hecho a mano.

—¡Madre mía! —había exclamado Holly, acariciando el diminuto y suave jersey que la mujer de Nebraska estaba introduciendo justo entonces en los brazos sonrosados y regordetes del hijo que quería tan desesperadamente.

¿Con qué lana lo habría tejido? ¿Angora? ¿Cachemira? ¿Mohair? Holly no sabía nada de lanas ni de punto ni de qué animales ofrecían semejante suavidad. ¿Eran crías de camello, alguna especie extraña de llama? ¿Esquilaban a los animales o los despellejaban? ¿Y cómo era posible que esa lana fuese irrompible como el hilo dental y al mismo tiempo pareciera hecha de nubes?

—Es precioso —afirmó, con toda sinceridad, mientras acariciaba el jersey—. ¿Qué lana es?

La mujer de Nebraska no se lo dijo. En lugar de eso, como si Holly hiciese punto y supiera a qué se refería, había respondido:

—Diamante.

¿Diamante?

¿Era algún tipo de punto, una marca, un patrón?

—Bueno, es increíble —añadió Holly, que no quería mostrar que no sabía lo que era «diamante» ni tampoco escuchar una larga explicación al respecto.

—Gracias —había dicho la mujer de Nebraska, antes de apartar de Holly a su rubicundo bebé ruso y darle la espalda.

El niño que sobresalía por el hombro de la mujer parecía llorar de alegría, como si por fin hubiese encontrado el gran amor de su vida, el jersey que estaba predestinado a llevar y la madre cuyos brazos habrían de sostenerlo. La mujer de Nebraska parecía no tener sexo, ni edad, ni sentido del humor, pensó Holly, pero sí tenía un alma apasionada que Holly vio, en todo su esplendor, a la mañana siguiente, cuando ella y su pequeño y silencioso marido recibieron la noticia de que el niño vestido con el jersey había sido devuelto la noche anterior a la hermana del padre biológico. Al parecer, eso era lo que estaba previsto desde el principio, pero la hermana había ido aplazando el papeleo hasta que le dijeron que una pareja estadounidense estaba allí, dispuesta a llevarse al niño.

Era el segundo viaje a Siberia de la pareja de Nebraska (como exigía la ley rusa) en su odisea para tomar posesión del niño. Hasta entonces, nunca les habían mencionado a ninguna hermana, y justo aquél era el día en que creían que se llevarían al pequeño a casa, donde lo esperaba una habitación que a Holly no le costó nada imaginar: llena de peluches, con cenefas de aviones en

las paredes y una cuna con sábanas azul claro.

Sin embargo, aquella mañana, la mujer de Nebraska se dirigió hasta la cuna vacía del orfanato Pokrovka n.º 2, sacó el colchón, lo abrazó (tan sólo era un colchón con una funda de plástico, sin siquiera una sábana olvidada) y salió por la puerta, al exterior completamente nevado, sin pararse a ponerse el abrigo. Por lo que Eric y Holly sabían, nunca regresó.

Aunque debió de hacerlo, porque su marido permaneció largo rato allí, mirando por la ventana, mudo, antes de volverse hacia las cuidadoras para exigir respuestas:

—¿Dónde está nuestro niño? ¿Quién es esa «hermana»?

Pero las enfermeras no dijeron nada. Al parecer, el personal del orfanato Pokrovka n.º 2 había hecho voto de silencio. Ni torturándolas les habrían sacado información sobre nada, ni acerca de los otros padres adoptivos, ni de los otros bebés, ni de los padres biológicos de los bebés, ni de lo que había detrás de «esa puerta», la que siempre estaba cerrada (y que Holly se arrepentiría de abrir más tarde), ni de lo que ocurría con los niños que no eran adoptados.

Nada.

Todo era secreto. El país entero era un secreto, y Siberia era uno inmenso y blanco en su centro. En el orfanato Pokrovka n.º 2, Eric y Holly sólo estaban seguros de lo que podían ver con sus propios ojos, sopesar en sus brazos o examinar con sus sentidos. Aparte de eso, y más allá del papeleo —las cantidades ingentes de papeleo que, pese a su detallada meticulosidad, no revelaba nada acerca de nada— y aquellas ventanas institucionales que el viento hacía repiquetear, sólo había una inmensidad inescrutable.

A partir de entonces, siempre que Holly pensaba en la mujer de Nebraska (aunque intentaba no pensar en ella), se la imaginaba todavía andando. En su mente ya habría dado varias vueltas a Asia abrazada al colchón.

¿Y la rusa que acunaba al bebé del jersey suave y delicado? ¿Dónde estaría ahora, tantos años después? Holly imaginó a un muchacho en medio de una larga cola. Con un bigote fino, acné, quizá un tic en la cara. Y, en cuanto al jersey que su madre de Nebraska le había hecho, o bien se habría descosido hacía tiempo, o bien lo habría vendido. Holly procuraba no pensar en él, porque, cuando lo hacía, no podía evitar imaginarse a Tatiana en la misma cola, detrás del muchacho: con el cabello muy corto y calzada con unos zapatos cómodos y prácticos, cubiertos de barro.

—Menuda tragedia —dijo Eric.

—Bueno, podrían haber adoptado a otro bebé —señaló Holly—. Los había a millones.

—Pero ellos querían ése en concreto —indicó Eric, enfadado—. Como nosotros queríamos a Tatiana. Ya habían establecido un vínculo. Se habían imaginado toda una vida con él.

—Pues les llegó la hora de volver a imaginar, supongo.

Holly sintió que de algún modo traicionaría su buena suerte, el destino que había llevado a Tatiana con tanta facilidad a sus brazos, si admitía que lo que le había sucedido a la pareja de Nebraska podría haberle pasado a cualquiera. Eric la miró con lo que ella interpretó como desaprobación, y después nunca volvieron a hablar de ellos.

Holly salió de la ducha. El desagüe hizo el fuerte ruido de succión que siempre hacía cuando se vaciaba la bañera. Puso los pies en la alfombrilla lila, se envolvió en la toalla y miró por la ventana del baño.

Un día de nieve. Un día increíblemente blanco. En esa parte del estado en la que el viento soplabla sobre el lago Erie y luego sobre las decadentes fábricas de automóviles antes de llegar a su jardín, la nieve era gris, nada que ver con las nevadas tipo Bing Crosby de su juventud. Esa nieve gris no acostumbraba a brillar en las ramas, sino que emborronaba un paisaje que en aquella época del año era poco más que una extensión llana y vacía, a pesar de que algunas hojas muertas seguían aferradas a las ramas y, aquí y allá, un terco árbol de hoja perenne apuntaba su verde flecha hacia el cielo gris.

Sin embargo, ahora caían muchísimos copos. Y eran blancos como la Navidad. Podía considerarse casi una tormenta de nieve, se dijo Holly, y pensó en Eric, en la carretera, volviendo a casa con sus padres. Se imaginó la luna delantera y los limpiaparabrisas, que apenas podrían moverse por la nieve que se les acumularía encima. La nieve embellecía el paisaje, pero conducir en esas condiciones era peligroso.

Volvió a acordarse de su sueño y de lo que había sentido al despertar, en la necesidad de escribir, de hacer o crear o tejer algo con el material de su psique.

Pero ¿qué prisa había?

Había tenido mucho tiempo para escribir en los últimos veinte años y no

había escrito nada. Había tenido todo un verano libre, el anterior a la adopción de Tatty, y ¿qué había hecho con todo ese tiempo? En lugar de escribir, alquiló un puesto en un mercado de antigüedades y lo llenó de trastos comprados en subastas, cosas que sólo a ella se le habría ocurrido llevarse a casa. Desperdició completamente junio, julio y agosto, los meses para los que la Fundación Virginia Woolf le había concedido una beca modesta por el manuscrito de quince poemas que les había enviado con una carta en que explicaba que invertiría el dinero «en pedir una excedencia del trabajo para terminar mi primer libro de poesía, que se titulará *País Fantasma*, como el poema homónimo, una oda a mis ovarios perdidos».

No había escrito ni un verso. En cambio, aquel verano no hubo ni una sola mota de polvo en ningún mueble de su puesto en el mercado de antigüedades. Sumó mil quinientos kilómetros en coche yendo de subasta en subasta, entusiasmándose con sus descubrimientos.

En una subasta en la que varias familias vendían sus pertenencias encontró una muñeca de cerámica con dos ojillos de color rubí. Una caja de extremaunción con un frasquito medio vacío de agua bendita en una venta particular frente a una iglesia católica. Compró tapetes, manijas para puertas y pinturas primitivas diminutas con marcos de plata renegrida. Sin embargo, ese verano vendió tan sólo el único objeto que no quería vender: la corona que una desconsolada madre victoriana había tejido con el rubio cabello de su hijito difunto.

La corona estaba pegada a un retrato del niño, que vestido de encaje parecía una niña fea. Debajo de la pequeña barbilla habían escrito, en una letra femenina con manchas de tinta: «Nuestro querido hijo Charles.»

Holly se quedó estupefacta cuando un día entró en el centro de antigüedades y vio que la corona no estaba. Preguntó al dueño del puesto (Frank, el del bigote retorcido, que se pasaba diez horas al día, seis días a la semana, ante la caja registradora) quién la había adquirido, pero Frank nunca recordaba a sus clientes. Y, al parecer, el comprador no había pagado con un cheque ni con tarjeta de crédito. Lo único que quedaba era la etiqueta del precio que Holly había escrito, arrancado y metido en la caja registradora para dar fe de que alguien había comprado, no robado, la corona fúnebre. Los trescientos veinticinco dólares habían ido a la cuenta del alquiler que le pagaba a Frank por el puesto.

Durante ese período de excedencia, Holly comprendió que no era tiempo

lo que necesitaba para escribir los poemas con que terminaría la colección. Lo que necesitaba, decidió, era un hijo. Vació el puesto de antigüedades y empezó a comprar en Amazon libros sobre adopción en el extranjero.

El vapor del interior del baño se escabulló hacia el pasillo en cuanto Holly abrió la puerta. Una vez fuera, desapareció con tanta rapidez como si tuviera voluntad propia, como si hubiese sido un animal enjaulado a la espera de una oportunidad para escapar.

Se había dado una ducha más larga de lo previsto. En el espejo del dormitorio vio que tenía la cara, el cuello y el pecho enrojecidos. Era un ardor vivo pero suave, como si le hubiesen sellado la piel, brillante y sin poros. Se apartó de su reflejo. Terminada la ducha, debía empezar el resto del día, el auténtico.

¿Qué se pondría? Tatiana, con ese horrendo vestido de terciopelo, se había decidido por algo festivo y sentimental. Eric había salido de casa en tejanos y sudadera, y seguramente no se cambiaría. Ginny y Gramps irían de negro. Siempre que tenían que viajar o asistir a una reunión, del tipo que fuese, los padres de Eric se vestían como campesinos italianos en un funeral. Incluso era posible que Ginny llevase ese chal negro suyo. La ropa negra de Gramps estaría arrugada y raída. Los dos parecerían recién llegados de una larguísima travesía transatlántica, no de un vuelo entre Newark y Detroit.

En una ocasión, Holly le había insinuado a Eric que sus padres se vestían así en público para que los tomasen por pobres.

—Bueno, ricos no son —había respondido él—. No comprendo por qué dices algo así.

Esas palabras eran la barricada de Eric, el estribillo que le soltaba siempre que Holly insinuaba que sus padres quizá tuvieran (lo sabía con certeza, porque había fisgoneado) una cantidad considerable de dinero escondida en un banco de Pensilvania (escogido, estaba convencida, para que a sus vecinos no les llegase ningún rumor sobre esas sumas enormes).

Entonces ¿por qué esos octogenarios vestían en público como una pareja de hacía dos generaciones, como si fueran ellos los que habían llegado en ese barco, en lugar de sus padres? Gin y Gramps se ponían muchos jerséis de poliéster de colores vivos en su barrio. Gramps era profesor de instituto jubilado. Tiempo atrás, Gin había vendido productos Avon puerta a puerta.

Poseía una inmensa colección de broches de caniches, casi todos chillones y de color rosa, muchos de ellos de plástico, y en casa siempre llevaba alguno. ¿Por qué, entonces, siempre que tenían que subir a un autobús o presentarse en una graduación se hacían pasar por campesinos aceituneros del Viejo Continente? ¿Y qué debía ponerse Holly, sabiendo lo que llevarían sus invitados de honor, pese a no tener ni idea de por qué?

En cuanto a los hermanos de Eric y sus respectivas esposas... bueno, llevarían una combinación de formal e informal, pero no sin antes haberse esforzado mucho y haberlo sopesado todo al milímetro: los niños irían tan limpios que parecerían restregados con estropajo. Los tres hermanos de Eric aparecerían con tejanos, y al menos uno de ellos vestiría americana. Sus esposas lucirían jerséis etéreos y medias de seda. También habría alguna capa o similar. Llevara lo que llevase Holly, parecería demasiado sencillo, pero de ninguna manera iba a corretear con tacones por su propia casa. No tenía zapatillas bonitas. Así que se sentiría sosa y torpe sin zapatos.

Examinó su armario. Vestidos cruzados y faldas oscuras. Blusas de manga larga y sin mangas. Nada parecía adecuado para Navidad. Sabía que los Cox se excederían: traje para él, blusa de encaje y pendientes de inspiración victoriana para ella. Su hijo llevaría camisa formal y pantalones chinos.

Pearl y Thuy irían de orgánico: ropa suelta, limpia, desabrida, en colores neutros, aunque acudirían con Patty vestida de princesa Disney. Era verdad que a Patty le pirraban las princesas, pero, considerando la cantidad de diademas que tenía (muchas más de las que era razonable que pidiera una niña de cuatro años), Holly se preguntaba si serían las poco femeninas Pearl y Thuy quienes querían que su hija fuese Cenicienta. Bendita fuera su generosidad.

Descolgó un vestido de punto estampado y lo echó sobre la cama. Se lo había puesto hacía poco, para el concierto del coro de Tatty, y sabía que le quedaba bien.

—¿Mamá?

La voz la sobresaltó, pero también fue un alivio: Tatty no se había encerrado, malhumorada, en su cuarto, lo que indicaba un perdón implícito.

—Pasa, cariño.

Tatiana entreabrió la puerta del dormitorio y se asomó.

—Te han llamado al móvil mientras te duchabas, mamá.

—¿Quién era?

—No he contestado. Ponía «número oculto».

Holly se escondió detrás de la puerta del armario para quitarse la bata y colocarse el sujetador. Aunque era obvio que no lo necesitaba. Sus pechos seguirían apuntando al cielo cuando estuviese en el asilo o en el ataúd (eran falsos). Pero el sujetador la hacía sentirse más «arreglada», expresión que su madre usaba para halagar a mujeres bien vestidas y bien peinadas con laca, y que no sufrían, como ella, una enfermedad terminal.

—Bueno, entonces no sería nada importante —dijo—. Algún contestador que llamaba para vender tarjetas de crédito o algo así.

Se puso el vestido y se ciñó el cinturón.

—¿El día de Navidad? —preguntó Tatiana.

—Bueno, los robots no celebran la Navidad. No tienen alma, ¿recuerdas?

Tatiana no sonrió, aunque Holly sabía que su hija había captado la broma. Hubo una época, cuando Tatty estaba en tercero, en la que se obsesionó con qué tenía alma y qué no la tenía. Holly había tratado de explicarle el concepto de alma, hacerle comprender que, al no ser algo científico, no había una verdadera respuesta a aquella pregunta, a menos que ella tuviese su propia definición de «alma».

Y, para sorpresa de Holly, Tatiana sí tenía su propia definición.

El alma era lo que estaba oculto dentro de una cosa y la hacía ser lo que era. Por ejemplo, no se podía ser un loro sin un alma de loro.

—¿Así que el alma está dentro del cuerpo? —le había preguntado Holly.

Bueno, explicó Tatiana, a veces el alma podía estar detrás del cuerpo y otras, al lado o encima, pero, sí, en general estaba dentro. Un libro, por ejemplo, tenía el alma entre sus dos páginas centrales. Era lo más común en las cosas plegables. Como en las mariposas, cuya alma estaba donde se unían las alas.

—Entonces ¿el listín telefónico también tiene alma? —le había preguntado Holly, intentando disimular que bromeaba.

Su hija detestaba que la tratase como a una cría y prefería discutir sin rodeos.

—Justo eso es lo que quiero saber. Por eso te lo digo. No lo sé. Sólo tengo nueve años.

—Cariño, yo tengo cuarenta y tampoco lo sé, así que no te sientas mal.

Pero Tatiana no solía conformarse con un «no lo sé». Muchas veces le parecía a Holly que por pura obstinación. Ya no encontraba placer ni

curiosidad en el interrogatorio, pero insistía por una especie de orgullo testarudo. Llegados a ese punto, una falsedad agresiva dominaba la discusión.

—Así pues, ¿nuestras gallinas tienen alma? —le había preguntado Tatiana.

—Bueno, si los libros y las mariposas tienen, entonces...

—¡No he dicho que todos la tengan! ¡Yo no he dicho que todos los libros y todas las mariposas tengan alma! ¡No lo sé! ¡Te lo estoy preguntando a ti!

Para entonces, Holly ya estaba exasperada. Tatiana era muy joven, pero también demasiado mayor para mostrar esa falta de lógica. Su hija lo habría leído en alguna parte, o lo habría visto en algún programa infantil tonto; de ahí debía de sacar ese diálogo desagradable y grandilocuente.

—Está bien —dijo Holly con cara de hartazgo, para hacerle saber que ya la había calado—. Aquí va una lista de las cosas que tienen alma: personas, gatos, pollos y el resto de los mamíferos. Los peces y los insectos tienen alma y también los lilos, pero no las otras plantas. También algunos coches muy bonitos, como los BMW y los Subaru Outback, pero nada de lo que fabrica General Motors. Las piedras tampoco tienen alma, ni los robots. ¿Qué te parece?

—Eso es todo lo que quería saber —le había contestado Tatiana, encogiéndose de hombros—. Sólo quería saber lo de los robots. Gracias, mamá.

No había sarcasmo en esa frase. Holly negó con la cabeza a espaldas de su hija, sin saber si había ganado o perdido la partida. Cuando le contó a Eric aquella conversación, su marido alabó, cómo no, la precocidad de Tatiana, por lo que Holly no se molestó en explicarle que aquello no era un indicio de precocidad, sino un plagio. Tatty había comprendido, por la reacción de su madre, que con esas preguntas se estaba poniendo en ridículo, estaba quedando como una niña pequeña, por lo que jugó la última baza que le restaba: zanjar el asunto con una respuesta preparada. «Eso es todo lo que quería saber.» Pero ¿de qué habría servido intentar explicárselo al orgulloso padre? ¿Iba a decirle que su hija perfecta a veces podía ser poco original o manipuladora? ¡Ni pensarlo!

Sin embargo, siempre que Tatty intentaba discutirle algo con argumentos del tipo «Pero ¡si todos mis amigos van...!», Holly respondía: «Y los robots no tienen alma.» A Tatiana se le ensanchaban las fosas nasales, le palpitaba un pequeño músculo de la mandíbula y entornaba sus ojos oscuros de párpados azulados, y entonces Holly sonreía, dando la discusión por

terminada, segura de que su hija sabía exactamente a qué se refería: «Estás fingiendo, has oído eso en otra parte, sólo repites como un loro esas palabras, y yo lo sé.»

—He supuesto que querías saber que habían llamado —dijo Tatiana—. A lo mejor era importante, aunque se tratase de un número oculto y sea el día de Navidad.

—Cariño, mi móvil recibe una llamada del señor Oculito todos los días. El señor Oculito trata de hablar conmigo desde que se inventó el identificador de llamadas. A veces hasta recibo llamadas del señor Anónimo.

—Eres graciosa, mamá. Eres tan, tan graciosa...

A Holly le hirió, aunque no le sorprendió, que la conversación hubiese pasado de sarcástica a desagradable en tan poco tiempo. Intentó no morder el anzuelo. Intentó sonar sincera cuando preguntó:

—Dime, Tatiana, ¿quién crees que llamaba?

Su hija no respondió. Holly suspiró y miró por la ventana. Le extrañó ver que las cortinas estaban descorridas. No recordaba haberlas descorrido; a lo mejor las había abierto Eric antes de irse y Holly no lo había notado hasta ahora porque la nieve formaba unas segundas cortinas, unas en movimiento. Partículas caóticas. Chispas eléctricas.

Fue a buscar unas medias negras al tocador y le preguntó a Tatty:

—¿Por qué no has cogido la llamada, cariño, si sentías tanta curiosidad? Nunca te he dicho que no cojas mi móvil. Responde siempre que quieras.

Tatiana seguía sin decir nada, mirando fijamente el techo. Holly aprovechó para observarla y vio en sus orejas los pequeños ópalos que Pearl y Thuy le habían regalado en su decimotercer cumpleaños. Tatty estaba en todo, ¿no? Los ópalos de Pearl y Thuy, el vestido de terciopelo de Gin. Qué bonito. Tatiana siempre había sido una niña considerada, la primera que corría a detener una pelea en el patio, la primera que consolaba a un bebé que lloraba o un cachorro que gimoteaba, y con los años se estaba convirtiendo en una jovencita de lo más atenta.

—Qué detalle, ponerte los ópalos que te regalaron Pearl y Thuy —dijo Holly, mirando los lóbulos de su hija.

Tatiana se tocó de inmediato, como hace toda mujer, la parte de su cuerpo de la que le estaban hablando. Los pendientes, el pañuelo, el collar en la

clavícula. Eric solía apartarle a Holly las manos del cabello, porque siempre que le decía que era bonito ella se lo despeinaba. Pero si no estás delante de un espejo, es difícil saber qué observan de ti, pues no puedes verlo por ti misma. Era natural que la primera reacción fuese tocarse.

—No es ningún detalle; me gustan los pendientes.

Holly volvió a entristecerse.

—No pretendía iniciar una discusión. Está muy bien que se te haya ocurrido ponerte los pendientes que te regalaron las invitadas que vendrán hoy a casa. Sé que tienes más pendientes que también te gustan y sólo quería decir que me parece un detalle que te hayas decidido por éstos. Pero, Tatty, si no lo he entendido bien, lo siento.

Tatty se volvió con rapidez sobre los tacones de sus bailarinas negras, y ya había cruzado el umbral cuando Holly rechinó los dientes a su espalda.

Se sentó en el borde de la cama e introdujo una pierna en las medias. Supuso que la castigarían todo el día por haberse dormido esa mañana. No sólo Tatiana se pasaría el día en un estado de desaprobación constante; los hermanos de Eric y sus esposas llegarían pronto, preocupadísimos por sus padres, e indirectamente la culparían por no haber despertado a Eric (lo que, al parecer, era responsabilidad de Holly) y porque él hubiese llegado tarde al aeropuerto.

¿Por qué siempre tenían que celebrar la Navidad en su casa? Ella habría viajado encantada a Nueva Jersey, o a Pensilvania, o al norte del estado de Nueva York para pasar las fiestas. Le divertiría celebrar el día de Navidad merodeando por la casa de Tony y Gretchen, examinando la plata de Gretchen en busca de restos pegajosos de comidas anteriores y alzando su cristalería a contraluz para ver si estaba grasienta. ¡Incluso habría acompañado con mucho gusto a Eric al piso de sus padres para cocinar allí! ¡No le habría importado organizar una reunión familiar en un centro turístico de Florida! ¡O en Cancún! ¡O en Bend, Oregón!

Pero, al parecer, que en su primer año de casados hubiesen celebrado la Navidad en su casa implicaba que la familia de Eric siempre la celebraría en casa de Eric y Holly, aunque Holly fuese tan irrespetuosa e irresponsable como para no haber despertado a su marido ni siquiera la mañana de Navidad.

No se puso zapatos, ni perfume, ni pendientes, tampoco reloj. Fue directa a la cocina calzada sólo con las medias y allí se encontró a su hija, observando

el iPhone que Holly había dejado en la encimera. La pantalla del teléfono emitía un frío resplandor azulado que daba a la piel de Tatty un color que a Holly no le gustó: el de una chica enferma, el de una chica ahogada.

Tatty tenía una tez preciosa, que bien podría describirse como «de porcelana». Salvo porque la porcelana era más blanca que la piel de Tatiana, cuyo tono se acercaba más al de la sopa de marisco, o al menos al de la sopa de marisco que preparaba la madre de Holly antes de ponerse demasiado enferma para cocinar semejantes cosas. Un poco más gris que el hueso. Más crema que el marfil. Color crema con una gota de violeta. Con cierta luz, y en ciertas fotografías, el rostro de Tatiana adquiría un matiz azulado, algo más oscuro en las sienes y debajo de los ojos. A veces, por el aspecto de sus labios, parecía que acabara de salir de las frías profundidades de una piscina.

Era la tez más bonita que Holly había visto. Elegante. Algo exótica. Aunque la luz de las instituciones no le favorecía, ni tampoco el resplandor del iPhone.

—Deja eso —le pidió.

Tatty levantó la vista, abrió la boca, desencajó un poco la mandíbula y resopló. Puso el teléfono en la encimera de mármol de la isla de la cocina y luego dijo, señalándolo con un gesto:

—Sabía que te cabrearías. Siempre dices «adelante, responde a mi teléfono», pero en cuanto lo cojo te pones hecha una furia.

Holly negó con la cabeza. Estaba harta de ese tono de voz adolescente, de esas acusaciones razonadas. ¿Cuánto iba a durar esa fase de la existencia de Tatiana?

—Por favor, Tatiana, cálmate un poco, ¿quieres? No me he puesto hecha una furia. Yo sólo...

—No. ¡Últimamente no paras de regañarme, eso es lo que pasa! Nunca hago nada bien.

—Oye, no tenemos tiempo para esto —dijo Holly, cogiendo el teléfono—. ¿Era otra llamada de un número oculto?

—No.

—Bueno, pues si vuelven a llamar, responde al teléfono. Eso es todo. Si llaman, responde. Hasta entonces, está tu móvil, así que deja el mío en la encimera, donde pueda encontrarlo si llama tu padre.

—Yo no lo he cogido de la encimera.

—Vale, de acuerdo, cariño. Tú ganas. Lo siento. No tenemos tiempo para

esto, la verdad. Debo empezar a cocinar o no habrá nada que comer.

—Jo, mamá. Deberías haber empezado a cocinar hace dos horas. Los otros años siempre empezabas a las ocho de la mañana.

—¡Bien, pues este año me he dormido! ¿De acuerdo? ¡Dispárame, Tatty! ¡Líbrame de este dolor! ¡Por favor!

Holly se volvió y forzó una risotada para intentar diluir el tono de ira y también para ahorrarse la humillación por haber perdido los nervios, pero el corazón le palpitaba en el hueco de la clavícula, haciéndola sentir como una especie de criatura subacuática. Como si alojase allí una branquia aterrorizada. Notaba dificultades para tragar. Estaba a punto de decirle a Tatty cómo podía ayudarla a preparar la comida en lugar de quejarse, cuando en su móvil empezó a sonar *A Hard Rain's A-Gonna Fall*.

Holly dio media vuelta. Tatiana miraba el teléfono sin tocarlo.

—¿Es papá? —preguntó Holly.

—No. El número oculto.

—Pues responde si quieres, cariño.

Pero Tatiana se limitó a mirar el aparato. Luego se sentó en un taburete cercano a la isla de la cocina. Sus pies enfundados en las zapatillitas negras quedaron colgando a diez centímetros del suelo, justo igual que cuando medía poco más de un metro y se sentaba detrás de Holly en el coche para ir a la guardería.

¡Holly estaba tan triste...! Había regañado a su hija, y ahora a Tatty le asustaba tocar el móvil. Y la pobre parecía preocupada, tenía las cejas arqueadas en forma de V invertida. Las cejas de Tatty eran oscuras y bastante pobladas, pero ahora se llevaban así y, de todos modos, sus rasgos eran tan elegantes que ningunas cejas podían con eso. Aunque quizá algún día querría depilárselas y esa idea entristeció un poco más a Holly. Ser mujer era muy duro. Siempre había que recomponerse, depilarse, cuidarse, privarse de cosas y analizarse para sentirse cómoda en el mundo. Bob Dylan seguía cantando con voz ronca —«*And where have you been, my darling young one?*»— y Tatiana seguía mirando el teléfono. Su rostro volvió a adquirir esa tonalidad espantosa, el azul plateado de un pez al que han arrojado a un muelle, y no hizo el menor ademán de responder.

—Ya basta —dijo Holly, cogiendo el aparato y deslizando la barra verde de la pantalla.

Sin embargo, la llamada ya se había desviado al buzón de voz, y si había

algún modo de interrumpirlo y recuperarla, Holly lo desconocía. Sólo había aprendido a utilizar la mitad de las prestaciones de ese teléfono. Era como el cerebro, del que los expertos dicen que los seres humanos sólo usan el diez por ciento. Steve Jobs, como Dios, le había dado a Holly mucho más potencial del que ella nunca llegaría a usar.

Dejó el teléfono en la encimera y miró a Tatty decidida a no preguntarle por qué no había contestado. Era evidente que su hija la estaba castigando porque unos minutos antes le había dicho que soltase el móvil. Holly no quería volver a ponerse a la defensiva, sobre todo porque se había mostrado irracional, lo que Tatiana sabía muy bien y podía echarle en cara de inmediato. Había pedido a su hija que soltara el teléfono porque daba a su piel un tono que no le gustaba. No había forma de explicar eso.

—No dejarán ningún mensaje. Nunca lo dejan —señaló Tatty.

—Ya. Son contestadores que quieren vender cosas a la gente. No les gusta hablar con otros contestadores.

Entonces Tatiana saltó con tanta rapidez del taburete que Holly creyó que se había caído y corrió instintivamente hacia ella. Pero su hija alzó una mano como para contenerla, como si Holly hubiese pretendido golpearla en lugar de ayudarla.

—No lo sabes —replicó Tatty, negando con la cabeza—, no tienes ni idea de quién ha llamado.

—No me digas... No lo sé porque tú no has respondido. Si hubieses respondido, sabría quién ha llamado.

—¡Me has dicho que no conteste!

Holly retrocedió un paso y levantó las manos.

—¿Que yo qué?

Tatiana murmuró algo.

—¿Qué? ¿Qué dices, Tatiana?

Los ojos oscuros de Tatiana buscaron un punto justo a la derecha del hombro de Holly para no mirarla, pero tampoco apartó la vista. Su perfil parecía una escultura de mármol. Pálido, liso y algo frío.

—No voy a seguir con esta discusión absurda, Tatty. No has respondido al teléfono para fastidiarme. O eso, o tampoco tú querías molestarte en hablar con el contestador.

Tatiana dio media vuelta y salió de la cocina para dirigirse a la sala de estar, al árbol de Navidad, en el rincón, cuyas ramas estaban caídas por el

peso de los adornos y las ristas de luces. Toda la escena —el árbol, las luces, su hija con el vestido navideño— le pareció desdibujada debido al resplandor que entraba por el ventanal, que ahora tan sólo era un telón de nieve por fuera. A saber cuánto tardaría Eric en regresar del aeropuerto o dónde estarían sus cuñados y sus respectivas familias en su intento por llegar a su casa desde los diferentes hoteles en los que habían pasado la noche. Confiaba en no tener que entretener durante mucho tiempo a los Cox sin ayuda. Al menos Thuy, Pearl y Patty vivían sólo a unos kilómetros de distancia. No tenían por qué retrasarse, por mucha nieve que cayese.

Las luces de Navidad se ahogaban en su apagado resplandor mientras Tatty las miraba con la misma curiosidad con que había mirado el móvil de Holly, como si algo maravilloso o terrible pudiera ocultarse en ellas.

—¿Qué te pasa, cariño? No discutamos. Te quiero muchísimo. Es Navidad y tenemos mucho que hacer.

Esperó a que su hija se volviera. En cuanto se diese la vuelta, pensó Holly, la abrazaría hasta que se ablandara y recuperase la calidez. Empezarían de nuevo el día.

Pero Tatty no se volvió. Masculló algo que Holly prefirió no oír, y cuando se hizo evidente que podía pasarse todo el día ahí esperando, porque Tatiana no iba a volverse, fue ella la que dio media vuelta, se dirigió a la nevera y abrió la puerta.

Estaba tan llena por la compra del día anterior que tuvo que retroceder para ver bien todo lo que contenía. Buscaba la carne, pero para alcanzarla necesitó abrirse camino entre el ponche de huevo, el zumo espumoso (uno de los hermanos de Eric, Tony, no bebía), las botellas de champán (su esposa estaba claro que sí), la nata para montar y la macedonia de frutas. La carne estaba al fondo, todavía envuelta en el plástico en el que la había llevado a casa desde la tienda.

Como siempre, Tatty había torcido el gesto al ver la bolsa de plástico («¡No son biodegradables! ¡Se quedarán para siempre en la Tierra!») que el chico del supermercado utilizó para envolver el asado (sesenta dólares de carne de primera).

Entonces, Holly había mirado seriamente a su hija y le había dicho:

—Necesitamos el plástico, Tatty. Para que la carne no se desangre por toda la nevera.

A lo que Tatiana había respondido con una expresión de asco más

dramática si cabía, antes de alejarse corriendo de las cajas para ir a mirar la jaula de cristal llena de peluches que había junto a las puertas automáticas.

¿Cuántos dólares había metido Holly en esa máquina a lo largo de los años para que Tatty intentara atrapar un osito de peluche o un gato rosa? Algo barato y sintético, probablemente fabricado en China, relleno de alguna sustancia impregnada en formaldehído que llevaba años prohibida en Estados Unidos. En verdad había sido digno de ver la de veces que Tatty, de niña, había atrapado uno de esos premios con el brazo mecánico de la máquina. Las cajeras solían comentarlo, decían que nunca habían visto que nadie ganase a esa máquina en tantas ocasiones como Tatty.

Cuando llegaron al coche, Tatiana la ayudó a meter la compra del carrito en el maletero sin tocar la carne envuelta en plástico, que Holly arrojó al asiento trasero (¿intentaba irritar a su hija?), donde aterrizó con un sonido ridículo, como de guillotina. Tatty se sentó delante y permaneció en silencio mientras Holly salía del aparcamiento, pero en cuanto llegaron a la carretera y alcanzaron el límite de velocidad le dijo a su madre:

—Antes de que existieran las bolsas de plástico habría formas de evitar que la carne se desangrara por toda la nevera, mamá.

Por el modo en que había pronunciado «desangrara», Holly intuyó que Tatiana anunciaría muy pronto su vegetarianismo.

—Seguro, seguro que las había, pero me apuesto lo que sea a que no eran tan prácticas como las bolsas de plástico.

Luego había puesto una emisora nacional. Un músico famoso del que Holly nunca había oído hablar se extendía sobre sus influencias, que incluían, entre muchas otras, el tictac de los relojes y el ruido de la cadena del inodoro. Bajó el volumen hasta convertir las voces en un susurro de fondo e intentó entablar conversación con Tatiana preguntándole si conocía al músico en cuestión, pero ella se limitó a responder «No». Después, para rematarlo, pasaron ante el árbol más grande del pueblo, un pino blanco más alto que la iglesia que tenía al lado, aguja incluida: enganchada en la copa, remedando la estrella de la Navidad, una bolsa de plástico ondeaba al viento.

Holly sacó la carne de la nevera con ambas manos, como si fuera un bebé dormido, y la depositó, dentro de la bolsa de plástico, en la encimera de la cocina.

Ya sabía que encontraría un charco de sangre en el fondo de la bolsa, pero contuvo las ganas de llamar a Tatty para mostrarle la utilidad del plástico maligno. Se preguntó cómo llevaban la carne a casa todos esos profesores de colegio público que se habían pasado años dando lecciones acerca de la sostenibilidad, biodegradación y aves migratorias con bolsas de plástico enganchadas en las patas. Un riachuelo de sangre corrió por la encimera y cayó sobre las baldosas, junto a sus pies descalzos.

Lo miró y decidió no hacer nada. Lo limpiaría después. Las baldosas eran rojas y la sangre —oscura como la sangre menstrual o el sirope de cereza— quedaba camuflada. Nadie, salvo ella, sabría que ahí había una mancha. Abrió la bolsa de plástico y cortó el celofán que envolvía la carne, la sacó de la bandeja de poliestireno y retiró la especie de compresa que había en el fondo. Luego colocó con cuidado la carne (de nuevo pensó en un bebé dormido) en la fuente para hornear que había dejado sobre la encimera la noche anterior.

No tenía un aspecto muy apetitoso, la verdad. Le vino a la cabeza un accidente. Parecía lo que era: un animal despellejado, con el mismo aspecto que tendría cualquiera de ellos, supuso, si lo despojaran de su capa exterior. Unos cuantos champiñones, cebollas y patatas ayudarían, y también la pimienta, y mientras hacía girar el molinillo sobre la carne, le gritó a Tatty:

—¿Puedes sacar los champiñones de la nevera y lavarlos?!

No hubo respuesta. Se volvió y miró a su hija con severidad, a lo que Tatty respondió con un gesto de un cansancio tan infinito que Holly casi se echó a reír.

Era la cara que siempre ponía cuando le pedían que hiciese algo que no quería hacer: de triste desfallecimiento, la expresión de una princesa esclava a la que llevan encadenada a las mazmorras.

Entonces Holly recordó sus años de adolescente y a algunas amigas suyas que se comportaban igual. Chicas que ponían los ojos en blanco con tanta languidez y tanta frecuencia que parecía que sus globos oculares habían desaparecido en algún lugar por encima de las cejas. Se acordó del día en que estaba echada en el suelo de la habitación de Cindy Martin, escuchando a Billy Joel en un transistor situado entre ellas, y el modo en que Cindy separó los labios mirando el techo, con una especie de grito silencioso, cerró los ojos con fuerza y hundió los hombros aún más en la alfombra blanca de pelo largo cuando su madre le gritó desde abajo:

—¿Cindy?! ¡Tienes que darle de comer al perro!

Holly la había envidiado. La madre. La tarea. El perro. Toda la parafernalia de una infancia normal. A ella nunca le pedían que hiciese nada en casa porque tenía dos hermanas mayores cuyo objetivo en la vida era que Holly tuviese una «infancia normal» pese a la muerte de su madre y el alcoholismo «secreto» de su padre. Por ese motivo ella no regañaba a Tatty por sus reacciones exasperadas cuando le pedía que vaciase el lavavajillas o sacase la basura. Esos pequeños engorros eran un lujo. Mientras Tatiana abría el cajón de la nevera, Holly dijo animada «Gracias, Tat», para transmitirle que sabía que aquello, aquella humillación, le suponía un esfuerzo, pero que también resultaba ridículo, y encantador, que le supusiera semejante esfuerzo.

Una quitanieves pasó por la calle; Holly oyó las palas rascando la acera. Eso quería decir que aquello era una tormenta de nieve en toda regla. Últimamente parecía que las quitanieves sólo salían en caso de emergencia. Recortes. ¡Y en Navidad! Se imaginaba la de horas extra que el ayuntamiento tendría que pagar al conductor de la máquina quitanieves el día de Navidad. Como el servicio de Correos, las quitanieves eran algo que Holly había dado por sentado. Hubo una época (¿sólo hacía diez años?) en que parecía que esas máquinas salían a la mínima para lucirse: «Caiga granizo, nieve o hielo, ¡nosotras los mandaremos a paseo!», parecía ser su lema.

Pero daba la impresión de que eso pasaba mucho tiempo atrás, en esos días de antaño en que servían comida en los aviones o alguien te llenaba el depósito de gasolina o te llevaba la compra al coche. Y ahora, en cambio, hablaban de cerrar la estafeta de correos.

¿Cuánta nieve habría caído para que estuviesen dispuestos a pagar horas extra a los conductores de las quitanieves, y más el día de Navidad?

Holly miró de reojo a Tatty, que observaba la bandeja de champiñones como si estuviera del todo desconcertada.

—¿Has oído? —le preguntó.

—¿Oír qué? —respondió Tatty por lo bajo, sin apartar la vista de los champiñones.

Ese perfil. La vista baja. La mirada fija. Una belleza antigua, tallada por alguien cuya identidad se había perdido en el tiempo. Y el mensaje ancestral de aquella imagen, que parecía decir: «Contéplame, estoy y no estoy aquí, parte de ti y aparte de ti.»

El frío perfil de mármol de Tatiana la puso nerviosa.

—Deja eso, Tatiana. Ya lo haré yo.

Tatiana seguía con la mirada fija en la bandeja de champiñones.

—¿Me has oído? —dijo Holly, demasiado alto.

Entonces Tatiana pareció oírla, pero fue como si captase la voz con un walkie-talkie, a kilómetros de distancia. Negó ligeramente con la cabeza, dejó con mucho cuidado la bandeja de champiñones en el fregadero, miró a su madre... Y entonces Holly comprendió que la actitud de Tatiana, que ella había interpretado como de fastidio por tener que hacer lo que le decía, se debía a otra cosa: ¡Tatiana estaba llorando!

—¡Cariño! —exclamó, y se apartó de la carne para acercarse a su hija, limpiándose las manos ensangrentadas en el vestido, porque ¿qué más daba? Había cosas más importantes, y el vestido tenía tantas flores que un poco de sangre parecería parte del estampado—. Dios mío, ¿qué te pasa?

Agarró a su hija de los hombros tan rápido que a punto estuvo de derribarla —¡tan delgado era ese cuerpo, tan frágil!— y la atrajo hacia sí con fuerza, la mano ahuecada en el cráneo de Tatiana como cuando era tan pequeña que la llevaba en la cadera de habitación en habitación, de la cuna a la bañera, del coche al parque.

—¿Qué te pasa, cariño? —volvió a preguntarle.

Tatiana apoyó la frente en el hombro de su madre, pero no dijo nada ni levantó los brazos para responder al abrazo de Holly. Era como sostener un maniquí, salvo que Tatiana olía a champú con aceite de árbol de té, a cítricos y a campos llenos de flores de otro mundo, flores cultivadas en fábricas y manipuladas hasta que sus aromas encajaban con la idea que algún inventor tenía del aroma de la flor perfecta.

También olía a algo más. Algo no del todo agradable. Otra vez un toque a fruta podrida. Muy sutil. Y Holly sintió que volvía la urgencia.

¡Algo los había seguido a casa desde Rusia!

Había algo en todo aquello. Algo que, sin tiempo para sentarse a un escritorio y ponerlo por escrito con un bolígrafo, Holly temía que nunca llegaría a entender. Y, sin embargo, justo lo que estaba haciendo en ese momento, abrazar a su hija, le impedía irse, buscar papel y bolígrafo o encender el ordenador.

Y aunque hubiese tenido tiempo... ¿qué? ¿Qué escribiría? ¿Que algo los había seguido a casa desde Rusia? ¡No tenía sentido! ¡Eso no explicaba nada! Y Holly ya no era escritora, no lo era desde hacía años, no había escrito una

frase decente o un verso auténtico desde aquella época lejana en que se servía comida en los aviones, desde aquellos días en que te permitían esperar en la puerta de embarque a los seres queridos que bajaban del avión y las quitanieves rugían en las calles en cuanto caían los primeros copos. Holly supo que podían darle todo el tiempo del mundo y que, pese a la convicción de que tenía algo que escribir sin tiempo para escribirlo, nada saldría. ¿Cuántos inicios había anotado en los últimos dieciocho años, y cuántas de esas notas habían llevado a algo que no fuese frustración y un malhumor que duraba días? Cientos de inicios que acabaron en nada. ¿De qué le habría servido intentar romper aquel bloqueo precisamente el día de Navidad?

Y, sin embargo, sentía la necesidad de apartar (con suavidad) a su hija. Abrazarla y preguntarle qué le ocurría... de nada serviría, era inútil. Su hija, aunque supiera qué le pasaba, no iba a responder, nunca explicaría sus lágrimas, su cara larga o su mal humor. Si le insistía, volvería a iniciar la discusión sobre las bolsas de plástico o sobre el hecho de que Holly se hubiera dormido, sin más. Sería una pérdida de tiempo para las dos.

Aflojó el abrazo y Tatiana, aún rígida, se separó y se marchó en silencio a su habitación. Holly oyó que cerraba la puerta con el esperado «clic» y, luego (no, seguro que no), creyó oír que echaba la aldabilla. ¿Esa aldabilla que su hija había negado necesitar desde que Holly se la había instalado? ¿Era ése el tipo de día que iban a tener? ¿Nunca le perdonaría que se hubiese dormido?

Negó con la cabeza en la dirección en que su hermosa hija, su imposible, su increíblemente hermosa hija había desaparecido por el pasillo y siguió mirando ese vacío hasta que, detrás de ella, el pitido del horno indicó que ya estaba precalentado. Holly cogió la bandeja de champiñones, rasgó el plástico, mojó con agua fría los carnosos pedazos y los echó en la fuente con la carne. Todavía le quedaba como mínimo una hora, calculó, para encargarse de las patatas y las cebollas; casi todo lo demás (el puré de boniatos, la macedonia y los panecillos) lo había comprado ya preparado. Aquél no iba a ser uno de sus festines navideños más impresionantes, pero ¿qué más daba? Le importaba un bledo lo que los Cox pensarán de ella, y la familia de Eric... ¿Cuántos festines navideños impresionantes estaba obligada a prepararles en su vida? Thuy, Pearl y Patty, por su parte, estarían más que satisfechas con un par de cervezas (Thuy), los boniatos (Pearl) y la macedonia (Patty).

Se acercó a la ventana para comprobar la intensidad de la nevada. Como había deducido por la presencia de la quitanieves, desde la última vez que

había echado un vistazo la acumulación de nieve era sorprendente. Aunque el viento hacía caer los copos de lado, había una especie de organización en la masa blanca del suelo, como si alguien se hubiese tomado la molestia de distribuir la nieve de un modo uniforme por el césped. El bebedero para pájaros —un ángel de cemento con un plato de agua en las manos— estaba nevado. Holly dedujo que la nieve debía de ser húmeda y pegajosa porque se había adherido a toda la superficie del ángel, incluso en la parte inferior de las alas, y éste tenía la cara envuelta en lo que parecían vendas. Como el ángel era casi de tamaño natural, cubierto de aquel modo daba la impresión de ser un niño o un adulto pequeño quien, helado en el jardín, sostuviera ese plato con gesto implorante, como si suplicase algo hacia el ventanal y el interior confortable y acogedor del otro lado: «¡Por favor!»

Cuando llegaron por primera vez a Siberia, un chófer los recogió en el aeropuerto y emprendieron un trayecto de tres horas hasta el hostel del orfanato; eso después de haber viajado en avión, tren, autobús y de nuevo en avión durante casi todo un día. Eric se había dormido enseguida en el asiento trasero del coche, pero Holly ni siquiera cerró los ojos. En su vida había estado más despierta. Contempló la nieve y el paisaje, el paisaje y la nieve, que al pasar se fundían y se convertían en una misma cosa. Las personas, las casas, los vehículos y los animales de las granjas... todo estaba sepultado y borroso. Fantasmas de nieve todos ellos, todo, a lo largo de trescientos kilómetros. Holly no lograba distinguir un solo detalle y pronto dejó de intentarlo, pero en ningún momento sintió el menor deseo de cerrar los ojos. Era casi un consuelo, en realidad, asomarse a ese país y descubrir que sólo lo poblaban espectros.

Ahora apoyó una mano en el ventanal y observó cómo el espacio entre sus dedos cálidos se empañaba en el cristal frío. Era como el paisaje de ahí fuera. El bebedero era una impresión, no una figura, y el resto era la nada. Luego Holly volvió en sí y se acordó del asado y los invitados y de todo lo que le quedaba por hacer; apartó la mano de la ventana, miró el reloj y dio un respingo. Los invitados llegarían al cabo de una hora, o antes. Aunque cayó en que ya había pasado casi una hora desde la última vez que había hablado con Eric. Y el aeropuerto no estaba tan lejos. A menos que hubiesen cerrado

la autopista, Eric ya debería estar en casa con sus padres. Seguro que aparecerían de un momento a otro. Y los cuñados y sus respectivas familias llegarían después. Holly había convocado a los Cox algo más tarde, para no arriesgarse a que llegaran antes de que Gin tuviese tiempo de abrazar a sus hijos y nietos y llorar un ratito, como siempre.

Thuy, Pearl y Patty iban a la iglesia y no saldrían hasta la una y media; después tenían que pasar por casa para recoger los regalos y el pudin que Pearl había preparado. De modo que serían las últimas en llegar, aunque también las más bienvenidas para Holly. Holly sabía que Thuy traería un paquete de seis cervezas de importación y que se las bebería una detrás de otra a lo largo de la tarde, hasta emborracharse y hacer gansadas. Pearl estaría pendiente de Tatiana, le rogaría que cantase su último madrigal, querría ver todas las fotografías de su iMac y escuchar todas las canciones que se había descargado en el iTunes. Seguro que todas esas atenciones de su «tía» más querida le quitarían el mal humor.

¡Y Patty! ¡Patty sería un dulce, un hada, una princesita! Cogería a Holly de la mano y charlaría con ella de cosas de niñas, tontas y absurdas. Y todas las historias que Pearl y Thuy estaban hartas de oír, Holly las escucharía un millón de veces, encantada. Salvo Tatiana, no había nadie en el mundo a quien Holly quisiera más que a su ahijada, y aunque esperaba fervientemente que Thuy y Pearl viviesen mucho tiempo con buena salud, le resultaba inevitable fantasear con que morían (¡sin sufrir!) y que ella se hacía cargo de la pequeña. Holly bromeaba al respecto con sus amigas, que le perdonaban la mala voluntad y le agradecían compasivas que quisiera tanto a su única hija, pero Holly no les decía que a menudo se detenía en el umbral de la habitación de invitados y pensaba que, si sus amigas morían, sacaría las estanterías empotradas y pintaría las paredes de color verde mar para Patty, que entonces ya no sería hija de Thuy y Pearl sino suya, y añadiría una cenefa de sirenas. Imaginaba lo bien que quedarían Patty y Tatiana como hermanas en un retrato, entre ella y Eric: una morena y elegante, esculpida en mármol, y la otra dulce, de sonrisa pícaro y llena de luz.

Aunque no creía que Patty fuese la niña más inteligente del mundo (para empezar, nunca estaba callada o quieta el tiempo suficiente para pensar), sin duda sí que era la más simpática. Una niña estadounidense en estado puro. Patty esperaba que todo fuese bien porque todo había ido siempre bien. ¡Qué maravilla, estar en presencia de un ser humano tan despreocupado!

Se apartó del ventanal y cruzó la sala de estar para dirigirse a la habitación de Tatiana. Se detuvo delante de la puerta y, conteniendo el aliento, intentó oír algo de lo que sucedía al otro lado. ¿El suave teclear del ordenador, cajones que se abrían y cerraban?

No. Lo único que Holly pudo oír, pese a no respirar, fue la nieve que caía fuera, sobre el tejado, en el jardín, contra las ventanas. No hacía un ruido húmedo —como había imaginado al ver la capa pegajosa que cubría el ángel del jardín—, sino más bien arenoso. Crujiente. Tomó aire, se frotó los ojos y volvió al ventanal de la sala de estar para observar el jardín con más detenimiento.

Sí, ahora la nieve parecía más bien granizo. Como piedra. Aquella nevada era implacable. El ángel ya no se veía.

Regresó a la cocina y miró dentro del horno.

El asado empezaba a crepitar y a oler más a comida que a carne. Holly solía evitar la carne roja por razones de salud sobre las que había leído en revistas femeninas, pero cuando olía un asado reconocía que, en el fondo, era carnívora. En el centro del pueblo, frente a la tintorería, había un restaurante malo, el Fernwood, que en los últimos años había recibido varias denuncias por infracciones sanitarias, pero la cocina del Fernwood ventilaba a la calle, y siempre que Holly iba a buscar ropa a la tintorería olía las hamburguesas friéndose y no le costaba verse en un bosque, vestida con pieles y arrancando con los dientes un pedazo de carne de un hueso, ni el increíble placer que aquello habría supuesto para sus ancestros.

Echó un vistazo a su móvil, que seguía en la encimera. Al parecer, desde la llamada de Eric, sólo había llamado el número oculto (dos veces). Si Eric no llegaba pronto tendría que intentar hablar con él, aunque esperaba que no hiciese falta. Si iba por la autopista con sus padres, la distracción del teléfono no ayudaría, sobre todo con ese tiempo. Holly no era de las que enseguida imaginan accidentes fatales o desastres inesperados. Según su experiencia, la tragedia siempre llega con aviso previo —como si llevara siglos lanzando advertencias—, y al final lo más sorprendente son todos los avisos que ha ido emitiendo, el espacio que ha dejado para que sufras de antemano. No. Eric no moriría en un accidente de tráfico el día de Navidad. Como mucho, quedaría atrapado en un banco de nieve.

Holly se dirigió al aparador donde guardaba la porcelana y la cristalería de la boda de su madre, o lo que quedaba de ella, pues tres de las tornasoladas

copas de agua se habían roto. Abrió las puertas de cristal. Había florecitas rosa pintadas en los platos, las tazas y los platitos de color crema de bordes dorados. Janet, la mayor de sus hermanas, había heredado la vajilla cuando su madre falleció y luego se la había dado a Melissa, la mediana, cuando supo que también iba a morir. Pero Melissa no soportaba esa vajilla de porcelana optimista porque le recordaba a su madre y su hermana, y se la dejó a Holly en la entrada, envuelta en plástico con burbujas y metida en cajas.

Al principio, Holly creyó que tampoco sería capaz de soportarla y la dejó embalada en el sótano durante años.

Hasta que Tatiana llegó a casa.

Fue entonces cuando sintió el tirón del pasado, se dirigió al sótano, abrió las cajas y descubrió que, milagrosamente, todos aquellos años en el sótano habían purgado la vajilla del recuerdo de su madre y sus hermanas. Eric y ella compraron un aparador para guardarla, y ahora Holly la sacaba en todas las ocasiones especiales y se alegraba de poseerla, de estar viva para disfrutarla después de que las otras mujeres, cuya felicidad había cortado de raíz un gen defectuoso, hubiesen muerto. Esas mujeres no la envidiaban, ni rondaban el aparador, pero a veces, sobre todo en fiestas como la Navidad, Holly notaba a su lado su propio fantasma, un espectro que deseaba meter también los brazos en el armario y tocar algo tan sólido y delicado como un plato, sostenerlo entre las manos. Pero no podía, porque el fantasma de Holly estaba hecho de destino, mientras que la Holly de carne y hueso, gracias a la medicina moderna, había logrado desprenderse de su destino como si de un abrigo se tratara.

Bueno, tampoco había sido tan fácil.

Pasó por el momento de la fría sala de recuperación, en la que Holly se había despertado sola, parpadeando despacio mientras volvía al mundo y comprendía que no tenía ovarios, ni pechos, ni pezones debajo de todas esas vendas, que le habían extirpado sus partes más íntimas. ¿Quién sabía dónde estarían ahora, sin ella?

Y durante los primeros meses del posoperatorio se había encontrado fatal, como si se hubiera convertido en una máquina, un robot imposible de matar. Tenía unas pesadillas espantosas en las que buscaba esas partes de su cuerpo en estantes llenos de miles de otras partes que flotaban en miles de botes. En

los sueños, Holly estaba convencida de que su alma se encontraba en uno de esos fragmentos, atrapada en formaldehído y cristal para siempre.

Sin embargo, superó todo eso gracias al paso del tiempo y al talento artístico de su cirujano plástico, que le había proporcionado unos senos mucho más bonitos, y gracias también a los consejos de la enfermera que había colaborado en la doble mastectomía y la ooforectomía (¿por qué justo esa palabra tenía que empezar con dos óvulos?), quien le dijo que durante la operación había vivido una especie de experiencia extracorpórea y había comprendido que la función de ese quirófano era romper la cadena del destino que durante mil años había devastado a las antepasadas de Holly. «Te arrancamos de esa larga línea de muertes femeninas precoces.»

Después de la operación, sentada junto a su cama, aquella enfermera vestida de blanco le había acariciado la mano mientras le explicaba que no había escapatoria, que aunque la misma Holly no hubiese muerto por la mutación (o no se hubiese suicidado de desesperación, como su hermana mediana, Melissa), les habría transmitido el gen a sus hijos, que a su vez se lo habrían transmitido a los suyos. Había que detener todo ese sufrimiento. Ahora podían rastrear su mutación 185delAG BRCA1 hasta la que quizá había sido la primera mujer indoeuropea portadora con la que se había iniciado la cadena que había llegado hasta Holly.

—Piensa en esa mujer —le había dicho la enfermera, con los ojos de color verde oscuro llenos de lágrimas—. Tienes la suerte de haber nacido en Estados Unidos a finales del siglo XX. Vivimos en una época extraordinaria.

Y, afortunadamente, Tatiana no heredaría ese gen. Holly le legaría la vajilla sin contaminar, y Tatiana se la legaría algún día a su propia hija, que tampoco albergaría esa mutación.

Holly sacó con cuidado los platitos y los dejó en la mesa del comedor. Eric y ella habían añadido una extensión en el centro antes de acostarse y Holly había puesto el mantel.

—¿Tatty? ¡Hora de poner la mesa, Tatty!

Ninguna respuesta. Tatiana seguía en su habitación con la puerta cerrada.

(Pero no por dentro, ¿verdad?)

—¿Tatty? —la llamó de nuevo Holly en voz más alta, tan alta que la única posibilidad de que no la oyese era que llevase auriculares con la música que

nunca escuchaba a todo volumen—. ¡Tatty! ¡Oye! ¡Necesito que me ayudes, cielo! ¡Papá llegará con Gin y Gramps de un momento a otro! ¡Tenemos que poner la mesa!

Holly sacó los platos de ensalada. Luego se detuvo para comprobar si oía a Tatiana saliendo de su cuarto. El roce de la silla en el suelo de madera. Pero no oyó nada. Notó que una conocida sensación de abatimiento le subía del estómago a la garganta. Era una especie de infelicidad que le recordaba tremendamente a sus días de instituto, cuando sus amigas la dejaban tirada o un chico le daba plantón. Casi se había olvidado de esa clase de tristeza — física, absoluta— y se sintió tan desfallecida que tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla del comedor.

¿Qué le pasaba? Aquella tristeza desconsolada que la abrumaba sin motivo era ridícula, mucho peor que el fastidio habitual que sentía, y se había acostumbrado a sentir, cuando Tatty tardaba en responder a una pregunta o a una petición de ayuda. Ése era un tipo de fastidio que Holly ya se esperaba de la maternidad. Se acordaba muy bien de las expresiones exasperadas que su madre, antes de morir, le había dirigido cuando ella se mostraba grosera, o llegaba tarde, o se quejaba. Pero ¿sentirse tan ofendida, tan afligida por su hija y por una conducta que era de lo más normal en una adolescente? No tenía justificación y debía librarse de eso antes de que Tatty se lo viera en la cara.

—¡Maldita sea, Tatty!

Tomó aire y se encaminó a la puerta del dormitorio de su hija. Llamó con los nudillos, fuerte, y luego retrocedió para escuchar.

Nada.

—Tatty, ¿qué haces? ¿No me has oído? Te he dicho que me ayudes a poner la mesa.

Esta vez, Holly oyó una especie de suspiro y le pareció reconfortante. Al menos su hija estaba...

¿Qué? ¿Todavía dispuesta a reconocer la voz de su madre aunque no le causara más que irritación?

Sin embargo, si Tatty estaba echada en la cama detrás de esa puerta, no se movió, ni siquiera se dio la vuelta. Después de tantos años conviviendo en una casa pequeña, Holly conocía muy bien el sonido y el significado de cada chirrido del colchón de su hija. Y Tatiana no se había movido.

—Tatiana.

Holly intentó entonces usar un tono paciente. Iba a concederle a su hija el beneficio de la duda. A lo mejor se había quedado profundamente dormida. A lo mejor tenía la regla y no se encontraba bien. Holly conocía el ciclo menstrual de Tatiana y aunque era demasiado pronto para que sufriera los síntomas premenstruales, el cuerpo no era un ordenador programado a la perfección. Ella dejó de tener la regla a los veinticuatro años, pero nunca olvidaría las que había sufrido. El dolor sordo que precedía a la sangre, como si toda esa blanda alfarería contenida en el triángulo de las caderas se endureciese. También las leves náuseas, y los pinchazos, como electrodos, en las sienes, alrededor de los ojos y en los senos nasales, como si hubiese inhalado agua salada. Nunca fue un dolor lo bastante intenso para gritar, pero sí lo suficiente para hacer que se sintiera cautiva de su cuerpo, como una esclava encadenada. Cuando ahora veía el dolor menstrual en el rostro de su hija, sentía una especie de dolor fantasma allí donde antes estaban sus ovarios.

—Tatiana.

Holly puso la mano en el pomo. Iba a tener que hacer lo que le había dicho a Tatiana que nunca haría: entrar en su habitación sin permiso. Pero la había advertido de sobra. Aquello era ridículo. No podía permitir que se pasara el día enfurruñada, escondida en su cuarto. Mientras pronunciaba el nombre de su hija («Tat...»), giró el pomo, pero la sílaba se le quedó trabada en la boca y la puerta no se abrió. La aldabilla estaba echada al otro lado.

Soltó el pomo y retrocedió. Maldita sea. Holly suspiró tan hondo que, cuando el aire salió de sus profundidades y pasó por las amígdalas antes de regresar de nuevo al mundo, sonó como si un gruñido le atravesara la garganta. Maldita sea. Vale. Sí, al parecer Tatiana iba a castigarla todo el día por haberse dormido en Navidad. «A la mierda», quiso soltar, pero lo que hizo fue apartarse de la puerta y decir, lo más serena que pudo:

—Cuando decidas crecer, ya volverás con nosotros.

«Volverás con nosotros.»

No había nadie más en la casa y notó la debilidad de su afirmación. Por primera vez ese día se sintió aliviada al pensar en la compañía que estaba en camino, incluidos los Cox. Era del todo imposible que Tatty, siendo como era, se comportara de aquel modo delante de los invitados. Se mostraría educada con todos, estaría muy contenta de verlos y se portaría bien con Holly, y cuando terminase el día, la falsa Holly y la falsa Tatty («¿Puedes

batir la nata, cariño?» «Pues claro, mamá») se habrían metamorfoseado en la Holly y la Tatty auténticas.

Holly volvió a mirar la hora.

Iba a tener que poner la mesa sola, joder.

Poner la mesa para las comidas importantes era algo que Holly y Tatiana siempre habían hecho juntas. Incluso cuando era demasiado pequeña para tocar la porcelana o el cristal, Tatty se ponía de puntillas y dejaba los cubiertos en la mesa, junto a los platos. Sólo había tenido lugar un único contratiempo cuando, con seis años, Tatty quiso sacar de prisa la salsera del aparador. La salsera (un cisne de cerámica blanca con un agujero en el pico, por donde salía la salsa) había sobrevivido, pero tres copas tornasoladas de la madre de Holly no. Nunca supo lo que había sucedido. Tatty se había puesto demasiado histérica (agresiva, muy a la defensiva y se disculpó entre lágrimas, todo a la vez) para poder contar toda la historia, pero cuando Holly se volvió, las copas estaban en el suelo, frente al aparador, y el globo de cada una de ellas estaba tan perfectamente escindido del pie que parecía más el resultado de una operación quirúrgica que un accidente.

—No te preocupes —le había dicho a su hija—. Me quedan nueve. Las cosas se rompen.

—¡No me mirabas! —había gritado Tatty—. ¡Tendrías que habérmelo dicho!

Holly había procurado no enfadarse por el destrozo. Tatty no sólo le había roto las copas de cristal, sino que encima le echaba la culpa, cuando ella simplemente intentaba perdonarla. Para consolar a su hija quiso contarle alguna anécdota en que ella hubiese roto algo valioso, pero no recordó ningún incidente similar. Hasta que fue adulta, Holly nunca se había acercado lo bastante a nada rompible para romperlo. Sin embargo, al parecer una vez había garabateado una pared entera con un lápiz azul, y eso se había convertido en una broma familiar, aunque Holly no se acordaba de nada. Cuando anunció su intención de cursar un posgrado para hacerse escritora, Janet le había dicho, riendo: «¡Siempre te ha gustado garabatear!»

Ja, ja.

Así que Holly le había contado esa historia para consolarla, para demostrarle que era posible dañar las cosas tanto a propósito como sin querer.

Le explicó que su madre había conseguido borrar los garabatos azules de la pared antes de que su padre los viese y que había esperado semanas para contárselo. Iba por la mitad de la historia (mientras tiraba las copas rotas a la basura y Tatiana gimoteaba con la cara entre las manos, sentada a la mesa del comedor) cuando recordó que ya le había contado esa anécdota a su hija el verano pasado, el día que intentó hacerle admitir que había rayado todos los CD de Eric y de ella. ¿Con un imperdible, quizá? ¿Qué otra explicación había?

Sin embargo, la anécdota no había ayudado ni a que Tatiana admitiese haber rayado los discos ni a que no se sintiera tan mal por haber roto (con tal precisión que parecía hecho a propósito) las tres copas de agua en Navidad. Todo lo contrario: la había mirado con desconfianza, como si la historia de la travesura de su madre la desconcertase y, tal vez, la ofendiera.

Y lo mismo sucedería durante los años siguientes, casi siempre que Holly tratara de consolar a Tatiana mencionándole alguna ocasión en que ella se hubiera equivocado, demostrando la misma torpeza o miopía que su hija. Lo peor había sido cuando Tommy cumplió diecisiete años, después de que Tatiana y él ya llevaran medio año saliendo juntos, y Holly le había aconsejado que llevase un condón en el bolso, por si acaso.

—¿Qué? —dijo Tatiana, separando los labios azulados en una expresión de auténtico horror.

Holly se lo había repetido. El condón. Dijo que le parecía mucho mejor que ella y Tommy esperasen, desde luego, pero que a veces los adolescentes...

—¡Por Dios, mamá!

Tatiana abrió mucho los ojos oscuros, su boca era un cerco de asombro. Se le veían los dientes, una cordillera perfecta y blanca. Nunca había necesitado ortodoncia, los tenía tan perfectos... Conteniendo las lágrimas, Tatiana añadió:

—No tengo ni idea de lo que hacías tú a mi edad, pero eso no es lo que hacemos Tommy y yo.

—Bueno, Tatiana...

Holly le explicó que, a su edad, su novio y ella tampoco se habían planteado tener relaciones sexuales, pero, como nadie se había atrevido a hablarle de la contracepción, no estaba preparada, se quedó embarazada y tuvo que abortar. Fue una experiencia terrible. Por suerte, le dijo a Tatty, en

los Centros de Planificación Familiar te permitían abortar a los quince años sin el permiso paterno, porque si su padre se hubiese enterado...

Entonces Tatiana se derrumbó en la cama y rompió a llorar, inconsolable, hasta que su madre le prometió que nunca volvería a hablar de aquello, pero insistió en que podía acudir a ella siempre que lo necesitara.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Cállate! ¡No quiero saber cosas de ti! ¡No quiero que me cuentes tus errores! ¡Tú y yo no nos parecemos en nada!

Por un instante terrible, Holly creyó que Tatiana pronunciaría las palabras que había temido y al mismo tiempo esperado todos aquellos años: «Tú no eres mi madre.» Pero no las dijo. No entonces. Ni nunca. Sólo una vez, cuando tenía cuatro años, Tatiana había preguntado, vacilante:

—Mamá, ¿sabes quién era mi madre de verdad?

Al oír esas palabras juntas, «madre» y «de verdad», a Holly se le habían llenado los ojos de lágrimas; incluso reaccionó físicamente antes de procesarlas.

Sin embargo, como ya tenía decidido, no le mintió: no sabía nada de su madre biológica, pero, dadas las condiciones del pueblo donde había nacido Tatiana, era probable que su madre fuera una adolescente, quizá también huérfana, seguro que muy pobre y sin educación.

Toda la zona estaba repleta de niños abandonados. Los orfanatos estaban llenos, pero también había niños mayores abandonados por todas partes, que o bien nunca habían sido acogidos en una institución o bien habían salido de ella y abordaban a los peatones en todos los cruces y las paradas de autobús, pidiéndoles dinero o lo que fuera —el reloj, caramelos, la bufanda— y persiguiéndolos con las manos ahuecadas, gritándoles en la cara. A Eric y Holly les habían advertido que no hablasen con esos niños y que en ningún caso se detuviesen o les dieran dinero, pues si lo hacían, les robarían la cartera mientras ellos buscaban unas monedas. O algo peor. Se contaba la historia de una pareja que había ido a Siberia a adoptar a un bebé y acabó en un callejón golpeada por una jauría de niños porque se detuvo a ofrecerles comida. La futura madre había quedado ciega de por vida tras sufrir un golpe en la cabeza. Al parecer, nadie tenía respuesta para la pregunta que interesaba a Holly: ¿Habían adoptado al bebé?

Cuando todavía estaban en Estados Unidos y la directora de la agencia de adopción internacional les hacía esas advertencias alarmantes, Holly no podía imaginarse apretando el paso en una parada de autobús al ver a un niño

abandonado. Pero resultó fácil. Había tantos, tan mal vestidos, tan sucios, tan groseros, que no parecían niños. Y, por lo visto, la actitud de los propios rusos respecto a esos chiquillos mostraba que no los consideraban exactamente niños y creían que estaban corrompidos por malos genes, incluso los más pequeños. Era lo que pensaban también de los lactantes, y ésa era la razón, les habían dicho, de que en Rusia hubiese tantos bebés en adopción. Los rusos no querían a esas criaturas desechadas, ni siquiera los desesperados sin hijos estaban dispuestos a adoptarlos.

—Los rusos son iguales que los estadounidenses —les había explicado la directora de la agencia de adopción, que era boliviana—, la diferencia es que ellos llevan siglos pasándolas moradas. Como los estadounidenses, son afectuosos, sentimentales y egocéntricos.

Al oír eso, Holly y Eric habían intercambiado una mirada, divertidos por esa descripción de sí mismos claramente insultante.

—Sin embargo, no son tan ingenuos —continuó la directora—. Por eso les es tan fácil aprovecharse de los estadounidenses. Los comprenden porque son como ellos, pero creen que siempre preferirán no ver las verdades básicas que los rusos saben desde que nacen.

No se lo dijo a Tatiana, pero, sin duda, imaginaba que sus padres podían encontrarse entre esos niños siberianos de la calle. En Rusia los abortos eran tan habituales y accesibles como forma de anticoncepción (no había ningún tabú al respecto y se ofrecían en estadios tan avanzados de la gestación que, según les habían contado, muchos bebés de los orfanatos eran el resultado de abortos que no habían «cuajado») que si la madre no podía acceder a uno era porque estaba demasiado enganchada a las drogas o al vodka, o bien porque era demasiado joven para entender siquiera que estaba embarazada hasta que nacía la criatura. Y como en el orfanato Pokrovka n.º 2 les habían asegurado que Tatiana había nacido sin drogas en el organismo y era evidente que no sufría síndrome de alcoholismo fetal, con toda probabilidad habría sido la hija abandonada de uno, o dos, de esos miles de otros niños abandonados.

—Nunca lo sabremos —le había dicho a Tatiana sobre su madre biológica—, pero para mí será un honor ser siempre, siempre, siempre, siempre tu madre de verdad, de verdad.

Había tomado a su hija en brazos y se quedaron así, mejilla contra mejilla, mezclando sus lágrimas. Ése fue, y siempre lo sería, el momento más entrañable de toda la vida de Holly.

Cuando los platos, las copas y los cubiertos de plata ya estaban sobre el mantel (Holly seguía dejando la distribución en manos de Tatiana), volvió al ventanal.

La nevada lo había borrado absolutamente todo, salvo la misma nieve. «Caray —pensó—, esto ya no es una nevada. Es una tormenta de nieve en toda regla.» No había oído que anunciaran tormentas de nieve para el día de Navidad. Ni en la radio ni en la televisión. Y hasta el día anterior, cuando habían mencionado que podían producirse ligeras nevadas, habían estado diciendo que era posible que la de aquel año no fuera una Navidad blanca.

Se dirigió a la cocina a buscar el teléfono y justo entonces Dylan se puso a cantar otra vez su arrogante advertencia —«*it's a hard, it's a hard, it's a hard, it's a hard rain...*»—, todo ese mal presagio atrapado en un espacio tan pequeño como la palma de la mano de un niño. En la pantalla se iluminó el nombre de Thuy.

—Thuy —dijo Holly al teléfono.

—Feliz Navidad, Holly —saludó su amiga—. ¿Has visto el tiempo que hace?

—Lo sé, lo sé. Es increíble. Eric todavía no ha vuelto del aeropuerto con sus padres. Y esperaba que a esta hora sus hermanos y sus respectivas familias ya hubieran empezado a llegar en avalancha, pero de momento estamos solas Tatty y yo.

—Han cerrado la autopista, cariño. Si tu familia no estaba ya en el pueblo, no aparecerá hasta dentro de muchas horas. Será mejor que empieces a hacer llamadas. ¡Y no salgas de casa! Patty, Pearl y yo casi ni hemos podido volver de la iglesia. ¡Una hora en coche para recorrer quince kilómetros! Ha conducido Pearl y ahora está echada en el suelo, recuperándose.

Holly oyó a Pearl gritando, lejos de Thuy y su móvil:

—¡Dile que es una nevada histórica!

—¿De veras? —preguntó Holly, aún incapaz de creerse que aquello estuviera ocurriendo—. ¿De dónde ha salido? Decían que hoy no iba a nevar.

—Bueno, las alarmas han comenzado a eso de las seis de la mañana, pero apenas nevaba cuando hemos salido a las once para ir a la iglesia, y hemos pensado: «A ver, ¿cuánta nieve puede caer en hora y media?» Bueno, pues te respondo ahora mismo: un montón. Y la que caerá... Será mejor que pongas

la radio.

—¡Madre mía! —soltó Holly.

De pronto entendió lo que aquello implicaba. Se llevó una mano a la frente y preguntó:

—Thuy, no estarás diciéndome que no venís, ¿verdad?

Se instaló un silencio, pero los gimoteos de Holly lo interrumpieron.

—Holly, no hay...

—¡Madre mía, vais a abandonarme el día de Navidad! ¡Alquilad un trineo! ¡Os iré a buscar! ¡Necesito a mi Thuy y a mi Pearl y a mi hada de azúcar!

Thuy rió, pero no mucho. Ambas sabían que era una broma sólo en parte, que no ir a su casa por Navidad rompía una tradición que tenía más importancia para Holly que para ellas. Poniéndose melodramática, Holly intentaba parecer menos desesperada de lo que estaba en realidad.

—Es imposible, Holly. Aunque dejara de nevar ahora mismo, algo que no va a pasar, las carreteras no estarían limpias...

—¡He oído una quitanieves! ¡Hará cosa de media hora! ¡Seguro que nuestra carretera está limpia!

—Esa quitanieves es como una gota de agua en el mar. Y, además, hoy no podría arrancar a Pearl del suelo y meterla de nuevo en el coche ni aunque nuestras vidas dependieran de ello.

Holly oyó gritar a Pearl:

—¡Dile a Holly que lo sentimos mucho! ¡Le llevaremos nuestros regalos y a nuestra hada de azúcar mañana o pasado mañana!

Holly era consciente de que Pearl intentaba sacar a Thuy del apuro y del teléfono. De que les habría gustado pasar la Navidad con ellos, pero que el cambio de planes tampoco les estropeaba el día. Encenderían su estufa de leña y se acurrucarían con Patty en el sofá. Seguramente habrían llenado la nevera y el congelador de cosas con las que prepararse una comida navideña por si pasaba algo así. Incluso tal vez les aliviara quedarse en casa, las tres solas, en lugar de ir a pasar el día con la familia política de Holly y los Cox. Pero Holly no pudo contenerse:

—¿Seguro? Será la primera Navidad sin vosotras en catorce años. Tatiana se llevará un disgusto enorme. Ya está de un humor de perros.

—Lo siento, Holly —dijo Thuy.

Holly se la imaginó haciéndole una mueca a Pearl, quizá señalando el teléfono y negando con la cabeza.

—Es imposible, de veras, o allí estaríamos, querida. Es imposible, en serio. Recalcó cada una de las palabras de esa última frase como si fuese Holly, y no ella, la que no tenía el inglés como lengua materna.

—Bah. Os odio. Os quiero. Me habéis destrozado la vida.

Thuy rió entonces, tomándose la broma como un permiso para colgar y seguir con su vida, con su familia, con su día de Navidad.

—Vale, dile a Tatiana que la queremos.

—Se lo diré, si es que sale de su habitación.

Quería contarle lo de su hija. Lo de su mal humor. ¡Se había encerrado en su cuarto! Aunque Holly llevaba muchos más años siendo madre, Thuy siempre le daba buenos consejos.

—Vaya. ¿Qué le pasa a Tatty?

Pero el tono no invitaba a que Holly entrase en detalles. La conversación se estaba desinflando. Hacía veinte años que se conocían y habían pasado cientos de horas al teléfono. Por las pausas entre frases, Holly sabía si Thuy estaba de pie en la cocina, lista para salir de casa, o sentada en la butaca, dispuesta a hablar durante horas (aunque desde que Pearl vivía con Thuy había cada vez menos de lo segundo, y casi nada desde que tenían una hija).

—No lo sé. Está de mal humor, supongo.

—¿Va todo bien con Tommy?

—Creo que sí —respondió Holly, aunque lo cierto era que ni se había planteado que hubiese algún problema con Tommy—, pero haces bien en decirlo. Se lo preguntaré a Tatiana.

—Vale, Holly. Feliz Navidad, querida. Llama después si necesitas desahogarte, pero, sinceramente, hoy no me esperaría una gran fiesta en tu casa. Ésta no es la blanca Navidad de nuestras abuelas.

—Mmm... eso podría ser bueno o malo, ya te contaré. Adiós.

—Adiós, guapa.

Y eso fue todo. La línea se cortó... o, puesto que ahora no había línea telefónica, ¿qué pasaba? ¿La banda de energía, las ondas fantasmales que transmitían sus voces se habían apagado? ¿Cómo funcionaba? Holly nunca había entendido el sistema antiguo, cómo viajaba el sonido por cables suspendidos de postes por todo el país, ni mucho menos cómo cruzaba los océanos. Pero, como mínimo, a ese sistema se le intuía cierta lógica. El sonido estaba en los cables y si llamabas al extranjero el sistema se complicaba y se encarecía de forma espectacular, por lo que las llamadas

internacionales no eran frecuentes y, si se hacían, las voces sonaban muy lejanas, entre ecos y zumbidos; a veces incluso se oían los murmullos de otra gente por debajo de la conversación. Gracias a todos esos detalles, uno tenía la sensación de que estaba hablando con una persona incorpórea que se encontraba a una gran distancia.

En cambio ahora la voz de alguien que estaba en Siberia sonaba tan cercana como la de alguien que estaba en tu misma calle. A veces, cuando Tatiana la llamaba por el móvil desde la casa de Tommy, a dos manzanas de distancia, parecía que hablara desde Siberia. Y otras, ocurría lo contrario: cuando hacía dos años Eric la había telefoneado desde Tokio, parecía como si estuviera al otro lado de la puerta.

Eric.

Madre mía, con todo el melodrama de Tatiana, Holly se había olvidado por completo de Eric y sus padres, que estarían intentando llegar a casa desde el aeropuerto en plena tormenta de nieve. Volvió a mirar la hora. ¿Y si Eric estaba atascado en un banco de nieve o había tenido un accidente de tráfico sin importancia? Eso era lo máximo a lo que llegaba su imaginación, pero ya le producía escalofríos. ¿Por qué no la había llamado para decirle dónde se encontraba?

—¿Tatiana?

Quería contarle lo de Pearl, Thuy y Patty, pero también necesitaba compañía. Necesitaba a alguien con quien hablar del cambio de planes del día. ¿Debía molestarse en preparar el puré? ¿Conseguiría llegar alguien a la comida de Navidad? ¿Debía empezar a hacer llamadas? ¿Y a quién?

—¿Tatty?

Nada.

«Maldita sea, la muy cabrona...» Holly decidió permitirse el enfado. Por lo general trataba de contenerse, recordar que Tatty era una niña y que ella misma tampoco había sido un encanto de adolescente. Cuando se notaba enfadadísima, siempre se acordaba de lo mucho que había deseado tener una hija. ¿Y? ¿Qué esperaba, que todo fuese un camino de rosas?

Bueno, Eric y ella habían disfrutado de casi catorce años de alegrías y besos diarios y tarjetas cariñosas en todas las fiestas y cumpleaños, unas tarjetas hechas a mano y cuidadosamente decoradas con lápices de colores:

«Te quiero muchísimo, mamá.» «¡Papi, te adoro!» Holly se decía que debía concentrarse en esos recuerdos mientras Tatty pasara por esos años en que haría lo que hacen todos los adolescentes: distanciarse lo mejor que pueden de sus padres para salir al mundo por su cuenta.

Pero podía enfadarse por dentro, ¿no? Ese día se lo permitiría. Eran libres de pensar lo que quisieran, ¿verdad? No podían leerse el pensamiento. Tatty no podía oír lo que Holly pensaba. No lo dijo en voz alta, ni siquiera movió los labios, pero lo pensó de nuevo.

«Maldita seas, Tatiana.»

¿Por qué su hija tenía que portarse como una cabrona repelente el día de Navidad?

¿Todo tenía que girar en torno a ella?

¿A su hija no le quedaba ni una pizca de gratitud?

¿Tatiana se había planteado alguna vez qué habría sido de su vida si no hubiesen aparecido Eric y Holly? Eso era algo que nunca, nunca, le diría a ella, pero podía pensarlo, ¿no?

—¿Tatty?

Entonces gritó el nombre lo bastante alto para que no quedase duda de que esperaba una respuesta, pero no tuvo tiempo de saber si su hija la había oído porque *A Hard Rain's A-Gonna Fall* empezó a sonarle en la palma de la mano. Miró la pantalla del móvil: «número oculto».

Holly soltó una risita de desdén, negó con la cabeza y voceó (de forma desagradable; sabía que estaba siendo desagradable):

—¡Eh, Tatty! ¡Es el número oculto, respondo por ti!

Deslizó el icono verde y se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Sí? —dijo, alzando la voz lo bastante para que Tatiana la oyese.

—Hola ¿señora Judge?

Para su sorpresa, no era un contestador. Era una mujer joven. Extranjera. Aunque no había hablado lo suficiente como para que Holly pudiese determinar su lengua materna, no había hecho ninguna pausa entre «hola» y «señora», y pronunciaba «Judge» con la «u» cerrada, como si rimase con «stooge» y no «fudge».

—Sí, soy Holly Judge —contestó Holly, pronunciando bien su apellido.

«Judge» era su apellido de soltera. No había adoptado el apellido de Eric («Clare») porque, para ser sincera, cuando se casó pensaba que le esperaba una carrera como poetisa, y «Holly Clare» le sonaba más a un tipo de donut

que al nombre de una escritora seria.

—Feliz Navidad, Holly Judge.

—Gracias. ¿Qué desea? Estoy ocupada. Si quiere venderme algo...

—No, no, no, señora. Llamo de...

Pronunció un nombre que podía ser «Mei-m». «Mey-im.» «Mem.» ¿«Maine»? La joven (supuestamente) no dijo nada más. Parecía esperar a que Holly reaccionara a ese lugar (el que fuera), que reconociera su importancia.

—¿Cómo? ¿Maine? —preguntó Holly.

Creía que había llegado el momento de adoptar una actitud abiertamente hostil. ¿Qué empresa o catálogo tenía sede en Maine? ¿Garnet Hill? ¿Land's End? Hacía unos meses, Holly había comprado una cazadora de Land's End como regalo de cumpleaños para Eric. Pero ¿por qué iban a llamarla el día de Navidad?

Y ¿por qué no? Hoy en día el capitalismo había enloquecido. Con la crisis económica, ¿por qué no contratar a personas de países extranjeros y pagarles una miseria por hora para que llamasen a los estadounidenses y les vendiesen productos y servicios el día de Navidad?

—¿Qué vende? —preguntó Holly.

—Le digo que llamo de *meim*. Y he encontrado su número de teléfono.

La voz no sonaba profesional, pensó Holly. Joven, poco seria y sin formación.

—Bien. Voy a colgar —dijo al teléfono—. No sé de qué va esto, y como usted no me lo dice...

—Volveré a llamar a la señora Judge cuando dé con la-bi-las dentro de cuarenta minutos. Me alegro de haberla encontrado en casa, y lab-i-las ya se lo dirá.

—No —dijo Holly—. No vuelva a llamar.

Pulsó el botón rojo del móvil con el pulgar, pero los segundos seguían pasando en la pequeña pantalla, lo que indicaba que no había cortado la llamada. Pulsó de nuevo el botón y se llevó el teléfono a la oreja; oyó un rumor de caracola, luego un jadeo seguido de aire muerto y, al volverse, todavía con el teléfono pegado a la cara, gritó...

Holly no se dio cuenta de que gritaba hasta que pudo cerrar la boca, como para tragarse otra vez aquel grito, al ver que simplemente era Tatiana la que estaba ahí de pie, a un palmo de distancia.

—Dios, ¿de dónde has salido? No te he oído.

Holly todavía tenía el corazón desbocado y le palpitaban las sienes.

—No quería gritar, pero menudo susto me has dado.

Los ojos de Tatiana eran oscuros y brillantes a un tiempo, como piedras negras pulidas. Cuando Holly era niña, poco después del diagnóstico de su madre, su padre compró una pulidora de piedras y le dio por coleccionarlas; muchas noches de su infancia, Holly se había dormido entre crujidos y chirridos. Era un milagro: su padre introducía un pedrusco gris y vulgar en el barril y una semana después salía reluciente, con unos colores que siempre habían estado allí, escondidos. Al mirar los ojos de su hija, Holly pensó en cómo las piedras que salían de esa pulidora apenas guardaban relación con las que habían entrado.

No era que no viese a diario lo bonitos que eran los ojos de su hija, pero ¿habían sido alguna vez tan bonitos? No podía dejar de mirarlos. Eran los ojos más bonitos del mundo.

Tanto Holly como Eric se habían quedado fascinados con los ojos de Tatiana la primera vez que la vieron, cuando viajaron en Navidad al orfanato Pokrovka n.º 2. Aquella noche, en la cama del hostel, se habían repetido al menos veinte veces:

—Dios mío, ¿has visto los ojos de esa niña?

¡Esos ojos!

Antes de partir a Siberia, todo el mundo les advirtió que no se encariñaran con ninguna criatura en concreto, que algunos padres adoptivos habían pasado por aquel proceso cuatro o cinco veces. Por ejemplo, te convencías de que tu destino estaba ligado al de un niño en particular y luego descubrías, en el examen médico, que algo iba mal. Y aunque el niño superara el examen médico, había riesgos. Que los médicos encargados del examen fuesen competentes, o estuvieran sobrios, era algo de lo que debían asegurarse en un país como Rusia. O de que no tuvieran ningún interés en ocultar la verdad acerca de un niño a sus futuros padres occidentales. Había parejas — ¡muchísimas! — que al regresar a Siberia pasados los tres meses de rigor descubrían horrorizadas unos defectos que no habían notado (trastornos afectivos, trastornos del desarrollo, enfermedades pulmonares, cardiopatías, autismo, atrofas musculares, displasia ósea, síndrome de alcoholismo fetal) y que entonces eran evidentes.

Y aunque las cuidadoras del orfanato fingían indiferencia, a menudo sentían apego por los niños y fantaseaban sobre la vida que les esperaba en Estados Unidos. Podían negarse a ver los defectos o intentar ocultarlos. A veces pintaban las mejillas de las criaturas con carmín, o les cubrían las ralas cabezas con gorros de lana, o les maquillaban los morados que pudieran indicar trastornos sanguíneos. Si una pareja ya se había encariñado con un bebé, engañarla era fácil. Estaría de vuelta en Estados Unidos con su hijo antes de advertir que algo iba muy mal.

Sin embargo, Eric y Holly siempre bromeaban después con que habían hecho justo lo que les habían dicho que no hicieran. Se enamoraron perdidamente de Tatiana en cuanto la vieron. Esos ojos eran los culpables. Holly los había memorizado en su primer viaje a Siberia y ocuparon su pensamiento durante los tres largos meses que transcurrieron antes de que regresaran para asumir su custodia.

Cuando visitaron por segunda (y última) vez el orfanato Pokrovka n.º 2 todavía faltaba un mes para Pascua. En esa ocasión a Holly no se le pasó por alto y llenó dos maletas sólo con regalos. Conejos blancos de peluche para los huérfanos (¡diecisiete!), bombones para las cuidadoras, nubes de azúcar, malvaviscos, caramelos y tartaletas de mantequilla de cacahuete con envoltorios de Pascua, además de otros regalos no tan típicos de esas fechas. Había escogido media docena de los frasquitos más caros de perfume que encontró en el centro comercial, junto con collares de plata, pendientes y medias. Eric y ella irrumpieron en ese orfanato —que hedía a toallas mohosas, orina y lejía— cargados de regalos, además de los tres ramos de flores que habían comprado en la estación de tren.

¡Y allí estaba!

¡Su hija!

Seguía en la misma cuna, la cuarta desde la pared, la séptima desde el pasillo, con el nombre escrito con rotulador en un cartón, en alfabeto cirílico, con todas sus volutas y puntas: «Tatiana.» (Holly había insistido muchísimo en que durante esos tres meses llamasen a su hija «Tatiana» y no «Sally».) Aunque la pequeña no pareció reconocerlos (¿cómo iba a reconocerlos?), tampoco protestó (no emitió sonido alguno, en realidad) cuando Holly se acercó corriendo y la sacó de la cuna.

Estaba cambiada, como era de esperar. Tres meses es mucho tiempo en la vida de un bebé. Tatiana no era la misma desde la última vez. Ahora era una

versión más mayor y estoica del bebé cariñoso de ojos enormes que habían dejado atrás. Tenía el cabello más largo y abundante. Sus extremidades ya no eran regordetas como las de un lactante, sino más delgadas, como las de una niña.

Pero seguía siendo Tatiana/Sally. Holly sepultó la nariz en la pequeña, derramó lágrimas en el brillante cabello de su hija y luego se apartó para mirarle la cara con forma de corazón.

Era natural, desde luego, que a los veintidós meses los ojos no fueran tan extraordinarios como a los diecinueve. Ni las pestañas tan largas, quizá. No parecían igual de largas. Claro, la cara de la niña había crecido, como el resto del cuerpo. Eso les pasaba a todos los niños, ¿verdad? Ahora era el cabello lo que la distinguía de los otros huérfanos: la Rapunzel de pelo azabache. Y el tono lechoso azulado de su piel. Su madurez, también. ¡Tres meses habían cambiado tantas cosas...! Tatiana ya no necesitaba babero, ni siquiera llevaba pañal. Todavía le faltaban dos meses para cumplir los dos años y ya sostenía el tenedor como un adulto en un restaurante de tres estrellas. ¡Y se limpiaba la boca con un trapo al terminar de comer!

Era preciosa. Ese día de primavera en el orfanato Pokrovka n.º 2 era tan increíblemente preciosa como ahora, de pie en la cocina, con una mano apoyada en la isla de la cocina y la otra jugueteando con uno de los pendientes. No se la veía disgustada por haberse acercado con sigilo a su madre y haberle arrancado un grito del susto.

—Tatty, tengo malas noticias —dijo Holly, expeditiva.

No era que no quisiera darle a su hija la satisfacción de haberla asustado, sino que la avergonzaba haber permitido que la asustase.

—Thuy y Patty no pueden venir. La tormenta de nieve es de las grandes. Por eso todos se están retrasando. Tendremos que llamar a papá y ver qué pasa.

Tatiana no respondió. Se limitó a mirarla. Había un atisbo de satisfacción en la comisura de sus labios, pero los ojos parecían...

¿Había estado llorando? ¿Por eso sus ojos parecían tan grandes y tan...?

¿Tan qué?

¿Tan tristes? Como los de una niña abandonada. Quizá toda aquella emoción sí que tenía que ver con Tommy. ¿Habrían discutido? Tatiana solía insistir en que Tommy y ella nunca discutían («a diferencia de papá y tú»), pero siempre había una primera vez para todo.

O quizá fuera la regla, que se le había adelantado. Vio que Tatiana se había cambiado de ropa. Ahora llevaba un vestido negro, escotado. La hacía más delgada y menos festiva, pero al menos no tenía el horrible y asfixiante cuello de encaje que Ginny siempre añadía a cualquier prenda femenina que cosía. La verdad era que Holly no reconocía ese vestido negro, pero su hija tenía veinte vestidos como mínimo y puede que se lo hubiese comprado sin Holly en el centro comercial, o en esa tienda de segunda mano (Plato's Closet) que tanto les gustaba a los adolescentes y a la que Holly ponía objeciones (piojos, chinches, ladillas).

—Lo siento, Tatty. Sé que querías verlas, y también a Patty.

Tatiana también se había colocado otros pendientes. Ahora llevaba unas bolitas de plata en lugar de los ópalos de Thuy y Patty. A Holly le dieron ganas de suspirar o de poner cara de hartazgo. Le resultaba inevitable pensar que Tatiana se había cambiado los pendientes porque le había comentado que había sido un detalle ponérselos. Al parecer, no estaba permitido que la madre de una adolescente halagase la consideración de su hija sin pagar las consecuencias. Pero Holly no dijo nada. Daba la impresión de que ella y Tatty habían vuelto a la normalidad y prefería no trastocar las cosas. Al menos había salido de su habitación.

—¿Quién era? —preguntó Tatiana, mirando el teléfono que su madre sostenía en la mano.

Holly echó un vistazo al móvil.

—Thuy, ya te lo he dicho. Al volver de la iglesia...

—No. Después. Ha llamado alguien más.

—Ah, lo siento. Era tu amigo Número Oculto. Ha dicho que volvería a llamar dentro de unos cuarenta minutos, en cuanto aprendiera a hablar nuestro idioma. Parece que los timadores no descansan ni el día de Navidad.

—No habrá paz para los malvados —dijo Tatty.

Holly parpadeó y movió un poco la cabeza. ¿Qué? ¿Había oído bien? Responder algo así no era propio de Tatty. Esa frase habría sonado más natural en sus labios que en los de su hija.

—Supongo que no.

—No respondas cuando vuelva a llamar.

—No —dijo Holly, y volvió a sorprenderse de la sensatez de su hija y de sus cambios de opinión—. No hay ninguna ley que obligue a responder al teléfono siempre que suena. Ahora existe el buzón de voz. Y responder a un

número oculto nunca es una buena opción.

—Es cierto. Y además hoy no es Navidad en Rusia.

Holly asintió, pero le sorprendió que Tatiana supiera, o recordase, ese dato. Cuando Tatty era muy pequeña, a Holly le había parecido divertido celebrar también la Navidad ortodoxa rusa, pero eso había irritado y desconcertado a su hija, que al principio rechazó los regalos de su madre, diciendo:

—No es Navidad.

—¡Sí que lo es, en Rusia! —había exclamado Holly antes de desenvolver los paquetes de su hija.

Eric trabajaba y estaban las dos solas. Tatiana no quiso saber nada de los regalos: un juego de matrioskas, una caja lacada rusa con una dama de hielo sonriente en la tapa y unos mitones de visón negro. Holly, que había investigado un poco, intentó explicarle el concepto del «abuelo de las nieves», pero Tatty se tapó los oídos y volvió a decir «No es Navidad». Por lo que ella sabía, su hija no había vuelto a mirar esos regalos, aunque Holly siempre les quitaba el polvo en el estante de su habitación.

—Tienes razón —dijo ahora Holly—, no es Navidad en Rusia, pero aquí sí. ¿Te importaría poner la mesa? Hasta que nos confirmen que no van a venir, tenemos que fingir que celebramos la comida de Navidad como siempre, ¿verdad?

—Verdad —respondió Tatty, y aunque sonó evasiva y desapasionada, se encaminó obediente a la mesa.

La grasa del asado crepitó en el horno. Cuando Holly lo abrió, no sólo la abordaron unos aromas succulentos, sino también un calor abrasador que convirtió la cadena de plata que llevaba al cuello en un ardiente hilo conductor. A la luz del horno, la carne seguía sanguinolenta, pero al menos empezaba a dorarse en los extremos. Aunque el olor activó su primitivo interruptor carnívoro, el aspecto de la carne continuaba repugnándola. Había visto muchos animales atropellados con una pinta parecida y también fotografías de masacres, escenas de películas violentas con muñones de piernas, bebés muertos, restos humanos.

Pese a todo, le sonaron las tripas. Tenía hambre. Ni ella ni Tatiana habían comido en todo el día. Nada más cerrar el horno, pensó en sentarse a la mesa con un cuchillo y comerse el asado.

—Qué bien huele, ¿no? —dijo, de espaldas a Tatty.

Pero nadie contestó. Holly se volvió hacia el comedor. Tatty no estaba. No

había puesto la mesa. Su hija no había tocado un solo plato ni una sola copa y se había ido.

—¿Tatty?

No hubo respuesta.

Era una casa pequeña. Si Tatiana no oía la voz de su madre, era que o bien estaba en el baño con la puerta cerrada, o bien había salido o ido al sótano, o bien volvía a estar en su habitación, haciéndose la sorda. Holly se encaminó hacia el pasillo, negando con la cabeza y lista para afrontar la discusión que llevaba todo el día evitando, si eso era lo que quería Tatty. Vio que la puerta del baño estaba abierta y la luz encendida (¿cuántas veces le había pedido que apagara la luz cuando saliera de una habitación?) y siguió hasta el dormitorio de Tatiana.

Puerta cerrada.

—¿Tatty? —dijo ante la puerta por (¿cuántas?) milésima vez.

Levantó una mano para llamar y luego pensó «A la mierda». Como si ella no pudiese poner la mesa, preparar la comida de Navidad y después limpiarlo todo sin ayuda. Se las había apañado durante años, con la excepción del breve período comprendido entre los nueve y los quince de Tatty, en que su hija había sido lo bastante mayor para no estorbar y había estado dispuesta a ayudar. «Por una temporada —pensó Holly—, esto será lo normal.» Justo como todos la habían advertido: «¡No olvides lo encantadora que era, te ayudará a soportar su adolescencia!»

Holly recordó que las otras madres parecían disfrutar cuando se lo decían, mientras su preciosa Tatty de cuatro años corría por el parque para lanzarse a sus brazos, gritando: «¡Te quiero, mamá!»

Entonces ¿por qué le sorprendía tanto que hubiesen acertado?

La nieve del otro lado del ventanal parecía una pared estática, algo construido desde el suelo en lugar de algo que hubiera caído del cielo. O bien no corría ni una brizna de brisa y los pesados copos sencillamente flotaban en su densidad, o bien éstos caían con tal profusión que se reemplazaban con más rapidez de lo que podía captar la vista. Holly supo, segundos antes de oírlo, que en su teléfono iba a sonar *A Hard Rain's A-Gonna Fall*, pero no fue una premonición. El móvil emitió un fogonazo de luz tan rápido que casi fue subliminal. Miró la pantalla cuando Bob Dylan empezó a cantar y reconoció

un número local. Los Cox.

—¿Holly? Soy Tom. ¿Has mirado por la ventana últimamente? —Tom rió como si acabase de soltar un chiste inteligente, quizá a costa de ella.

Seguro que él sabía que no le caía bien. Debía de suponer que, a lo largo de los años, Holly se había enterado de algunos de los conflictos que se habían dado en el despacho de Eric. Y Tom Cox no era idiota del todo. Entendía que aunque un hombre podía decidir seguir siendo amigo de un colega de trabajo a quien despreciaba, a la esposa de ese hombre no tenía por qué resultarle simpático.

—Sí. La verdad es que ahora mismo estoy mirando por la ventana, Tom. Está nevando.

—Nevando, ¡ja! ¡Ésa sí que es buena! Verás... eh... un momento, te paso con Mindy. Dile a Eric que...

—Holly, soy Mindy. Lo siento muchísimo. Seguro que te has deslomado preparando la comida de Navidad para todos, y nos hacía muchísima ilusión ir, pero acabamos de salir para evaluar la situación y, Dios, ni se ve la calle desde el portal. Así que no vamos a movernos de casa.

Mindy Cox se disculpó tantas veces y entró en tantos detalles sobre la tormenta de nieve, la carretera, su coche y la imposibilidad de quitar la nieve a paladas para llegar a él que Holly comprendió algo que hasta entonces había estado demasiado ciega para ver: Mindy tampoco tenía ninguna simpatía por Eric ni por ella. No quería ir a su casa el día de Navidad. Quizá era algo que llevaba días temiendo. Tal vez se le había caído el alma a los pies cuando Tom le había dicho que estaban invitados y puede que incluso habieran discutido, pero ¿qué se le iba a hacer? Ésa era la clase de relación que tenían Tom y Eric, y el sustento de todos ellos dependía de que esa relación continuase. Tom creía que se lo debía a Eric, quien a su vez se habría sentido no sólo desairado, sino también disgustado, si Tom hubiese rechazado la invitación. Mindy Cox debía de haberse pasado toda la noche rezando para que cayera una nevada de las buenas y Dios se la había concedido.

Tras asegurarle muchas veces que lo comprendía, Holly se despidió, harta de tanto fingimiento y falsa camaradería. Sin embargo, cuando Mindy Cox colgó, siguió con el teléfono pegado a la oreja, sintiéndose inexplicablemente vacía. Más triste incluso que cuando Thuy y Patty habían cancelado su asistencia. ¡Ridículo! ¿Qué decía de ella el hecho de que la disgustara el

rechazo de unas personas a las que ni siquiera le apetecía ver?

Pero es que de pronto sí le apetecía verlos. De pronto, Holly comprendió que los Cox habían sido una parte intrínseca de aquel día, una parte de su vida, una parte del plan, y que aguantarlos era cosa suya y de nadie más. ¿No era la compañía —¡en Navidad, pero también en el mundo!— uno de los consuelos de los seres humanos? Ahora comprendía, demasiado tarde, que incluso le apetecía prepararle una ensalada vegana al pesado de su hijo. Ese pobre niño espantoso, con un corte de pelo inspirado en *El gran Gatsby* y una cara que parecía un amasijo de cables.

Sin embargo, se dijo para tranquilizarse, la comida de Navidad no estaba perdida del todo. Ninguno de sus cuñados había telefoneado para decir que no iba. Para ellos, la llamada de la tribu era tan fuerte que vencerían cualquier obstáculo con tal de estar con sus padres y hermanos el día de Navidad. Aún podían empezar a llegar, coche tras coche, hambrientos, quejándose, sacándose a patadas la nieve de las botas en su recibidor. ¡Tenía que hervir las patatas!

Dejó el teléfono en la encimera y pensó en volver a llamar a su hija, pero sólo lo pensó por pura costumbre. No esperaba que Tatiana respondiese y, además, ¿de verdad quería su ayuda teniendo en cuenta los malos modos que gastaría? Holly sabía que si fuera mejor madre obligaría a su hija a salir de la habitación para comunicarse con ella. (Había leído un artículo sobre eso en *Good Housekeeping*, y una de las reglas era impedir que la hija se aislara, mantener la proximidad física aunque el enfado fuera mutuo.) Una mejor madre emplearía toda la energía necesaria para obligar a la niña a confesar qué le pasaba (¿algo relacionado con Tommy?, ¿o le había bajado la regla?), pero eso requería, francamente, mucha más energía de la que le quedaba después de lo larga y problemática que estaba siendo aquella mañana, y considerando que aún tenía algo de resaca.

También tenía miedo.

Con aquel humor, Tatiana era capaz de soltar cualquier barbaridad. Quizá no diría lo que más le dolería («¡No eres mi madre de verdad!»), pero puede que lo insinuara («¡Tú y yo no nos parecemos en nada!»). O tal vez, como ya había hecho ese día, le tomara el pelo con lo de la marihuana.

Ese asunto siempre ponía a su hija en el lado bueno y a Holly en el malo: la única vez que había dado una calada desde que trajeron a Tatiana de Rusia. Un gran error, sin duda, aunque pequeño visto desde una perspectiva general,

¿verdad? Su colega de trabajo preferida, Roberta, catorce años más joven, se moría por colocarse con Holly («¡Sería la hostia de divertido!») desde el día que se habían contado historias de la universidad junto al dispensador de agua de la oficina.

—¡A lo mejor te ayuda a inspirarte y vuelves a escribir! —le había dicho Roberta.

Esa sugerencia hizo que Holly se arrepintiera de haberle contado a Roberta lo de su pasado como poetisa.

—No creo que la lucidez sea lo que está obstaculizando mi inspiración poética —había contestado ella.

—¿Cómo lo sabes si no te colocas?

Roberta insistió en lo divertido que sería fumar juntas, hasta que la nostalgia —tontería, juventud, camaradería— despertó su curiosidad. Así que un sábado por la noche que Eric no estaba en la ciudad y Tatiana había salido, Roberta llegó con un porro y lo encendieron en el patio: al instante se sumergieron en una nebulosa de diversión surrealista (Holly sintió que los pies descalzos se le volvían de goma, lo que en lugar de alarmarla le pareció graciosísimo), hasta que de pronto, en plena nube de humo, risas, Doritos y la incomprensible historia de Roberta sobre la primera vez que fue a hacer snorkel, aparecieron en el patio Tatiana y Tommy, que habían vuelto del partido del instituto mucho antes de lo previsto. Ese día, Holly no podía volver a enfrentarse a esos reproches, fueran merecidos o no. Dejaría que su hija siguiera enfurruñada en su habitación hasta que llegaran Eric, sus padres y sus hermanos.

Cuando Holly sacó las zanahorias de la nevera, le parecieron más peludas de lo que recordaba. Estaban cubiertas por unos hilos finos, y era como si las crestas verdes hubieran crecido en los dos días transcurridos desde que las compró. Le llevaría mucho más trabajo del esperado limpiarlas y pelarlas para la ensalada de zanahoria (la receta demasiado dulce que Gin tenía por tradición preparar). Como todo lo demás, era algo que debería haber dejado listo la noche anterior, en lugar de acabarse con Eric la botella de sauvignon durante la cena. Y después acabarse también el ponche de huevo.

Sostuvo las zanahorias en alto. ¿Era el mismo manojito que había traído de la tienda? ¿Podía ser uno más antiguo que llevara olvidado en la nevera desde

hacía meses? Holly las dejó en la encimera, volvió a la nevera y abrió y cerró el otro cajón de las verduras. No había más zanahorias.

Bueno, supuso que era normal que las zanahorias siguieran creciendo después de pasarse unos días encerradas en la fría oscuridad del frigorífico. ¿No decían que el pelo y las uñas de los cadáveres seguían creciendo en la tumba? Las zanahorias eran raíces, a fin de cuentas. Con frío y a oscuras era donde crecían antes de que las arrancaran de la tierra. ¿Por qué no iban a confundir la nevera con la tierra? Mientras sostenía el manajo bajo el grifo y dejaba correr el agua, le resultó fácil imaginárselas enterradas, palpando y palpando a su alrededor para orientarse ahí abajo, como si fueran unos dedos largos y sigilosos.

¡Qué hambrienta debía de estar la primera persona que desenterró una zanahoria y se la comió! Nada que ver con unas rodajas de rosbif. ¿Quién fue el primero que se atrevió a morder esa cosa sucia y luego llamó al resto del clan y los convenció para que la probaran?

Holly cogió la tabla de cortar de debajo del fregadero, la puso encima del armarito y sacó un cuchillo del cajón. Detestaba cortar verduras; sabía que se impartían clases especiales para aprender a manejar el cuchillo, algo que ella nunca había sabido hacer. Si alguna vez tenía tiempo, quizá se apuntaría a esas clases, pero, mientras tanto, sostuvo con torpeza el cuchillo en una mano y alzó una zanahoria peluda en la otra.

A diferencia de Tatiana, ella nunca había ayudado a su madre en la cocina o, si lo había hecho, no lo recordaba. Holly había aprendido a cocinar a fuerza de equivocarse. Cuando fue lo bastante mayor para ayudar, o para recordar que ayudaba, su madre ya había dejado las tareas domésticas en manos de sus hermanas; lo único que ella recordaba de la cocina eran los suaves empujoncitos que le daban Janet o Melissa para que saliera de en medio mientras algo con la consistencia de un ladrillo se descongelaba en el horno y alguien comprobaba que las rebanadas de Wonder Bread no tuviesen moho. (El pan de aquella marca parecía tercamente inmune al moho, pero nunca se sabía...) «Ve a ver la tele, Holly. Ya te llamaremos cuando esté listo.» Y eso era lo que Holly había hecho.

Los años de la lenta agonía de su madre, la servidumbre de sus hermanas, la esclavitud de su padre en el servicio postal de Estados Unidos y, en lo que se refería a sus hermanos mayores, aquel aburrido e inexorable suicidio a base de *gin-tonics* de Beefeater (¡mucho más dramático y prolongado que la

muerte de Melissa al ralentí, una noche en el garaje!), Holly los había pasado echada en el sofá floreado, arropada hasta la barbilla con la manta de su difunta abuela y con algún gato de la casa dormido en los tobillos, mientras veía «La isla de Gilligan».

Ojalá pudiera llevar a Tatiana allí, pensó, hasta esa familia maldita (¡la verdad era que el modo en que habían empezado a morir, uno tras otro, en cuanto Holly nació... era como un cuento de hadas terrorífico!), y señalarle a la niña del sofá, que le diría: «Por esto deberías alegrarte de que tu madre te pida ayuda para preparar la comida de Navidad. Cuando ella tenía tu edad, su madre, su hermana y su maldito hermano habían muerto. Y el resto iba en camino.»

—¿Tatty? —volvió a llamarla entonces (por pura costumbre) por encima del hombro.

¿Por qué no intentarlo una vez más? Tarde o temprano, Tatty tendría que salir de su cuarto, aunque sólo fuese para ir al baño. Tendría hambre, ¿no? E incluso en una habitación llena de aparatos electrónicos (y una conexión a internet que la unía en cuestión de nanosegundos a cualquier rincón del planeta y a cualquier otra persona que estuviera conectada en ese planeta) acabaría por aburrirse, ¿verdad? No importaba, cuando Gin y Gramps llegasen Tatiana correría a sus brazos. Gin y Gramps tenían otros siete nietos, todos biológicos, pero ninguno les mostraba tanta devoción, cariño, respeto y adoración como Tatiana.

Hacía tres Navidades, uno de los hermanos de Eric había hecho posar a todos los nietos con Gin y Gramps para sacarles una foto que después colgó, cómo no, en Facebook. En la fotografía se veían siete niños pecosos de ojos azules y edades comprendidas entre los tres y los veinte años formando un semicírculo alrededor de la pareja de ancianos vestida de negro. Todos los niños guardaban una aleccionadora semejanza con uno o ambos abuelos; el retrato parecía susurrar: «Éstas son vuestras futuras caras, estos ancianos de negro son lo que les sucede a las preciosas personitas pecosas que sobreviven ochenta años en este planeta; contemplad cómo el tiempo, el sol y la gravedad os marchitarán y doblegarán; quedáis avisados», salvo para Tatiana.

Tatiana era la Rapunzel de pelo azabache que ocupaba el centro del retrato. Aunque saltaba a la vista que no tenía la menor relación biológica con los ancianos, era ella la que estaba en medio de la fotografía con las manos en los hombros de sus abuelos. Era la que se hallaba más cerca de ellos y la que

parecía más feliz de estar allí. Gin tenía un brazo cruzado sobre el pecho y su mano manchada descansaba en la muñeca de Tatiana. Gramps inclinaba la cabeza hacia Tatty, como si escuchase, arrobado, los latidos de su corazón. Holly estaba convencida de que algún día un descendiente desenterraría (o, en el caso de las fotografías electrónicas, ¿«descargaría»?) ese retrato, señalaría a Tatiana y se preguntaría en voz alta: «¿De dónde ha salido ésa?» Pero también sería evidente que la historia que contaba esa fotografía era que Tatiana, una extranjera en tierra extraña, era la que más los quería y a la que más querían.

—¿Tatty? —la volvió a llamar. Y luego, hablando todo lo alto que podía sin sentirse absurda, añadió—: Estoy preocupada por Gin, Gramps y papá, ¿tú no? Tendrían que haber llegado hace mucho rato.

Holly cerró el grifo y se quedó quieta, con una zanahoria en una mano y el cuchillo en la otra. Aguzó el oído por si percibía el crujido de los muelles de la cama de su hija, pero no oyó nada. Dejó la zanahoria y el cuchillo en el fregadero, se secó las manos con un paño y volvió al teléfono para comprobar los mensajes. Nadie había llamado. ¡¿Y por qué no, maldita sea?! Todos tenían móvil. ¡Seguramente en cada coche de sus cuñados había tres o cuatro! Todos llegaban tarde, muy tarde, y estuvieran atrapados por la tormenta o no, llegar tarde era llegar tarde, y la gente llamaba a la anfitriona para explicar los motivos de su retraso, ¿verdad?

Holly buscó el nombre de Eric en la agenda. No había descubierto cómo añadirlo a la lista de marcación rápida y no se sabía el número de memoria, porque le bastaba con tocar su nombre para ponerse en contacto con él (aunque a veces se preguntaba cómo lo haría si se le caía el móvil a un lago, se hundía hasta el fondo y tenía que llamarlo desde una cabina).

Eric respondió al tercer tono.

—Sí.

No era una pregunta. Eric sabía quién era por el nombre que aparecía en su teléfono y era evidente que aguardaba su llamada.

—Eric, ¿qué pasa? ¿Seguís atascados en la carretera?

—No. Ya no. Iba a llamarte en cuanto supiera qué decirte. Estamos en Urgencias. En el hospital St. Joseph's Mercy. Le pasa algo a mamá. Ahora estamos con ella en la habitación, esperando al médico.

—¿Qué?

Fue lo único que se le ocurrió. Al decir aquello, Holly no le estaba

pidiendo que repitiese lo que había dicho, pero cuando lo oyó suspirar, impaciente, comprendió que Eric creía que eso era lo que le pedía porque no lo había oído bien. Eric odiaba los teléfonos móviles y lo enfurecía que las llamadas se cortaran o que alguien no oyese lo que acababa de decir. No paraba de repetir lo pésimo que era hoy en día el servicio telefónico y que antes estabas conectado a un cable, sí, pero al menos podías mantener una maldita conversación. De nada servía señalarle que ahora era posible hablar en pleno bosque con alguien que estaba en lo alto de una montaña. Eric replicaba que qué más daba si no podías comunicarte. Holly le había regalado un iPhone por su cumpleaños, pero Eric lo devolvió. Se había disculpado diciendo que era un regalo excelente pero que no quería llevar encima un potente miniordenador que le permitiese calcular algoritmos astronómicos o entrar en Facebook. Quería un teléfono.

—Bueno, también es un teléfono, aunque sea más que un teléfono —contestó Holly, sintiéndose más dolida de lo que estaba justificado, pues no era un regalo muy sentimental, pero le había hecho ilusión regalárselo.

Mientras pronunciaba esas palabras, se dio cuenta de que parecían sacadas de un anuncio.

—Y Steve Jobs es más que un ser humano —había respondido Eric—. Por eso sus esclavizados trabajadores chinos están encantados de tirarse desde las azoteas de sus fábricas, como sacrificio humano a los iDioses.

Eric odiaba a Steve Jobs.

Holly creyó oír el rumor de una máquina de hospital detrás de su marido.

—¿No me has oído? —preguntó él; la irritación en su voz era evidente.

La verdad era que la conexión era diáfana, una de esas conexiones en las que incluso se puede oír el ruido de los dientes cuando el que habla pronuncia consonantes.

—Sí, lo siento —contestó Holly, ahora diplomática—. He oído lo que decías de Ginny y el hospital. Sólo... es que no sabía qué decir. ¿Quieres que vayamos? Puedo...

Eric rió de una forma que a Holly le pareció de un paternalismo distante.

—Estás de broma, ¿verdad? Supongo que no has echado un vistazo a la calle.

—Sé que está nevando, Eric.

—«Nevando» no es una descripción muy exacta, Holly. Ni se os ocurra salir de casa.

A Holly no le gustó ese tono de voz, aunque la conmovió que Eric expresara preocupación por la seguridad de su esposa y su hija pese a su turbación, ansiedad y disgusto. Ese instinto protector era una de las muchas cosas que le encantaban de Eric. En su primera cita, cuando iban andando del coche al restaurante, le había cambiado el sitio en la acera, y Holly supo que lo hacía para que, si un coche se salía de la calzada, no la matara a ella sino a él.

—Ay, cariño —le dijo, ya sin estar disgustada—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado a Gin?

—Ahora no puedo hablar.

—¿Es porque Gramps está ahí?

—Sí.

—¿Puedes llamarme tú?

—Después. Espera. Tengo que colgar...

—Eric, no ha venido nadie. ¿Sabes algo de tus hermanos?

—¿Mis hermanos? ¡Claro! No irá nadie, Holly. Mis hermanos deben de estar donde hayan encontrado un techo. Y si consiguen llegar a algún sitio, será aquí, al hospital. Seguro que no se presentarán a comer. Quédate en casa, Holly. Te llamaré cuando tenga noticias. Adiós.

Antes de que se cortara la línea, Holly oyó que Eric saludaba con voz grave a alguien que entraba en la habitación, y después algo que sonó como un gallo interrumpido a medio canto, pero eso era imposible, claro. Habría sido el roce de una silla en el linóleo o el chirrido de una puerta. Pero se asustó. Se contuvo para no volver a llamar y preguntar qué había sido ese ruido de fondo, pues una nueva llamada sólo agobiaría aún más a Eric. Le había dicho que la llamaría más tarde. Y estaban en el St. Joseph's Mercy. Aunque ese ruido hubiese sido lo peor que Holly podía imaginar (¿un agónico grito de socorro?), ¡estaban en un hospital! En Urgencias. Volver a llamar a Eric sería egoísta, como si esa crisis tuviese algo que ver con ella. No era así; ella lo sabía y él también. Aunque siempre había sentido cariño por Gin y Gramps, no eran sus padres. No los quería. Ella lo sabía, ellos lo sabían, y ellos sentían lo mismo por ella.

En realidad, a Holly le parecía que apenas conocía a sus suegros. Siempre habían vivido a cientos de kilómetros de todos los sitios donde ella había estado desde que se casó con su hijo. ¿Cuánto tiempo habían pasado en la misma habitación en todos sus años de casada? ¿Llegaba a las cien horas?

¡Quizá ni eso! Y nunca a solas. Jamás había estado con ellos en una habitación en la que no se encontrasen también al menos otros diez miembros pálidos y pecosos del clan Clare.

Sin embargo, sabía que para Eric, y también para Tatty, sería terrible que le pasara algo a cualquiera de los dos. Sobre todo el día de Navidad.

Entonces Holly se detuvo, como si pisara el freno antes de chocar contra un banco de nieve, y comprendió, sin duda, que el día de Navidad había terminado. O, más bien, que ésa no iba a ser una Navidad como las de otros años.

Y, a continuación, como si esta vez sí chocara contra el banco de nieve pese a los frenos, cayó en la cuenta de que ninguno de los miembros de la familia de Eric se había molestado en llamarla para decirle que no iría a la comida de Navidad. Habían llamado a Eric, no a ella.

Bueno, pensó, eso era lógico, ¿no? Intentó combatir una sensación espantosa de rechazo, y la sensación de fracaso subsiguiente, diciéndose que quizá habían sido los hermanos, y no sus mujeres, los que habían llamado. Era natural que los hermanos llamasen a su hermano, Eric, y no a su esposa, para informarlo de su situación en la tormenta de nieve y de la imposibilidad de seguir avanzando. Sencillamente habrían dado por sentado que Eric informaría a Holly (por qué Eric no la había avisado antes era algo que discutiría con él mucho después, cuando la crisis de Gin hubiese pasado). Los hermanos de Eric ni siquiera tenían su número, supuso Holly. ¿Y quién usaba todavía el fijo? Era evidente que hoy en día incluso los contestadores llamaban al móvil.

O (¡claro!) Eric los había llamado antes de que sus hermanos lo llamasen a él, o a Holly, o a casa. Eso era. Eric los había llamado desde la autopista, como había llamado a Holly cuando salía del aeropuerto con sus padres, para contarles lo de la «confusión». Y había sido entonces cuando le habrían dicho a Eric que la nevada les impedía ir a su casa. Eric estaba en el coche, en plena tormenta de nieve, en la autopista, enfrentándose a la crisis de Gin, y era normal que no se le hubiera ocurrido llamar a Holly para informarla de la situación.

Sin embargo, le costaba desembarazarse de la sensación de rechazo. Sus cuñados y sus respectivas esposas tenían que saber que Holly estaba en casa cocinando, poniendo la mesa, organizándolo todo, esperándolos. ¿No habría sido lógico llamarla para disculparse, aunque estuvieran seguros de que Eric

la había avisado? Y Eric no la había avisado. Sentía un cliché en la garganta —un nudo— y lágrimas en los ojos, pero las contuvo.

Se miró los pies. Los notaba fríos y acalambrados, descalzos en las baldosas de la cocina. A través del nailon negro de las medias vio la compleja estructura ósea que había bajo la piel. De pronto le pareció que se habían transformado en unos pies huesudos. Era algo nuevo en su cuerpo, algo que sólo percibía ahora. Eran como los pies de una vieja.

En todos aquellos años, Holly sólo había vislumbrado los pies descalzos de Gin en una ocasión: hacía mucho tiempo, durante una visita en verano, Tatiana, que sólo tenía cuatro o cinco años, le había rogado a su abuela que se metiera con ella en la piscina hinchable del jardín.

La pobre Gin nunca se habría negado, por supuesto, a semejante petición. Aunque sólo pudo quitarse los zapatos ortopédicos y las medias de color carne (Holly estaba segura de que esa mujer nunca había tenido un bañador, ni siquiera de niña), Gin consiguió remojarse los pies en la pequeña piscina de plástico, y fue entonces cuando Holly se los vio.

Le parecieron unos pájaros desplumados espantosos. Aves descarnadas, sin alas, guisadas como rancho carcelario o sopa tercermundista. Holly creyó que incluso podía ver la sangre que se desplazaba por las venas de esos pies y se acumulaba en grumos diminutos antes de seguir circulando. Aquellos pies le habían provocado una lástima insoportable. Llegó a pensar que no le extrañaba que la anciana cojera tanto. ¿Cómo lograba andar siquiera? ¿Y cuánto tiempo podría alguien con esos pies tan deteriorados, tan cansados, seguir andando en esta tierra?

Holly se miró los suyos y admitió que todavía no eran como los de Gin, pero que, si vivía lo bastante (a diferencia de su madre y sus hermanas), algún día lo serían. Entonces vio que alrededor de los pies, en el suelo, había algo oscuro o sucio.

¿Polvo? ¿Ceniza? ¿Qué era?

Levantó uno y se tocó la planta para ver si la tenía húmeda, si estaba pisando un charco. No. Tampoco era la sangre de la carne que se había derramado desde la encimera; aquel hilillo sanguinolento no podía explicar la oscuridad que se extendía a su alrededor. Cogió un estropajo del fregadero, se arrodilló y restregó el suelo.

Nada.

Nada salió del suelo al frotar. Fuera lo que fuese aquella cosa oscura, no

era pringosa ni sucia. Al pasar la mano por encima, notó que estaba seco y comprendió que nada se había derramado, al menos recientemente. Ese círculo sólo era una oscuridad más oscura que el resto del suelo.

¿Las baldosas de cerámica (de barro cocido, color vino, caras, instaladas hacía tan sólo dos años) habían empezado a decolorarse? ¿O llevaban decolorándose desde siempre y sólo lo había visto ahora, gracias al resplandor de la nieve que entraba por el ventanal?

Holly restregó más fuerte, pero no pasó nada.

¿O sí?

¿Era su imaginación o el círculo oscuro parecía extenderse, crecer, mientras pasaba el estropajo por encima?

—¿Qué haces?

Levantó la vista, sobresaltada, y vio a Tatiana de pie. Volvía a llevar el vestido de terciopelo rojo y la miraba con cara de fastidio, como si hubiese derramado algo que Tatiana quería beber o hubiese roto un plato que le gustaba especialmente y ahora estuviera recogiendo, inepta, los pedazos. Ésa debía de ser, pensó Holly, la expresión que ella le había dirigido a Tatiana durante los primeros cinco o seis años de su vida en aquella casa: la madre, mirando desde su altura de adulta los pedazos de cristal, o el libro roto, o el zumo derramado, diciendo: «¿Qué has hecho?»

—Vaya, me has asustado. Creía que estabas en tu cuarto.

—¿Qué haces, mamá? —volvió a preguntar Tatiana, con la misma expresión de sorpresa y fastidio.

—Parece que hay algo en las baldosas, pero restriego y no sale. ¿Ves todo ese círculo más oscuro? Es como una mancha, o se ha cambiado el color, o...

—Eres tú.

Holly alzó la cabeza y miró a su hija.

—Eres tú, mamá.

No quería preguntar a Tatiana a qué se refería. No confiaba en ella. Parecía que estaba dispuesta a criticar cualquier cosa que Holly hiciera o dijese. A saber qué encontraba ridículo esta vez. Qué broma haría a su costa. No le pidió que se explicara, pero siguió mirándola.

Vio que Tatiana tenía una marca de la almohada en la mejilla. La alivió que, al parecer, su hija hubiese estado durmiendo en su habitación. Una cabezadita. Por eso no había respondido cuando la llamaba. Se había quedado profundamente dormida, la típica cabezada de un mediodía nevado. Tatiana

estaba cansada. Muy cansada. De ahí su mal humor y su comportamiento extraño. Era raro que se hubiese quitado el vestido negro para ponerse de nuevo el de terciopelo rojo de Gin... pero ¿quién sabía por qué se había cambiado dos veces? Holly también lo hacía un par o tres de veces por la mañana, antes de ir al trabajo. En cualquier caso, aquello no era más extraño que una nevada que dejase atrapada en casa a una madre con su hija adolescente el día de Navidad, se dijo con firmeza, y luego se armó de valor para preguntar:

—¿A qué te refieres con que soy yo?

—Mamá, ¿no ves lo que estás haciendo?

Holly negó con la cabeza. Pasó la vista de Tatiana al estropajo que tenía en la mano y luego del estropajo al círculo oscuro que la rodeaba en el suelo.

—Mamá, estás intentando limpiar tu sombra del suelo.

—¿Qué? —preguntó Holly.

¿Por qué de pronto había lágrimas en sus ojos? ¿Por qué, una vez más, experimentaba una sensación de completo abandono, de que todos la rechazaban y la dejaban de lado?

Holly soltó el estropajo y se llevó la mano a los ojos.

—Levántate, mamá —dijo Tatiana, ahora con un tono de voz más suave.

No era la voz de la niña encantadora que había sido (¡tan sólo hacía un día!), pero transmitía cierta amabilidad y compasión. Tatiana le tendió la mano para ayudarla a levantarse (¡sobre sus pies huesudos!) y añadió:

—Ponte al otro lado de la isla, mamá.

En cuanto Holly se apartó, Tatiana dijo:

—Mira.

Señaló las baldosas de cerámica de color vino que ahora habían recuperado su monocromía habitual. No había nada en el suelo donde antes se veía...

La sombra de Holly.

—Madre mía —dijo Holly, notando que una lágrima le corría por un lado de la nariz hacia los labios. No se molestó en secársela—. Chocheo, Tatty. Estaba a punto de ir al sótano a buscar la lejía. Iba a intentar borrarle la sombra de debajo de los pies, ¿verdad?

Tatiana se acercó y le puso una mano en la espalda, entre los omóplatos; Holly sintió que se encorvaba un poco bajo el roce de su hija. Tatty le dio unas palmaditas y rió un poco. El sonido fue precioso, como el de una campana de cristal tras ser golpeada con una cuchara de plata. Holly también

rió. Pese a las lágrimas y la vergüenza y la sensación de abandono, a ella también le pareció gracioso. Y además estaba tan, tan aliviada...

Tatty había vuelto.

Su hija había echado una cabezadita, y aunque iban a estar las dos solas el día de Navidad... ¡podía ser maravilloso! ¡Madre e hija! ¡Quizá aquélla sería su Navidad más memorable! Mientras esperaban a que Eric volviese a casa con Gin y Gramps (porque seguro que Gin se pondría bien), ellas podían jugar al Scrabble o leer. O tal vez, mientras Tatiana leía, Holly podía escribir un ratito. Si Tatty echaba otra cabezadita o se acurrucaba bajo la manta, en el sofá, a enviarle mensajes a Tommy, ella podía decirle: «Ahora vuelvo, Tatty. Tengo que escribir algo.» Su hija lo entendería. Aunque nunca le habían hablado mucho de eso, Tatty sabía que su madre solía escribir, que había estudiado escritura creativa y tenía un doctorado, y que durante un tiempo había estado trabajando en un poemario. Holly incluso le había dicho el título, *País fantasma*, aunque no le había contado de qué iban los poemas. Pero Tatiana era lo bastante mayor para sentirse orgullosa de que su madre retomara la escritura. Quizá incluso le gustaría que dijese: «Creo que iré a mi habitación a anotar unas cuantas ideas.» Tal vez ése, el día de Navidad, sería el día en que Holly empezaría a escribir de nuevo.

Entonces abrazó a Tatiana, y aunque no fue el abrazo más cálido que se habían dado, sus cuerpos seguían encajando a la perfección y se unieron por completo. Tatiana era unos centímetros más baja y siempre lo sería. Holly no era alta, pero la nutrición deficiente de Tatiana durante la gestación y los primeros veintidós meses de vida sin duda habían afectado a su estatura. ¿Y quién sabía cuánto medían sus padres biológicos? Era imposible conocer la herencia genética de Tatiana. En sus brazos, siempre sería una niña; Holly siempre podría bajar la cabeza, besarle el cabello suave y oler el aroma a champú con aceite de árbol de té y a colonia de L'Occitane. Mientras la abrazaba le olió también el aliento dulce: menta, leche y algo más. ¿Fruta? ¿Fruta que se había ablandado al calor de una lámpara?

—¿Has desayunado? —le preguntó—. ¿Has comido algo esta mañana, mientras nosotros dormíamos? ¿Tienes hambre?

—No tengo hambre —dijo Tatiana.

Y, de pronto, Holly comprendió lo evidente: ¡Ése era el problema! ¡Tatiana no había desayunado! ¡Se moría de hambre!

—Por favor, Tatiana, tienes que comer algo enseguida.

Holly intentó que no sonase como una orden; Tatiana, ya adolescente, detestaba que le dijeran que tenía hambre y necesitaba comer, o que estaba cansada y debía acostarse, o que hacía frío y tenía que abrigarse («Me pondría los guantes si tuviera las manos frías, mamá. ¿Crees que tengo dos años?»). Pero Tatty se puso rígida, se apartó y dijo, con cara de desconfianza y en voz muy alta, como si le hablase a una sorda:

—Ya te he dicho que no tengo hambre.

—¡Vale, vale! No tienes hambre —repuso Holly, levantando las manos—, pero seguramente estarías de mejor humor si comieses algo.

—¡No estoy de mal humor!

Tatty se apartó el cabello de la cara con dramatismo y se volvió. Entonces Holly vio que llevaba de nuevo los ópalos.

—Ah, te has vuelto a poner los pendientes de ópalo —dijo, sabiendo, mientras lo decía, que no debía comentarlo—. Qué lástima que Thuy y Pearl no puedan venir.

Holly puso cara de payaso triste sacando el labio inferior. La payasada era una ofrenda de paz.

—¿Qué? —preguntó Tatiana, volviéndose con rapidez—. ¿Dónde están?

—Ya te lo he dicho, cariño. Al salir de la iglesia han visto que era imposible venir con esta tormenta de nieve.

Holly señaló el ventanal, pero al mirar vio que ahora la nieve era sólo quietud, como en un cuadro. Parecía benévola, del todo penetrable, un espejismo banal.

—¡No me habías dicho que Thuy, Pearl y Patty no vendrían! —gritó Tatiana.

—Claro que sí.

—¡No, no me lo habías dicho! —exclamó Tatty con los puños apretados, agitándolos junto a la cara, como si fuera a golpearse—. ¡Joder!

—¡Tatiana!

Holly sabía que debía dar un paso al frente y tomar esos puños en sus manos, pero lo que hizo fue retroceder instintivamente y llevarse la mano a la boca, como si aquella palabra la hubiese pronunciado ella.

Tatty negó con la cabeza, como sorprendida de lo que había dicho. Frunció mucho el ceño, esta vez angustiada de verdad.

—¿Qué diantres te pasa, jovencita? —preguntó Holly.

—¡Me parece increíble! ¡Quería verlas!

Era evidente que Tatty estaba a punto de llorar. Como le ocurría cuando era muy pequeña, se le ensanchaban las fosas nasales y se le ponía roja la punta de su nariz perfecta. A veces, en aquellas ocasiones, si Holly y Eric sacaban a tiempo el muñeco Elmo, conseguían evitar la rabieta en el supermercado o al dejar a su hija en la guardería. O si por casualidad había una galleta integral a mano podían evitar que el proceso se iniciara: el ensanchamiento de la nariz seguido del hipo y un leve lloriqueo antes de que el llanto empezara de verdad y ya no se detuviera, como en respuesta a una herida mortal o una pena insoportable.

Holly nunca olvidaría las primeras veces que la había dejado en el centro de preescolar Pequeñines (tierna manera de llamar a una especie de orfanato de día, porque aquello no tenía nada de escuela, ni de «pre» de ninguna clase, para una niña de dos años. Todo el mundo lo sabía. Pequeñines era sólo el lugar donde otras mujeres —más pobres y a las que pagabas— acostaban a tu hija y se aseguraban de que no se golpease la cabeza con la barandilla del corralito).

La primera mañana que la dejaron allí, Tatiana se había mostrado conmovedoramente animada. Entró corriendo y miró entusiasmada a los otros bebés —varios de los cuales lloraban— y los juguetes, casi todos colocados en estantes demasiado altos para que pudiera cogerlos. Pero Tatiana estaba maravillada con el sitio nuevo, la gente nueva, lo que todo aquello prometía, y ni siquiera había mirado a Holly cuando ésta se marchó.

Sin embargo, la segunda mañana, Tatiana ya sabía qué significaba Pequeñines (que se pasaría nueve horas sin ver a su madre cuando ésta se marchase), y se le ensanchó la nariz antes de cruzar siquiera el umbral; luego llegaron el hipo y el lloriqueo, y después, cuando los tacones altos de Holly se dirigían a la puerta, Tatty soltó un grito tan desgarrador que parecía que la hubiesen apuñalado por la espalda con un cuchillo largo y fino.

—¡Váyase! —le gritó la directora de la guardería, mientras sonreía y reía inexplicablemente—. Se tranquilizará en cuanto usted se haya ido, pero si lo alarga, ¡esto se hará eterno!

De manera que Holly, en contra de lo que le decían su cuerpo y su alma, salió corriendo por la puerta. Y el silencio que encontró al otro lado fue incluso peor que oír otro grito como aquél.

Se había pasado el resto del día llorando. Llamó a Eric, que le dijo que lo peor que podía hacer era volver y recoger a Tatty. Sería premiarla por su

tristeza.

—Puede que lo de la guardería no sea una buena idea —había dicho Holly.

—¿Tienes una mejor?

—Podría dejar el trabajo y quedarme en casa con ella.

—Por Dios, tendríamos que haber planificado mucho mejor las cosas para poder hacer eso.

Eric tenía razón, por supuesto. Estaban los coches, la hipoteca. ¿Cómo iban a mantenerse con un solo sueldo? Holly había logrado sobrevivir a aquel día, que le pareció mucho más largo que los noventa y tres que había tenido que esperar para que se aprobase la adopción y pudiese volver a Siberia a recoger a Tatty; le había parecido que Pequeñines estaba aún más lejos que el orfanato Pokrovka n.º 2.

Sin embargo, cuando aquella tarde volvió a buscar a su hija, todas las cuidadoras le dijeron sonriendo que, aunque Tatty había llorado un rato (hasta que por fin se había quedado dormida de pie, en el centro de la guardería), el resto del día había estado de lo más feliz. Había visto «Dora la Exploradora». Había pedido una segunda galleta. No había mencionado ni una vez a su madre. Y les robó el corazón a todas. El pelo negro, las palabras en ruso que todavía dejaba escapar cuando estaba entusiasmada o frustrada o cansada. Las cuidadoras de la guardería la querían tanto como la habían querido en el orfanato Pokrovka n.º 2.

Ahora, al ver la afligida cara azulada de su hija casi adulta, y pese a hallarse en otro contexto (¡Tatty estaba triste porque Thuy, Pearl y Patty no irían por Navidad, no porque la hubiese dejado en la guardería!), Holly pensó: «Madre mía, ¿tiene que castigarme por toda la eternidad sólo por haberla dejado llorando en Pequeñines? ¿Por no haberlo “planificado” mejor? ¿Por no haber tenido el valor de decirle a Eric que daba lo mismo, que debíamos empezar a planificarlo todo otra vez ese mismo día porque no pensaba volver a abandonar a mi hija en ese sitio?»

¿Por qué no había dejado el trabajo, al menos durante los años previos al colegio? ¿Por qué no había mantenido a la pequeña a su lado, ahorrándole la separación? ¡Holly y Eric habían vivido con nada hasta los treinta (un coche desvencijado y un apartamento de dos habitaciones) y su vida había estado llena de comodidades y alegrías baratas! ¿Por qué no podían seguir así unos

años más?

Pero, claro, nadie lo hacía. Algunas de las madres que dejaban a sus hijos (menores incluso que Tatiana) en Pequeñines aparecían en coches que costaban el salario anual de dos de las trabajadoras del centro ¡que cuidaban de sus hijos nueve, diez e incluso once horas al día! Holly no tenía ni idea de por qué esas madres lo hacían, pero ¿por qué lo había hecho ella? ¡Qué rápido habían pasado esos primeros años! ¿Y qué había estado haciendo ella durante todas esas horas, todos esos días, mientras Tatty veía «Dora la Exploradora» en esa institución colorida, rodeada de desconocidos, su vasito de agua vacío, los ojos secos, la barbillita apuntando hacia arriba, al televisor, como diciendo que había pasado por cosas peores, que ya había sufrido antes y que podía sufrir de nuevo?

No. Por supuesto que no. No había sido tan malo. Tatiana había tenido amigos (aunque ¿dónde estaban esos amigos ahora?) y había acabado queriendo a sus cuidadoras (aunque ¿dónde estaban esas cuidadoras ahora?). Y después de aquella mañana espantosa no había vuelto a llorar cuando la dejaban en Pequeñines. A partir de entonces sus rabietas (¡y vaya rabietas cogía!) nunca fueron porque la dejasen a ella en un sitio, sino como reacción a la partida de otras personas.

A veces, Thuy pasaba por su casa y se quedaba más o menos tiempo, pero en cuanto cogía la chaqueta del respaldo de la silla y se la ponía para irse, Tatiana empalidecía y se le acercaba tambaleante, rogándole «No te vayas» como una niña a la que abandonasen en el *Titanic*. ¡Incluso pronunciaba, gimoteaba o gritaba palabras en ruso, palabras que Holly creía que su hija había olvidado hacía mucho tiempo! A veces, el oportuno muñeco Elmo o la galleta integral conseguían calmarla, pero a menudo tenían que dejarla llorar hasta que se quedaba dormida, acurrucada en el sofá o de pie, con la cabeza apoyada en la pared. Era un llanto terrible, el llanto de los desposeídos. Sin embargo, ese llanto no tenía nada que ver con Pequeñines.

Una única lágrima resbaló por la mejilla de Tatiana. La deslumbrante luz nevada que entraba por el ventanal la volvió plateada, como una gota de mercurio.

—¡Cariño!

Holly obligó a su hija a dejarse abrazar de nuevo, aunque esta vez fue un

abrazo duro. Ese abrazo fue una exigencia. Ese abrazo, Holly lo supo en cuanto se lo dio, era algo que tomaba de Tatiana en contra de su voluntad. Tatiana reaccionó poniéndose aún más rígida y llevándose las manos a la cara, de modo que los antebrazos y los codos se interpusieron entre su cuerpo y el de su madre. Respiró entrecortadamente y luego más lágrimas plateadas empezaron a brotar y le cayeron en las manos, le corrieron entre los dedos y le llegaron al pecho, como si Tatiana albergase en su interior una catarata súbita y diminuta.

—Pero, cariño... —dijo Holly—. Cariño, cariño, mi vida. Pasaremos un buen día, te lo prometo. Y mañana Thuy, Patty y Pearl vendrán y celebraremos nuestra comida de Navidad, como siempre. ¡Mira! —exclamó, soltando a su hija y dirigiéndose al horno para apagarlo—. ¡Guardaré el asado hasta que se funda la nieve, y nos lo comeremos cuando estemos todos! ¡Hoy prepararé para nosotras la ensalada vegana de los Cox! ¿Qué te parece? Te gustará, ¿verdad? Y también panecillos, crema de arenques y queso cheddar. Y cuando papá vuelva con Gin y Gramps...

—¿Qué? —preguntó Tatiana, apartándose las manos de la cara, ya serena, comprendiendo por fin—: ¿Dónde están?

—¿No me has oído hablar con papá?

—No.

—Bueno... —Holly empezó a mentir con cuidado—: Bueno, va todo bien, pero han tenido que parar por la nieve.

No tenía sentido contarle que Gin no se encontraba bien, ¿verdad? Ni que estaban en el St. Joseph's Mercy, en Urgencias. Si al final tenía que informar de ellos a Tatiana (Holly todavía confiaba que fuese una falsa alarma y que llegasen de un momento a otro), podía esperar hasta un poco más tarde.

—¿Ni siquiera vienen los Cox? —preguntó Tatiana.

—No. Ésa es la parte buena.

¡Oh, gracias, gracias! ¡Holly había encontrado el muñequito Elmo! ¡La galleta integral! A pesar de todo, Tatiana sonreía.

¡Menuda sonrisa! Pese al déficit nutritivo de su infancia, y aunque Holly nunca le había negado caramelos ni refrescos (sabía que tendría que haberlo hecho), tenía unos dientes de un blanco deslumbrante. ¡Sin blanqueadores! Y rectísimos. ¡Sin ortodoncia! Los desconocidos parecían alabar su sonrisa casi siempre que salían de casa, cuando Tatiana los miraba y les sonreía a cambio de un helado o un recibo: «Caray, menuda sonrisa», o «¡Esa sonrisa me ha

alegrado el día!» o «¿De dónde has sacado esa sonrisa?».

Claro que a Holly esa última frase le dolía, pues Tatiana no «había sacado esa sonrisa» ni de ella ni de Eric. Los orígenes de esa sonrisa estaban en algún lugar al este de los Urales y al oeste del lago Baikal, en la meseta de Ukok. De hecho, no era imposible que esa sonrisa hubiera estado en los genes de los guerreros mongoles o de las prostitutas de Moscú y San Petersburgo que la revolución había empujado a los Urales. Cuando empezaron a buscar información sobre el orfanato Pokrovka n.º 2, Holly encontró algo muy curioso en internet: se alardeaba de que las niñas de la zona eran las más bonitas de Siberia porque descendían de esas prostitutas.

¿Quién sabía de dónde procedía la sonrisa de Tatiana? En 1993 se había exhumado del permafrost de esa meseta una de las momias más antiguas del mundo. La llamaron la Dama de Hielo y reconstruyeron su rostro en un busto de hierro fundido que se guardaba tras un cristal en el museo regional de Altai; y aunque Holly y Eric no lo habían visitado, habían comprado una postal del busto a un vendedor junto a la estación de autobuses. Todavía la conservaban en una carpeta con todo el papeleo de la adopción. Aquella dama no sonreía, pero bien podría haber sido la madre de Tatty —cara con forma de corazón y nariz elegante— pese a haber nacido y muerto en el siglo V antes de nuestra era.

Claro que la gente que preguntaba a su hija «¿De dónde has sacado esa sonrisa?» no se refería a la genética... ¿o sí? A veces Holly no sabía qué pensar. ¿Preguntaban de dónde procedía esa sonrisa porque se daban cuenta de que ella no era la madre biológica de Tatiana?

—¡Desde luego que no! —había dicho Thuy—. ¡Dios, nadie hace eso! No en los tiempos que corren, al menos. La mitad de los niños de por aquí son adoptados, o mestizos. Nadie insinúa nada cuando le dicen a Patty «¿De dónde has sacado esos rizos rubios?», ¡y se lo dicen cada dos por tres! ¡Saben muy bien que yo soy su madre y que no los ha heredado de mí!

Holly había asentido y fingido que la argumentación de Thuy la convencía, pero sabía que las situaciones eran distintas. En el caso de Thuy y Patty no insinuaban nada de eso porque Thuy era vietnamita y estaba casada con una mujer. Era evidente que no había concebido a su hija con su propio ADN, y habría sido de lo más incorrecto políticamente insinuar algo así. Sin embargo, la relación de Tatiana y Holly no era tan clara. Las dos eran de raza blanca, y aunque Holly era alta, rubia, de nariz corta, ojos azules y piel clara y pecosa,

podía haber otras explicaciones para las diferencias entre madre e hija. ¿Un padre moreno de sonrisa fabulosa? ¿Un hombre con el que esa madre rubia estuviera casada? Cuando el que arreglaba las bicicletas decía: «Vaya, ¿de dónde has sacado esa sonrisa?», ¿no podía estar preguntándose, inocente y verdaderamente, por el material genético de Tatiana? Tatiana siempre se encogía de hombros con timidez y, bajando la mirada, sin dejar de sonreír, respondía: «No lo sé.» No dejaba entrever si le pasaban las mismas ideas por la cabeza.

«Seguro que tu dentista te adora», le había dicho un viejo voluntario de la biblioteca. En esa ocasión Holly había tirado de Tatty antes de que aquel hombre pudiera añadir nada más. Lo cierto era que sólo la había llevado al dentista una vez en la vida. Cuando se negaron a visitarla por segunda vez para una limpieza si no se hacía una radiografía, Holly no la llevó más. No iba a permitir que, por nada, su hija se expusiera a semejante dosis de radiación directa en la cara. Era evidente que sus dientes estaban sanos y perfectos. Los dientes de Holly también estaban bien, y llevaba dos décadas sin ir al dentista. Se los cuidaba, como ahora también cuidaba los de Tatty. Bastaba con echar un vistazo a la boca de su hija para ver que no tenía caries, que tenía unos dientes inmaculados.

De haberlo sabido, Eric no lo habría aprobado, desde luego, pero Holly dejaba caer el nombre de un dentista de un pueblo vecino (no del dentista de Eric) lo bastante a menudo para que él creyese que iban dos veces al año... Lo que habría sido del todo innecesario.

Aquella sonrisa era la prueba.

Ahora, en respuesta a la broma sobre los Cox, Tatiana le dirigió esa misma sonrisa, y Holly se la agradeció muchísimo, como si acabaran de concederle el perdón mientras esperaba en el corredor de la muerte. Todavía le pesaban la culpabilidad y la desconfianza por haberse dormido, pero le alegraba pensar que, pese a todo, tal vez el día no estuviera perdido. Su hija no la odiaba y no se pasaría el día escondida en su habitación (¡con la aldabilla echada!). En lugar de eso, se entretendrían con algún juego (ya no había motivos para poner la mesa), y Holly también fantaseaba un poco con que quizá pudiera escaparse al dormitorio con un bolígrafo, desenterrar su cuaderno del fondo del cajón del tocador y escribir.

No le sorprendió que *A Hard Rain's A-Gonna Fall* empezara a sonar en el móvil. «Será Eric», se dijo. O uno de sus hermanos. O una de las esposas de sus hermanos. Egoístamente, Holly no sentía la necesidad de hablar con nadie ahora que Tatiana sonreía y le parecía que podrían pasar un día de Navidad feliz sin la compañía de nadie. Por supuesto, si hubiese podido ayudar a Eric con lo de sus padres lo habría hecho, pero, como estaba aislada por la nieve, ¿qué podía decirle a su marido que sirviese de algo?

Holly echó un vistazo al teléfono, que estaba en la encimera de la cocina, pero no hizo ademán de cogerlo.

—A lo mejor ni respondo, como me has dicho.

—¿Qué? —preguntó Tatiana.

—Fingiremos que estamos en una isla desierta el resto del día. Si nos necesitan, que dejen un mensaje.

Holly sonrió, aunque Dylan seguía cantando y Tatiana, alarmada, repitió:

—¿Qué? Pero ¿qué dices, mamá?

Tatiana le golpeó el brazo con el hombro cuando se apresuró hacia la encimera donde estaba el teléfono. Se abalanzó sobre el aparato como si éste volara, como si quisiera atraparlo, en lugar de cogerlo antes de que saltara el buzón de voz.

—¡Tatty, por favor! Si es papá ahora lo llamaremos, y si no...

Entonces, como si en realidad tuviese alas y voluntad propia, o como si alguien lo hubiese lanzado, el teléfono salió disparado y, volando a baja altura y gran velocidad, atravesó la cocina, entró en el comedor y se estrelló contra una de las copas de la madre de Holly, que cayó al suelo de forma tan estrepitosa e irreversible que pareció algo predestinado, o deliberado, o ambas cosas.

—¡Tatiana! —gritó Holly.

¿Qué había pasado? ¡Todo había sucedido tan rápido...! Al parecer, con las prisas por responder al teléfono, Tatiana lo había arrojado de un manotazo a la otra habitación.

Holly fue corriendo al comedor. El móvil estaba en la mesa, intacto, pero la copa tornasolada de su madre ya no era una copa, sino miles de esquirlas resplandecientes y dispersas. La copa ya no estaba en ningún lugar, y a la vez estaba por todas partes. ¿Quién sabía lo lejos que habrían volado los cristales? Holly podía pasarse años barriendo y aspirando esos millones diminutos de los rincones, los alféizares y debajo de los muebles. Al

estrellarse en el suelo, la copa de agua había quedado pulverizada.

Por el contrario, el móvil, que era de lo más prescindible (Holly incluso había comprado un seguro de reposición), estaba bien. De hecho, seguía encendido y mostraba el fondo de pantalla de Holly: una fotografía de Eric y Tatiana delante de una cascada.

En el teléfono, en esa foto, los dos estaban iluminados en miniatura y la cascada del fondo parecía hecha de plumas, no de agua, como si cientos de almohadas se hubiesen abierto detrás de ellos mientras sonreían al móvil de Holly. La nitidez de la fotografía era increíble. La cámara del iPhone había captado no sólo el instante de esas sonrisas en las caras de su marido y de su hija, sino incluso las gotas que caían de la cascada espumosa. Revelaba la escena exactamente como lo que era: algo suave y violento al mismo tiempo, un instante que corría a sus espaldas y a la vez estaba paralizado para siempre. ¡Y todo con un artilugio del tamaño de la mano de un niño! ¡Conservado para siempre en un dispositivo electrónico portátil! Si no fuese algo tan corriente, habría parecido sobrenatural.

Holly dio un paso atrás, apartándose del desastre de la copa, negando con la cabeza, y al volverse vio que su hija no se había movido de donde estaba cuando el teléfono salió disparado de su mano. Pero ahora Tatiana se había llevado la mano a la boca y se la apretaba contra los labios, como si estuviese herida o intentara reprimir un grito.

—Válgame Dios —exclamó Holly bromeando.

Estaba decidida a quitarle hierro al asunto, porque ¿de qué servía enfadarse? Había tenido doce copas de agua hasta que Tatty rompió tres, luego tuvo nueve y, en fin, ahora había ocho. ¡Al menos volvía a tener un número par! Recordó lo que le había dicho Thuy: «No puedes razonar con un bebé; así que ¿por qué enfadarse con él?»

Thuy se lo había dicho cuando Holly halagó la increíble paciencia que mostraba con Patty. Aquellas palabras, la verdad que encerraban, la habían impresionado y se acordó de inmediato, como en un fogonazo, del día que le ordenó a la pequeña Tatty que se fuera castigada a su cuarto después de haberla sorprendido arrancando, una a una, las páginas del diccionario Webster. Holly recordaba que Tatiana se había quedado mirando a su alrededor como si no tuviera ni idea de adónde ir ni de cuál era su habitación. Sólo llevaba seis meses viviendo en aquella casa y todavía se levantaba todas las mañanas gritando «por favor» en ruso: «*Pazhalsta! Pazhalsta! Mama*

Anya!»

¿Por qué, en efecto, enfadarse con un bebé, o con un niño de cualquier edad? Cuando Thuy le había soltado, riendo, esa noble verdad, Tatiana ya tenía doce años y Holly deseó, desesperadamente, poder retroceder en el tiempo. Quería seguir el consejo de Thuy, pero ¡todos los primeros años estaban perdidos! Todos los segunditos que podría haber apreciado mejor, disfrutado más, en los que podría haber sido más paciente, manifestado más amor, haber recogido a su hija de Pequeñines y habérsela llevado directamente al parque... ¡ya habían pasado!

Sin embargo, Holly lo había intentado, ¿o no? Se había sentado en el suelo incontables veces para jugar con su hija a Candyland y a Serpientes y escaleras, los juegos que a Holly tanto le gustaban de niña, aunque no había nadie que tuviera tiempo para jugar con ella. Y sí que había llevado a Tatty al parque. Y a la playa. Y al zoo. ¡Y a ver *El Cascanueces*! Habían montado a caballo. Habían viajado. Habían comido en restaurantes caros y en otros pequeños y baratos, y aunque no la había llevado a la iglesia (como hacían Thuy y Pearl con Patty), habían visitado varias de las catedrales más grandes del mundo, y en diciembre siempre escuchaban el *Mesías* de Händel en el auditorio Hill.

Sin embargo, cuando Thuy le dio aquel consejo (que Thuy nunca consideró un consejo, sino la mera exposición de un hecho), el pasado ya estaba labrado en piedra, inalterable. Todos los momentos de la vida de Holly y Tatty estaban tallados en esa piedra, lo habían estado desde el principio y lo estarían hasta el final. Aunque Holly no tenía creencias religiosas o místicas, cuanto más vivía, con más intensidad sentía lo inevitable de cada segundo de su vida, sobre todo desde que Tatty formaba parte de ella.

Por tanto, ¡de nada servía llorar por otra copa rota! ¡De nada servía regañar a Tatty por un accidente! Y había sido un accidente. Holly lo había visto con sus propios ojos. Tatiana no había lanzado el teléfono ni había roto la copa a propósito.

Sin embargo, la manía de ir corriendo a coger el móvil, todo ese melodrama de adolescente, era algo de lo que le habría gustado hablar con su hija. Le habría gustado preguntarle si no podía calmarse un poco. Pero no iba a hacerlo, no en un día tan delicado como aquél. En cambio, para bromear

con ella, dijo:

—Vaya brazo que tienes, como para jugar en la liga de béisbol...

Pero Tatiana no rió y tampoco se apartó los dedos de los labios.

Holly reprimió un suspiro. Más melodrama. Sin embargo, intentó no cambiar el tono. Intentó mantenerlo suave, «ligero», como su marca de mayonesa, y le preguntó:

—¿Estás bien, Tatty?

Su hija siguió sin decir nada, y esta vez Holly suspiró. Aunque logró no poner los ojos en blanco, y se felicitó por ello.

—No pasa nada —añadió, tocándole el hombro—. No tiene importancia.

Ninguna respuesta.

—La Tierra llamando a Tatty. —Chasqueó los dedos, en broma, junto a la oreja de su hija.

Entonces Tatiana se apartó los dedos de la boca y se los quedó mirando como si se examinara las yemas, con las cejas casi tocándose sobre el puente de la nariz.

Holly chasqueó los dedos con más fuerza, para sacarla del trance. Funcionó. Tatiana alzó la vista, miró a su madre y luego extendió la mano para que Holly la viese.

En cuanto vio las yemas de los dedos, Holly soltó un grito ahogado. Sujetó la muñeca de su hija para mirarle la mano más de cerca y luego le separó los dedos para examinarlos mejor.

¡Estaban quemados! Los tres dedos centrales. Hinchados, inflamados, amoratados. Con ampollas. Holly no podía hablar, pero consiguió llevar a su hija de la muñeca hasta el fregadero, hacer correr el agua fría y ponerle la mano debajo del grifo. Tatty dio un respingo e intentó apartarla, pero Holly no cedió y mantuvo firmemente los dedos bajo el chorro de agua.

—¡Ay, ay, mamá! —gritó Tatty—. ¡Por favor, por favor, mamá!

Sin embargo, pese a los gritos, Tatty ya no intentaba apartar la mano. Era inútil. Holly estaba asustada, pero actuaba con fuerza; Tatiana nunca habría podido librarse.

¿Qué había pasado? Parecía una quemadura de segundo grado, o algo peor. La piel ennegrecida e hinchada estaba despegándose, como el encaje deshilachado, y dejaba al descubierto una nueva piel más clara. ¡Escaldados! ¡Tatiana se había quemado los dedos! Como si hubiese metido la mano en agua hirviendo y la hubiese dejado allí un rato.

—Madre mía, Tatty.

Siguió sujetando con fuerza la mano de su hija, pero se volvió para mirarla a la cara.

—Tatty, ¿qué ha pasado?

Tatiana negó con la cabeza. Sus ojos eran enormes.

—No lo sé, mamá. No lo sé. —Hablabas como si estuviera muy lejos—. Ni he llegado a tocarlo.

—¿Tocar el qué, cariño? ¿Qué te ha quemado?

—Tu teléfono —contestó como enunciando un hecho, pero mostrando asombro al mismo tiempo.

—No, cielo —dijo Holly, y miró la cocina, detrás de Tatty—. Habrás tocado el horno; creía que lo había apagado, pero puede que siga caliente.

—No, no he tocado el horno.

—Pues has tocado algo que ardía —insistió Holly—, pero no pasa nada. Te pondremos pomada. Consultaré cómo tratar las quemaduras en internet y veremos si es grave. Nos aseguraremos de que no se infecte.

Tatiana apartó los ojos de Holly y se miró la mano. No parecía muy convencida, como si dudase que su madre supiera de lo que hablaba o pudiera hacer algo ante una herida como aquélla.

Holly sintió una punzada de rabia porque Eric no estaba allí. De los dos, siempre era él quien tranquilizaba o animaba a Tatty. Tatty nunca se fiaba de lo que ella le decía (¡y eso la exasperaba!). Diciéndole que todo se arreglaría (ya se tratase de un moratón, de malas notas o de la amenaza de un tornado), nunca había conseguido otra cosa que esa expresión de incredulidad que su hija le estaba mostrando en ese momento. Volvió a mirar los dedos y se le escapó un silbido.

La quemadura tenía un aspecto horrible. ¿Deberían ir a Urgencias más tarde? Sólo por segunda o tercera vez en toda la infancia de Tatty, Holly deseó contar con un médico de cabecera o pediatra al que poder llamar. Pero nunca había tenido motivos para buscar uno. Tatty estaba tan sana que nunca habían necesitado ni siquiera un antibiótico o un jarabe para la tos; una suerte, porque Holly no estaba ni mucho menos dispuesta a someter a su hija a otra vacuna ni a otro chequeo innecesario en esta vida, después de todo lo que había tenido que soportar en Rusia, y sabía que llevarla al médico abriría esa caja de Pandora. Pese a lo que decían, no vivían en un país libre, no en cuanto a decidir sobre la salud de los hijos.

¡Y pobre Tatty! Ya había sufrido demasiadas intrusiones médicas en Rusia, ya la habían sometido a demasiadas pruebas, exámenes y pinchazos durante el proceso de adopción. No. Holly no permitiría que le pusieran más vacunas para enfermedades a las que nunca se expondría: ¡rubeola!, ¡polio!, ¡viruela! Y aunque sus opiniones diferían respecto al cuidado dental, Eric y ella coincidían al cien por cien en cuanto al estamento médico. Eric despreciaba a los médicos; sólo se había visitado una vez en todos los años que llevaban juntos, y a instancias de Holly, por el bulto (benigno, aunque no paraba de crecer) que le había salido en el dorso de la mano. Eric estaba firmemente convencido de que los médicos se dedicaban a encontrar enfermedades inexistentes y a exacerbar la dolencia cuando la diagnosticaban. De modo que no les temblaba el pulso al mentir sobre las vacunas y los controles médicos en los impresos escolares, y Holly los firmaba con su propio nombre debajo de «Firma del pediatra». En todos aquellos años nadie la había llamado porque, como todo el mundo sabía, ¡nadie miraba aquellos impresos ya que aquellas vacunas eran innecesarias!

Claro que, en Estados Unidos, no llevar a tu hija al médico era un tabú inconfesable, como los castigos corporales o el incesto, por lo que la única persona a quien Holly se lo había confesado era a Thuy, una adulta sana que nunca había ido al médico en su infancia. ¡Las condiciones en que se había criado Thuy no permitían chequeos anuales! ¡Y bastaba con mirarla! El pelo negro azulado, brillante y largo hasta los codos cuando no lo llevaba recogido en un moño, la piel impecable. Corría diez kilómetros al día. Su sonrisa era la única que podía rivalizar con la de Tatty en cuanto a belleza y salud. Thuy había prometido no juzgarla «siempre y cuando mi pequeña Tatty no enferme. Si ese angelito enferma, tendrás que responder ante la tía Thuy si no llamas al médico... o si resulta que ha enfermado porque no lo has llamado».

—Eso no pasará —había dicho Holly—. No se pondrá enferma porque no la llevaré al médico. Será como tú.

Thuy reflexionó mientras jugueteaba con su pulsera de perlas y pareció aceptarlo, pero luego dijo:

—Vale, cariño, pero algo de fe tendrás en la medicina moderna...

Holly supo que Thuy se refería a su ooforectomía y sus mastectomías profilácticas.

—Es cierto —Holly estaba preparada para responder a esa pregunta (le había dado vueltas durante años)—, pero es todo lo que puede hacer. Lo

único que la medicina moderna puede hacer por ti es librarte de partes del cuerpo y de tumores. Por lo demás, si contraes una enfermedad, te mueres. Créeme, Thuy. Lo sé. Lo vi en mi madre y en mi hermana, todas las formas en que las «curas» te matan, de un modo lento y horrible, por enfermedades que ni habrías sabido que sufrías si no hubieras ido al médico.

—¿No ver el mal, no escuchar al mal, no hablar del mal? —había dicho Thuy, imitando los gestos de los tres monos sabios.

—Sí.

—Holly, ¿lo de no llevar a Tatty al médico se debe a que en cierto modo te arrepientes de algo? Siempre hablas de lo de ser un robot... —Thuy puso una cara en parte triste, en parte de horror fingido—. ¿No pensarás que así le estás ahorrando un destino parecido...?

—Tengo una mutación genética —dijo Holly—; Tatiana, no. Ella no tiene destino. El destino de mi familia ha terminado. O estamos muertos o somos robots.

Thuy le dio un puñetazo en el brazo, en broma, y luego le dijo:

—Siento haberte dado tan fuerte. Pero no te ha dolido, ¿verdad?

—No he notado nada —respondió Holly.

Y ambas rieron.

Holly apartó la vista de los dedos de Tatiana, y la intensa luz de la nevada que entraba por el ventanal la obligó a parpadear. Con toda la seguridad de la que era capaz, dijo para tranquilizar tanto a su hija como a sí misma:

—Papá volverá pronto. Si entretanto necesitamos ayuda o consejo, llamaremos a Thuy.

—Ya no me duele —repuso Tatty, sacando la mano de debajo del grifo.

Sin embargo, su rostro reflejaba dolor y el tono de su voz era el de alguien que se ha resignado sin más a sufrir.

—Vamos, te secaremos los dedos con mucho, mucho cuidado y los examinaremos a la luz. Luego buscaremos algo para poner en la herida.

Sin soltarle la muñeca, Holly la condujo al ventanal. Al menos toda esa luz inútil serviría de algo.

Al ver los dedos de su hija con más claridad, Holly intentó reprimir su inquietud. Ahora estaba asustada de verdad. Pensó en la quemadura y en la nevada. ¿Y si era grave? ¿Y si tenía que buscar ayuda para Tatty y no podía

sacar el coche ni Eric podía volver a casa para ayudarlas?

Estaban los vecinos, claro, pero ¿conocía a alguno lo bastante como para sentirse cómoda llamando a su puerta en plena tormenta de nieve y pedirle ayuda el día de Navidad? ¿Aunque fuera por una emergencia?

Bueno, no importaba que se sintiera cómoda o no, ¿verdad? Tendría que hacerlo, por su hija. Después de haber jurado que no volvería a hablar con los vecinos de ambos lados de su casa (los dos se habían quejado airadamente de las gallinas, años atrás), tendría que tragarse el orgullo. Lo haría, por mucho que le costara. Los vecinos no se habían quejado a Eric y a ella (eso habría estado mejor), sino a los demás vecinos. Un día que paseaba por la calle con Tatiana, Holly se enteró, por cada vecino con el que se cruzaba, de que los de al lado habían llamado a la policía para quejarse de sus gallinas y que por culpa de aquellas gallinas pedían que se revocara la ley que permitía que los residentes del barrio tuvieran aves de corral en el patio trasero.

Ésos eran los vecinos de al lado, pero también estaba Randa, la de atrás, que había culpado abiertamente a Holly de la traumática muerte de *Trixie*, su gata. Al parecer, para Randa lo peor de la muerte de *Trixie* no fue el sufrimiento de esa gata encantadora, sino que su hija de seis años lo había presenciado todo.

—¡No sabéis cuidar de vuestros animales! —le había gritado a Holly, que se había quedado en su jardín, impotente, mientras a Randa le temblaba la voz de rabia, como si Holly hubiese maltratado a algún animal a propósito.

No había vuelto a hablarle. Ni, en realidad, a ninguno de sus vecinos. De haber creído que hubiese servido de algo, habría ido casa por casa para explicarles que ella también estaba avergonzadísima de lo sucedido y de que hubiese pasado mientras los animales estaban a su cuidado, pero era evidente que eran hechos que ella no podía controlar, cosas que ella nunca, nunca, habría permitido que ocurrieran de haber podido evitarlas. De haber creído que servía de algo, Holly habría reconocido que tenían razón.

No sabía cuidar de sus animales.

De niña, nunca había tenido nada que fuera remotamente parecido a una mascota. Ni siquiera un pez. Su madre estaba enferma. Muy enferma. ¡Había oído unos ruidos procedentes de la habitación de su madre que ninguna niña debería oír, y Holly los había oído todos! ¿Nadie se compadecía de una mujer que había sufrido una infancia como aquélla? Bastante difícil era para sus hermanas (¡que no eran más que niñas!) tener que cuidar de ella, ¡para

encima encargarse de una mascota! ¡No, nunca pudieron tener una mascota! Así que Holly no sabía lo que hacía con los animales, tal como la acusaban los vecinos, y estaba dispuesta a admitirlo. Pero ¡los había querido para Tatty! Para que su hija tuviera lo que ella no había tenido. Y nadie sentía más que Holly que aquello no hubiera salido bien. Que hubiese sido tan desastroso.

Sin embargo, nunca se le presentó la oportunidad de explicarse ante sus vecinos sin que la tomaran por loca. De modo que los evitó, en lugar de suplicarles. Era una pena. Vecinos. Deseó más que nunca que fuesen buenos amigos y poder llamarlos el día de Navidad sin sentirse incómoda, para pedirles ayuda y contarles que quizá algo iba mal, muy mal.

En cualquier caso, ninguno de sus vecinos era un monstruo. Las ayudarían encantados si Holly y Tatiana lo necesitaban. Además, no tenían nada en contra de Tatiana, desde luego. Aunque Tatiana nunca se lo decía, Holly sabía que a veces Randa salía al jardín cuando Tatty estaba en el patio y mantenían largas conversaciones junto a la verja, mientras el hijito de Randa correteaba de aquí para allá con un palo. Las dos reían. A veces Randa le tocaba el brazo a Tatty. Holly veía ese gesto desde la ventana.

Randa las ayudaría. Y era directora de un hospital. Aunque eso no la convertía en una profesional médica, sin duda sabría qué hacer con una quemadura como aquélla. Si la nieve les impedía ir en coche o dar la vuelta a la manzana, tendrían que saltar la verja de atrás; sí, podrían hacerlo. Era una verja baja.

Holly volvió a examinar los dedos de Tatiana y la tranquilizó apreciar un cambio de color. Se veían más rosados. Se había desprendido una capa de piel, pero quizá la de debajo no estuviera dañada. Tal vez sólo fuera una quemadura superficial, como las solares. Tal vez la piel que se había desprendido no estuviera negra por la quemadura, sino por algún residuo que quedara en el horno. La verdad era que Holly no siempre tenía la cocina tan limpia como debería. Muchas veces ella misma se había apartado del horno con una mancha en la manga o en el codo, o con los dedos sucios.

Entornó los ojos para evaluar mejor la situación.

Ahora la piel desprendida parecía una capa superficial, y la piel de debajo no tenía un aspecto especialmente sensible o expuesto. Era como si la nueva piel llevase una buena temporada ahí debajo, esperando a que la antigua cayese. Incluso se apreciaban las huellas dactilares, que habían estado todo el

tiempo allí, en la sombra, listas para el reemplazo.

Y ¿por qué no? ¿No se renovaban las células con tanta rapidez que cada año nos poníamos un traje de piel nuevo? ¿No lo había leído Holly en alguna parte? Era un auténtico milagro que, pese a mudar de piel, conservásemos las huellas dactilares; las mismas huellas dactilares, las mismas marcas de nacimiento y cicatrices siempre acababan saliendo a la superficie, la prueba de que eras la misma persona que antes de que se desprendiesen tus células antiguas.

—Se curarán —dijo Holly a su hija—, se pondrán bien. Buscaremos una crema y te pondremos unas tiritas. Quizá te duela un poco, pero te daré una aspirina. ¿De acuerdo?

Tatty negó con la cabeza, pero Holly decidió no hacerle caso. Se dirigió al cuarto de baño y su hija la siguió, porque quiso, pero al mismo tiempo medio sonámbula, igual que los había seguido cuando salieron del orfanato Pokrovka n.º 2 al exterior soleado y luego al coche oscuro que los llevaría hasta la estación de tren, hasta el aeropuerto, y luego a todas las paradas entre Siberia y Michigan: andando, andando, andando, como si todo fuera un sueño, pero también como si fuera un destino al que era inútil resistirse.

Se había negado a que la llevaran en brazos. La pequeña Tatiana no lo permitió, ni siquiera para caminar por los laberintos interminables del aeropuerto de Atlanta después de pasar casi veinte horas en el avión, despierta la mayor parte del tiempo.

Y, por supuesto, con sólo veintidós meses los pasos que daba en esos zapatitos de piel (que Holly había comprado en Estados Unidos y le había calzado en el orfanato de Siberia) eran vacilantes por naturaleza: pasitos de bebé. Los tobillos le temblaban. Nunca había llevado zapatos de suela dura y tampoco había salido del orfanato, salvo una vez, les habían dicho, cuando dejaron que ella y otros niños con movilidad saliesen a una zona cercada de la parte de atrás. Pero aquello había sido en una única ocasión durante la primavera del año anterior y, exceptuando esa vez, todos los días de la vida de Tatiana habían transcurrido dentro del invierno intenso del orfanato Pokrovka n.º 2.

Tardaron veintiséis horas en volver a casa desde Siberia, y en todo ese tiempo, la pequeña Tatty no dijo ni una palabra, miró siempre adelante y se

dejó llevar a cualquier lugar al que la acompañase la persona que le daba la mano, pero no permitió que la cogieran en brazos.

Ahora pasaba lo mismo: llevaba a Tatiana al baño arrastrándola de la muñeca, le decía que se sentara en el inodoro mientras Holly buscaba en los cajones, luego en el armario de las toallas...

¿El qué?

¿Neosporin? ¿Bactine? ¿Funcionaría el alcohol para friegas? ¿Agua de hamamelis? Holly no recordaba haber limpiado alguna vez una herida. Eric había sido el encargado de curar los dos únicos rasguños que se había hecho Tatty (uno en la rodilla, cuando fue corriendo a recibir a Thuy y Pearl a la entrada; otro en un dedo, que se cortó con un trozo de cerámica). Pero «Neosporin» le sonaba a algo que Eric había mencionado en relación con una herida... y, por suerte, Holly acababa de encontrar un tubo.

Lo sacó del armario y leyó el lateral. La descripción y las indicaciones eran prometedoras. Desenroscó el tapón y acercó el tubo a Tatiana, que seguía sentada, inexpresiva, sobre la tapa del inodoro.

—Extiende los dedos, cariño.

Tatiana hizo lo que le dijo Holly, como cuando se había bajado las braguitas para hacer pis en el diminuto lavabo del avión de dos hélices en el que volaron de Irkutsk a Buriatia. ¿Qué habría pensado entonces la pequeña Tatty? Apenas había andado sobre la tierra con esos piecitos y de pronto estaba en una cosa que se bamboleaba en el cielo. Una desconocida le decía que tenía que bajarse las braguitas para hacer pis y que todo iría bien, pero se lo decía en un idioma que la pequeña no entendía. Y, sin embargo, Tatty había hecho pis en el aseo, se había subido las braguitas y había regresado con Holly a su asiento, manteniendo el equilibrio en el avión tambaleante, y no había llorado.

Le aplicó el gel transparente en las yemas de los dedos y luego se las cubrió con tiritas de Barbie. ¿Cuánto tiempo llevaban esas cosas en el armario de las toallas? ¿O acaso Tatiana, pese a lo madura que parecía, acababa de salir de la infancia, y todavía los rodeaban sus objetos infantiles?

—¿Mejor? —preguntó Holly, sosteniendo la mano de Tatiana con los dedos vendados en la suya.

Tatiana no respondió.

—¿Estás bien, Tatty? —Esta vez lo preguntó con cierta crispación.

Se le volvía a agotar la paciencia. «De acuerdo —pensó—, ha ocurrido un accidente, Tatty se ha quemado los dedos con el horno. Pero ahora ya toca pasar página, como suele decirse.»

—¿Tatty? ¿Me oyes?

Por fin Tatiana alzó la vista y la miró a los ojos, y esta vez fue Holly quien apartó la mirada. Los ojos de su hija brillaban demasiado. Eran demasiado brillantes y demasiado oscuros para soportarlos. Tatty tomó aire, como preparándose para decir algo que llevaba callándose un rato, y a Holly, sin saber por qué, le preocupó qué podría ser. Notó que empezaba a idear excusas y negaciones, pero su hija sólo dijo:

—Han vuelto a llamar.

Holly se relajó, aliviada. La llamada. Su teléfono había sonado en la encimera antes de que Tatiana lo lanzara sin querer al otro lado de la casa, antes de tocar el horno y quemarse los dedos. Tatiana y ella volvían a las banalidades de las llamadas telefónicas.

—Es cierto, se me había olvidado. Han llamado por teléfono, ¿verdad? Voy a ver si era papá.

Empezó a encaminarse hacia la puerta, pero Tatty dijo:

—No era papá.

—Bueno, tengo que comprobarlo, para asegurarme.

Dejó a su hija sentada en el inodoro con sus tiritas de Barbie y volvió corriendo al comedor, al teléfono, a los millones de esquirlas de cristal. Al verlas resplandeciendo en el suelo, bajo la luz que entraba por el ventanal, Holly esperó haberse acordado de cargar el aspirador portátil. Muchas veces no se acordaba de cargar la batería hasta que los Cheerios o lo que fuese — cristales rotos, por ejemplo— ya estaban desparramados por el suelo y entonces el aparato no reaccionaba.

Recogió el iPhone del suelo y revisó las llamadas recientes.

De nuevo el número oculto. No había sido Eric.

En cualquier caso, debía llamar a su marido, ¿verdad? Bajó por la lista de contactos hasta encontrar su nombre y lo seleccionó con el índice. Se llevó el teléfono a la oreja, donde notó su calidez, y se imaginó la vibración en el bolsillo de Eric. No respondía. Quizá ya estuviera en el coche, volviendo con sus padres. Si hubieran ingresado a Gin para que pasara la noche en el hospital o hubiese ocurrido algo grave, Eric la habría llamado, seguro. El

tono dio paso a lo que ella creyó que era el buzón de voz. Oyó el doble clic que implicaba que nadie iba a responder y que la pasaban con una máquina, no con su marido. Pero entonces, en lugar de una grabación con la voz envarada de Eric, «Soy Eric Clare y no puedo atenderlo en este momento...», se oyó una risa.

Una risa de mujer.

(¿De una mujer muy joven? ¿O de una niña, quizá?)

La risa no era aguda ni histérica, sino una especie de carcajada alegre y divertida; sonaba cercana, íntima, y le resultaba familiar. Sin embargo, aquel sonido, la sorpresa que le causó, hizo que colgara casi sin darse cuenta, dando un respingo, y luego dejó el móvil rápidamente en la mesa, donde se lo quedó mirando, atónita, negando con la cabeza. Entonces vio que la fotografía del fondo de pantalla había cambiado.

¿Sola?

La espuma y el brillo de la cascada, Eric y Tatiana sonrientes, habían desaparecido. En la imagen ahora sólo aparecía Tatiana, también sonriendo. Un primer plano. De la nariz y los ojos.

Holly cogió el teléfono y miró la fotografía con más atención.

Al parecer, al móvil le había pasado algo durante el vuelo y la caída. ¿Se había roto? ¿Se habían modificado los ajustes? ¿Por eso había llamado a una desconocida en lugar de a su marido, por eso había oído aquella risa infantil en lugar del buzón de voz de Eric?

Era probable.

Y su fondo de pantalla había sido sustituido por esto: un fragmento de otra fotografía. La nariz, los ojos, una foto de Tatiana, pero...

No.

La examinó con más detenimiento. No era una fotografía distinta. Seguía siendo la fotografía de la cascada, pero ampliada. El marco se había estrechado de modo que la única parte de la fotografía que seguía visible era ese fragmento de la cara de Tatiana: la nariz, los ojos. Dios. La tecnología. Sus caprichos y misterios. Holly estaba estupefacta, pero al menos se alegraba de que el móvil todavía funcionase. Volvió a llamar a Eric y esta vez le respondió enseguida.

—Cariño —dijo Holly, agradecida de oír su voz, de poder comunicarse a través de los kilómetros y la tormenta de nieve.

Era una locura, pero hablar con él le pareció tan milagroso como haberlo

conocido en esta vida. Haber vivido lo suficiente para conocer a Eric, enamorarse de él y traer a Tatiana a sus vidas para convertirse en una familia, como si en nada de eso hubiese intervenido el azar, como si fuera el destino, un destino lleno de acontecimientos que por poco no habían sucedido, bendiciones y conexiones milagrosas como aquélla.

—¿Estás bien, Eric? ¿Tu madre está bien?

—No... Holly. —Parecía cansado. Suspiró—. Está confundida. Confundida de verdad. Cree que está en Europa. Habla a los médicos en francés y cuando no la entienden se echa a llorar. Cree que son alemanes.

—Madre mía, Eric.

—Y ahora mi padre tiene dificultades para respirar. Por el estrés, claro. Así que está en una habitación, mamá en otra, y Tony, Jeff y yo vamos de un lado a otro.

—¿Tus hermanos están ahí?

—Sí.

—Creía que con la tormenta...

—Bueno, es una emergencia. Han conseguido llegar. Donde hay voluntad...

—Yo también debería estar contigo —dijo Holly.

El corazón se le aceleró. Eric la necesitaba. Si sus hermanos habían llegado al hospital, ella también podía ir, ¡y ni siquiera lo había intentado!

—No, ni hablar. Lo último que necesito ahora es tener que preocuparme porque Tatty y tú estéis en la carretera. Por favor, por favor, ni se te ocurra venir, Holly. Quedaos en casa.

—De acuerdo.

Y, aunque se sentía culpable y mal, Holly se dio cuenta de que también estaba aliviada. Aliviada de que fuese un problema de Eric y de sus hermanos. Aliviada de poder colgar el teléfono y limitarse a esperar más noticias. Aliviada de que no fueran a pedirle nada.

Habló un poco más con Eric sobre lo espantosos que eran los médicos, el tiempo, el tipo de dolores que Gramps notaba en el pecho. Hablaron de Jeff y Tony y de cuánto les había costado llegar al hospital por la autopista. Eric le preguntó por los Cox y por Thuy y Pearl, y Holly le contó que tampoco habían aparecido, por culpa de la tormenta. Le preguntó qué hacían ella y Tatty, y Holly decidió no contarle que se había quemado los dedos. Nada podía hacer Eric al respecto, aparte de preocuparse.

—Estamos bien —respondió—. Hemos discutido.

—No.

—¿No qué?

—No te pelees con Tatty. Está tan entusiasmada con la Navidad, Holly... Te ha comprado algo especial de verdad. ¿Todavía no habéis abierto los regalos?

—No.

—Pues, bueno, es uno de los grandes. Tatty lleva trabajando en él... Ya he hablado más de la cuenta. Pero ojalá no nos hubiésemos dormido, Holly. Creo que estas Navidades son muy importantes para Tatiana. Es el primer año que se responsabiliza de verdad de nuestros regalos. Es un momento fundamental.

—Ay... —dijo Holly.

¡Qué ciega había estado! ¿Cómo podía haberlo visto Eric tan claramente y ella no? ¡Eso lo explicaba todo! ¡Pobre Tatty! ¡No estaba desilusionada por los regalos que iba a recibir, sino por los que iba a dar!

—Vale. Eric, cuánto me alegra que me lo hayas dicho. Considera la riña algo del pasado. Voy a hacer las paces con ella ahora mismo. Te quiero.

—Y yo a ti. Dile a Tatty que también la quiero.

—Sí, claro que se lo diré. En cuanto se levante.

—¿Duerme?

—Bueno, sí. Hoy ha dormido muchísimo.

No estaba segura de por qué mentía. Había dejado a Tatiana en el cuarto de baño, despierta, con tiritas de Barbie en los dedos.

—Pero la sacaré de la cama y abriremos algunos regalos sin ti si te parece bien.

—Me parece estupendo.

Se despidieron, y luego Holly oyó que la línea se cortaba, como el sonido de un hacha diminuta al talar un árbol de tronco muy delgado.

Se apartó el teléfono de la oreja y volvió a mirar la fotografía de la pantalla.

Tatty.

Esos ojos.

Era como si el móvil hubiese decidido que nada más importaba. Ni el pelo azabache de Rapunzel, ni Eric, ni la cascada. Sólo los ojos de Tatiana.

Era inquietante, la verdad. ¿Cuántas otras partes de la fotografía podrían haberse ampliado? ¿Un botón? ¿Un poco de espuma blanca? ¿La sonrisa perfecta de Tatiana? A lo mejor, pensó Holly, Steve Jobs lo había configurado así, lo había organizado ingeniosamente de tal modo que incluso cuando el teléfono se rompía hacía algo divertido y sorprendente.

—¿Tatty? —la llamó—. ¡Tatty, ven a ver esto!

—¿Ver qué?

Holly dio media vuelta y encontró a su hija justo detrás, mirando por encima de su hombro el teléfono que sostenía en la mano.

—Ah, estás aquí. Mira, el móvil debe de haberse estropeado y ahora lo único que queda de la foto con papá en la cascada son tus ojos.

Tatty cogió el aparato, lo miró con detenimiento y luego se echó a reír.

Al principio, Holly sintió un alivio inmenso al oír la risa de Tatiana. ¡Había vuelto su Tatty de siempre! Era la risa que soltaba cuando miraba dibujos animados en la tele o veía a *Trixie* jugueteando con una pluma. Era la risa de la Tatty anterior a la adolescencia, una risa feliz, nada irónica, ante algo divertido o agradable. «Menos mal que le ha cambiado el humor», pensó. Hacía muchísimo tiempo que no la oía reírse así. ¡Hacía tanto tiempo! ¡Días! ¡Semanas! Quizá no la oía desde...

No.

Holly dio un paso atrás para mirar a su hija y se dio cuenta de que esa risa no era la de cuando Tatty era una niña, sino la de hacía un momento. La que había oído por el móvil cuando había marcado mal el número de Eric, ¿verdad? La que había oído cuando creía que iba a saltar el buzón de voz de su marido. Aquella risa era esa risa. ¡La risa de Tatty!

Holly cogió con cuidado el teléfono de las manos de su hija y dijo:

—A este teléfono le pasa algo, Tatty. Primero la foto cambia por las buenas y luego, en cuanto he llamado a papá, en lugar del buzón de voz me ha salido una grabación de tu risa.

Tatiana seguía sonriendo. Se encogió de hombros y respondió:

—Bueno, ¿qué más da? Todavía funciona, ¿no?

—Sí —convino Holly, mirando los ojos de su hija en la pantalla.

Tatiana también miró el teléfono y luego apartó la vista de la palma de Holly y la dirigió al suelo, donde se había roto la copa de agua.

—Será mejor que te pongas zapatos o barras todo esto, mamá.

Holly también miró el suelo. Tatiana tenía razón, desde luego. Sólo llevaba

medias; si pisaba un cristal se cortarían, ¡y eso era lo último que le faltaba en un día que ya estaba siendo bastante peligroso! Entonces miró los pies de su hija para asegurarse de que al menos ella sí iba calzada. Llevaba unos zapatitos negros y puntiagudos que nunca había visto. Con cordones, de tacón bajo.

¿Zapatos antiguos? ¿De una tienda de segunda mano? Era la primera vez que los veía, pues de haberlos visto antes le habría aconsejado a Tatiana que los tirase. Eran feos, feísimos. Fuera cual fuese el material del que estaban hechos —que antes habría sido brillante, pero ahora se veía mate y lleno de rozaduras—, estaba agrietado. Piel de animal, supuso, pero no cuero. Y los cordones estaban como enmohecidos y tiesos, gastados.

—¿De dónde has sacado esos zapatos, Tatty?

Tatiana bajó la vista. Volvió a reír, como si los zapatos también la sorprendieran o como si estuviera gastando una broma a su madre.

—No sé. Sólo son zapatos —respondió.

Holly siguió mirándolos, parecían algo que podría haber llevado Dorothy en *El mago de Oz*. No eran exactamente victorianos, pero sí de un estilo que imitaba el victoriano; quizá de un sitio deshabitado durante la época victoriana en el que no habría nada con lo que poder compararlos. Eran zapatos prácticos, pero el fabricante había intentado darles un toque femenino... con esas puntas. En realidad no parecían viejos, pensó Holly, sino más bien que alguien los hubiese llevado en varias excursiones largas por la montaña o por campos nevados. O como si los hubiesen llevado muchas chicas o mujeres distintas durante un año largo y terrible. Parecían, se percató entonces, zapatos soviéticos: de la clase que habría llevado el personal del orfanato si el calzado plano de tela no formara parte de su uniforme, o del que habrían llevado las mujeres de aspecto desesperado que Eric y Holly habían visto en los alrededores de Oktiábrski, si Holly y Eric se hubiesen molestado en mirar los zapatos que llevaban aquellas mujeres.

La única vez que Eric y Holly habían pasado en esas calles de Oktiábrski más de la hora que tardaban en ir y volver del orfanato al hostel fue el 26 de diciembre. Como no se les había ocurrido llevar regalos de Estados Unidos, Holly decidió ir de compras. Creía que podría encontrar algo para la pequeña Tatty y también algún detalle para las cuidadoras y para Marina Valsilevna,

la directora del orfanato. En el hostel, otros futuros padres les habían dicho que dar dinero y regalos a los empleados ayudaba a que cuidasen bien de tu hijo entre la primera y la segunda visita, durante las largas semanas que transcurrían obligatoriamente entre el primer viaje al orfanato, cuando se conocía al bebé, y el segundo, cuando se recogía. Aquellos padres insinuaban que se podía sobornar a las cuidadoras para que fuesen atentas en esos meses en que los futuros padres estarían a medio mundo de distancia.

Uno de los padres en ciernes, canadiense, le había dicho:

—No quiero asustarte, pero se me ha pasado por la cabeza que después de este viaje, una vez que el proceso de adopción está en marcha, cuidar de nuestros hijos ya no tiene mucho sentido para ellas. En el fondo, ahora los visten y demás porque nos los intentan vender. Pero cuando ya lo han conseguido... puede que piensen: «Bueno, estos niños se irán a Norteamérica a vivir como ricos, así que podemos descuidarlos para atender mejor a los otros.»

—Pues tampoco es que ahora se desvivan mucho por ellos —había respondido Holly.

Luego le preguntó al canadiense si ya había visitado el ala de los niños mayores; al parecer, algunos de esos niños se pasaban el día en el suelo, sin pañales, atados a orinales. Y si ésa era la situación allí, ¿qué demonios ocurriría detrás de la puerta que les estaba prohibido abrir?

—Bueno, podría ser peor, pero esos otros niños no son asunto mío, así que haré cuanto pueda para asegurarme de que cuidan de mi bebé durante nuestra ausencia —dijo el canadiense, claramente disgustado por el interés de Holly en el bienestar de unos niños que no serían suyos—. Antes de irnos, mi mujer y yo les daremos esto a las cuidadoras.

Abrió una mochila. Estaba llena de iPods.

—¿Aquí tienen ordenadores para poder usar los iPods? —preguntó Holly.

El canadiense pareció molesto por aquella pregunta, y Holly pensó que quizá no se lo había planteado hasta que ella lo mencionó.

Sin embargo, era el detalle lo que importaba, ¿o no? Además de la insinuación de que llevarían más cuando volviesen por segunda vez, si todo iba bien durante su ausencia...

De modo que Holly pidió a Eric que la acompañara al pueblo para ver si podían comprar algo que valiese la pena.

Pero les bastó con entrar en un par de tiendas para comprender que no iba a

ser así.

En el pueblo no había más que bares, tiendas de alimentación, hileras e hileras de bloques de pisos con aspecto cuartelario y una fábrica en crecimiento envuelta en humo donde se producía algo que nadie les supo explicar qué era. Y el orfanato. No había ningún sitio donde comprar flores, bombones, ni siquiera vino para cocinar. Sí había estantes y más estantes de vodka, de precios comprendidos entre los treinta y los cuarenta mil rublos, pero ambos coincidieron en que una botella de vodka no era lo que querían regalar a las cuidadoras del orfanato donde Tatiana pasaría los próximos tres meses sin ellos.

Lo desconcertante era que pese a la fábrica y los bloques de pisos, pese a todo el vodka disponible y todos los niños que nacían y después se abandonaban en el orfanato, apenas había gente en la calle. Los únicos vehículos que vieron aparcados eran un autobús que parecía hecho de óxido y dos Zaporozhets con pinta de coches de juguete montados en patines (pero cuidados con mimo, a juzgar por lo limpios y resplandecientes que estaban). Daba la impresión de que no había hombres, y las pocas mujeres que vieron, jóvenes en su mayoría, llevaban minifalda y medias a pesar del frío gélido, y abrigos con cuello de pieles y cintura ceñida, abrigos para lucir, no para abrigar. Esas jóvenes de rostro pálido y labios pintados de rojo no miraban a Holly y Eric cuando se cruzaban con ellos en la acera.

Quizá, pensó Holly, si ese día se hubiera molestado en mirarles los pies habría visto si llevaban zapatos como los de Tatiana, zapatos que parecían confeccionados para prostitutas institucionales, mujeres que tenían trabajo que hacer y debían mostrar cierto aire sexual, pero sin parecer glamurosas, ni consentidas, ni preocupadas por la moda y otras banalidades. El tipo de zapatos que tal vez habría llevado la madre biológica de Tatiana.

—Esos zapatos son horribles, Tatty —dijo Holly.

—¿Por qué? —preguntó su hija, mirándolos con la cabeza algo inclinada, como si le divirtiese llevarlos puestos.

—Bueno, para empezar, seguro que han vivido días mejores.

—¿Y quién no?

Tatty volvió a reír y Holly le miró los zapatos y luego la cara, sopesando la expresión de su hija.

¿Estaba siendo sarcástica?

No era fácil saberlo, porque Tatiana parecía de mucho mejor humor que media hora antes. Era como si hubiese salido del baño no sólo con los dedos vendados, sino también con una nueva personalidad. Esa ligereza, esas risas, esas bromas, eran como una metamorfosis. Le habría gustado creer que aquélla era la Tatty de siempre, pero... ¿Tatty había sido alguna vez así? ¿De verdad había sido alguna vez tan despreocupada?

Es cierto que había sido una niña dispuesta a complacer y temerosa de ofender, pero ¿había sido tan fácil hacerla reír? En modo alguno desde que había dejado atrás la infancia, al menos con sus padres, aunque sin duda Holly la había oído reír y bromear con Tommy.

—¿Has tenido noticias de Tommy? —le preguntó, recordando que Thuy había insinuado que el mal humor tal vez indicase que había sucedido algo entre ellos.

Si era por eso por lo que antes Tatty había estado tan peleona, quizá su buen humor de ahora se debiese a que había recibido un mensaje y se había reconciliado con Tommy. Hoy en día el contacto entre los chavales era tan constante que su mundo entero podía cambiar en media hora sin que los adultos de la casa pudiesen seguirles la pista. En la época de Holly, discutir era mucho más difícil, y también reconciliarse. Para empezar, el teléfono tenía que sonar y había que responder para iniciar o zanjar una discusión.

—¿Le has felicitado la Navidad?

—No. Mi teléfono está sin batería. Lo dejé encendido al acostarme y no lo he cargado.

—¡Pobre Tommy! —exclamó Holly, intentando que sonase a broma—. ¿Alguna vez habéis pasado más de veinte minutos sin escribiros? Seguro que lleva todo el día queriendo hablar contigo. ¿Algo va mal?

Tatiana negó con la cabeza. Se la veía un tanto pagada de sí misma, como si estuviese jugando con Tommy, y Holly volvió a recordar la corazonada de Thuy de que quizá habían discutido. Habían discutido y ahora Tatty jugaba con él. «Hacerse la difícil», así es como se llamaba ese juego en concreto. Holly también lo había practicado mucho de adolescente.

—¿Así que no piensas cargar el móvil y escribir a Tommy?

—No. No creo.

El tono de Tatty no transmitía nada. Ni disgusto. Ni tristeza. Ni resentimiento. Estaba de espaldas y Holly no podía ver si reía o estaba

enfadada. Volvió a recordar que no habían comido en todo el día.

—Tendríamos que comer algo, ¿no te parece, Tatty? No hemos probado bocado. Pronto habrá pasado la hora de comer y ni siquiera...

—Ya no tengo hambre. Luego.

Se dirigió a su habitación, o al cuarto de baño, con paso firme y obstinado. Andaba como los guardias rusos del aeropuerto de Moscú, que iban de puerta en puerta sin prisa pero sin pausa, como si supieran exactamente qué tramabas y pudieran detenerte cuando quisieran. Holly sintió que volvía a enfadarse.

—Oye, Tatty —dijo a la espalda de su hija—, ve a buscar el aspirador portátil, ¿quieres? Para que pueda aspirar los cristales. Está en el sótano.

—Vale. —Tatty dio media vuelta de inmediato, como si se lo hubiese esperado—. ¿Dónde en el sótano?

—No lo sé. Enchufado al cargador, junto a la mesa de ping-pong, espero.

—¿Ping-pong?

—Sí.

Tatiana se rió con disimulo.

Se rió, estaba clarísimo. Como si supiera que el aspirador no estaba junto a la mesa de ping-pong.

—Si tú lo dices, mamá... ¿Cómo es?

Esta vez fue Holly la que rió —sobre todo por la nariz— de un modo desagradable.

—A ver... como un aspirador portátil. Es más... ¡igual que nuestro aspirador portátil!

Tatiana asintió con la cabeza, como si Holly no estuviese bromeando, y luego, en lugar de ir al sótano, dio media vuelta y se dirigió a su habitación. ¡La desobedecía a propósito! ¿Aquella muestra de buen humor había sido una broma desagradable? ¿Un truco para provocarla?

—¡Tatty! —gritó Holly a la espalda de su hija.

—¿Qué?

Tatiana se volvió mientras gruñía esa respuesta y se puso en jarras. Parecía que le rechinaban los dientes y tenía los ojos inmensos. Eran los ojos enormes de la pequeña Tatty (¡Tatty! ¡Sally!) de la primera Navidad y, al mirarlos, Holly pensó que quizá no había sido el rostro de Tatty lo que había cambiado, sino su personalidad. A lo mejor la primera vez que la había tenido en brazos aquellos ojos le parecieron tan grandes porque estaba asustada, o

esperanzada, o...

¿O qué?

¿Quién o qué había sido esa niñita que ya no era? Miró instintivamente la cara enfadada de su hija en el vestíbulo y luego el primer plano de los ojos en el teléfono, y de pronto pensó, conmocionada: «¡No son los mismos!»

Se parecían, sí, podía reconocer los unos en los otros... pero los ojos que Holly veía en la pantalla del móvil no eran los ojos de animal salvaje con que Tatty la estaba mirando. Eran distintos. Esa hija de hacía dos veranos, sonriente junto a su padre con la catarata al fondo, no era la que ahora la observaba.

Apartó la vista del teléfono y de Tatiana. No quería pensar en aquello ni caer en la provocación de Tatty. Aquél estaba siendo un día de sorpresas desagradables. Había días así en la vida de todos. Lo superarían juntas, y por la mañana, con Eric de vuelta y pasadas las fiestas, las aguas volverían a su cauce.

—Tatty, te he pedido que fueras al sótano a buscar el aspirador portátil — dijo lo más tranquila que pudo.

—¡Joder! —exclamó Tatiana.

Holly dio un respingo.

—¡Eso es lo que iba a hacer! —añadió, pronunciando la «b» como una «v» y la «c» como si fuera una «s».

«¡Eso es lo que *iva* a *haser*!»

—Vale, Tatty —dijo Holly suavemente, aunque las manos le sudaban y empezaban a temblarle.

Ahora no iba a regañarla. Ahora lo que tocaba era mostrar una conducta razonable, sin enfadarse ni castigarla. Ahora tocaba controlar la situación, no empeorarla.

—Lo siento. Si vas a buscar el aspirador, limpiaré el suelo, y luego me gustaría preparar algo para comer, porque estamos hambrientas e irritables. Después llamaremos a papá para ver qué pasa, y si nos dice que tardará en volver, ¿qué te parece si abrimos un par de regalos?

Tatiana, que seguía en jarras en el vestíbulo, se quedó mirando a su madre mientras procuraba controlar la respiración. ¿Reprimía una rabieta o temía sufrir un ataque de pánico? ¿No tenía Holly dieciséis años la primera vez que tuvo uno de esos ataques? ¿Una rabieta y un ataque de pánico no eran, en el fondo, lo mismo? Sólo que se tenían a edades distintas.

—Cariño... —empezó a decir.

Pero entonces Tatiana ya se había dado la vuelta (una vez más, sobre los tacones de esos zapatos espantosos) para abrir el armario de la ropa blanca como con una prisa desesperada por encontrar algo ahí y, al no encontrarlo, lo cerró de un portazo y se dirigió a la puerta del sótano, la abrió, encendió la luz y se cuadró, dispuesta, al parecer, a bajar la escalera como si no hubiese visto una en su vida. Se agarró a la barandilla, pero vaciló antes de avanzar.

—Tatty, mi amor, ten cuidado al bajar la escalera con esos zapatos, ¿de acuerdo? —añadió Holly.

Al principio, su hija no respondió, pero cuando estaba a media escalera Holly la oyó hablar. Aunque seguro que no la oyó bien, pues creía haberla oído decir: «No me trajisteis regalos.»

—¿Qué? —preguntó Holly, acercándose a la puerta del sótano.

Tatiana ya había llegado abajo y miraba con furia a su madre.

—¿Qué has dicho? —volvió a preguntar Holly.

Tatty cerró los puños, se golpeó las piernas y chilló, literalmente chilló:

—¡No me trajisteis ningún regalo de Navidad!

—¿Qué? ¡Tatty! ¿Te has vuelto loca, Tatiana? Tú misma elegiste tus regalos. ¡Sabes que tienes un montón debajo del árbol! ¡Este año nos habremos gastado dos mil dólares en regalos de Navidad para ti!

Esa Navidad Holly había comprado y envuelto tantos regalos para Tatiana que ya ni recordaba lo que eran. ¡Tatiana tendría todo lo que había pedido de una lista tan larga como su brazo! ¿Quién era esta mimada desconocida que la miraba desde el pie de la escalera, con la cara azulada bajo la luz del sótano? ¿Ningún regalo? Ropa y zapatos y aparatos electrónicos y libros y...

Apartó la vista de su hija y miró la sala de estar, el árbol de Navidad, las más de treinta cajas envueltas en papel ruso. Como todos los años, Holly se había desplazado hasta Hamtramck para comprar el papel ucraniano con que envolvía los regalos de Tatiana, siempre el mismo. (¡Holly había crecido sin tradiciones! ¡Su madre había muerto! ¡Su hija crecería con todas las tradiciones de las fiestas!) Ese año, por primera vez, no había encontrado el papel de color crema estampado con pulcras hileras de muñequitas rusas. (Todas las muñecas iban vestidas de forma distinta, pero tenían el cabello negro, como Tatty.) Ese año, le había dicho el dueño de la tienda, los fabricantes ucranianos habían apostado por el típico papel de envolver de los americanos (con Papá Noel, árboles, trompetas, etcétera), y eso era todo lo

que podía ofrecerle, el mismo que podía comprar en cualquier Wal-Mart. Holly volvió a casa y compró directamente a Moscú, por internet, un papel ridículamente caro y delicado. Un papel negro brillante con escenas sacadas de cajas lacadas rusas. Zares, caballeros, minaretes y princesas. Holly se había gastado doscientos dólares en aquel papel y ahora había treinta paquetes o más debajo del árbol envueltos con él, ¡y Tatty la acusaba de no haberle traído ningún regalo!

Iba a decir algo, quizá algo de lo que fuera a arrepentirse sobre el egoísmo de los chavales estadounidenses y los excesos de las Navidades americanas, o incluso algo aún más horrible, sobre el orfanato Pokrovka n.º 2 y los niños que seguían allí en lugar de estar aquí... pero antes de poder articular palabra vio que Tatty había desaparecido, como si se la acabara de tragar una trampa. Si Holly quería decir algo terrible, tendría que gritarlo. Se limitó a suspirar, pero ya no se compadecía de su hija. Ahora estaba furiosa y tenía la tensión... bueno, por suerte no había antecedentes de cardiopatías en su familia. Consiguió regresar a la sala de estar, donde el resplandor que entraba por el ventanal hacía que las luces del árbol brillasen más inútilmente si cabía, como si su pretensión de «luz» fuese objeto de burla. «Claro, en plena oscuridad un puñado de puntitos eléctricos quizá parezcan luminosos, pero la luz de verdad es esto», decía la furiosa tormenta de nieve que seguía cayendo en el exterior.

Y sí, daba la impresión de que a esas bombillas no les quedaba luz, como si las hubiesen vaciado. Desangrado. Drenado. Holly las estuvo mirando un minuto entero antes de darse cuenta de que, en realidad, ya no brillaban. Se acercó al árbol y vio que estaban desenchufadas. Se agachó para enchufarlas de nuevo, preguntándose si Tatiana las habría desenchufado en otro acto adolescente pasivo-agresivo. ¿Su hija quería transmitirle que la Navidad había acabado, que se había fastidiado, o que no tenía sentido o...?

—¿Es esto lo que querías? —preguntó Tatiana.

Holly se volvió. Su hija estaba en la sala de estar con el aspirador portátil.

—Sí, gracias.

—De nada.

Esperó que Tatty diese media vuelta y se fuese a su habitación, pero no lo hizo. Tatiana se quedó cerca de Holly, sonriendo con lo que parecía, alentadoramente, algo de afecto —o de simpatía, al menos—, y luego preguntó:

—¿Cómo has roto todo ese cristal, mamá?

Invasada de nuevo por el desánimo, Holly escrutó a su hija y comprendió que en aquella sonrisa no había ni pizca de simpatía, sino engreída superioridad. Intentó controlar el enfado para que no se le notara en la voz.

—Eres muy graciosa, Tatiana. Graciosísima. Y ahora ¿puedes apartarte, por favor?

Tatiana volvió a encogerse de hombros. ¿A qué venía tanto encogerse de hombros? ¿Era una nueva afectación de quinceañera? ¿Una actriz adolescente hacía ese gesto en una película y todas las chicas la imitaban? Tatty se volvió y se dirigió despacio a su cuarto. Se fue paseando, más bien. Esos ridículos zapatos con esos duros taconitos iban a rayar el suelo, pensó Holly, y... por favor, ¿cuándo se había puesto de nuevo ese vestido negro? ¿No había bajado al sótano con el de terciopelo rojo de Gin? ¿Cómo podía llevar un vestido distinto al subir? ¿Y qué sentido tenía cambiarse de ropa cuatro veces para una fiesta que no iba a celebrarse?

Antes de que Tatty se encerrase en su dormitorio (de un portazo, para ser más exactos), Holly gritó:

—¡Cuando haya limpiado esto vamos a comer! ¡Las dos estamos de un humor de perros!

El portazo llegó justo después de la palabra «dos».

Holly se quedó inmóvil unos instantes mientras intentaba tragar saliva y contener las lágrimas de frustración y rabia que amenazaban con inundarle los ojos. Luego se puso manos a la obra y examinó las esquirlas de cristal del suelo. Comprobó si la batería del aspirador estaba cargada y, milagrosa y afortunadamente, lo estaba. Se agachó.

No iba a ser fácil aspirar todo ese cristal. De hecho, estaba segura de que nunca lo conseguiría. Se pasaría años encontrando esquirlas entre los tablones. Las encontraría en los rincones más alejados de la casa, donde menos lo esperase, mucho después de que ese accidente estuviese más que olvidado. Un ama de casa mejor tendría una escoba de mano y un recogedor para barrer primero los pedazos más grandes. Pero ella no. Había una escoba, sí, en algún lado. ¿En el garaje? No lo sabía porque nunca la usaba. Era más rápido y fácil, aunque quizá no tan eficaz, aspirar el suelo de madera con el aspirador normal. Si se acumulaban cosas en los rincones de difícil acceso

usaba el portátil, siempre y cuando estuviera cargado. La escoba, carente de motor y primitiva, nunca parecía adaptarse a las tareas que Holly quería realizar. Además, ahora asociaba la escoba con Concordia.

Concordia, con su cabello negro, parecía mucho más la madre de Tatiana que la propia Holly. ¿Por eso Tatty la quería tanto? La primera vez que la asistenta fue allí a limpiar después de que volvieran con Tatty de Rusia, Tatiana soltó una exclamación al verla entrar con su bolsa de plástico llena de esponjas y aerosoles. Luego corrió hacia ella a la velocidad de la luz y se abrazó a sus piernas. Cuando Concordia se agachó para cogerla en brazos, riendo y hablándole en un español infantil, Tatiana se le agarró al cuello riendo con una alegría que Holly nunca le había oído. A partir de entonces los sábados fueron el día de Concordia: Tatty se sentaba cerca de la puerta como un cachorro fiel que espera a su dueño y luego las dos se pasaban el día jugando a limpiar.

—Parece que le pagamos para que haga de canguro en lugar de mujer de la limpieza —había dicho Eric (sin ánimo de criticar, porque él también quería a Concordia), mientras la asistenta perseguía a Tatiana con una escoba, cantando una canción de cuna en español.

Y luego, el accidente. El pleito. Tenían un abogado caro que lo había eludido con facilidad, pero no habían vuelto a ver a Concordia nunca más. Si se había dejado esa escoba, Holly no tenía ni idea de dónde estaría y sólo de pensarlo le entraban ganas de sentarse entre los pedazos diminutos de cristal y echarse a llorar, por ella, por Concordia (cuyo tobillo por lo visto nunca sanaría del todo por el tipo de fractura sufrida) y, por supuesto, por Tatty.

Holly decidió recoger primero los fragmentos más grandes con las manos y, cómo no, enseguida se cortó el índice. Una gota de sangre de un rojo sorprendente le resbaló hasta la palma antes de que pudiera meterse el dedo en la boca. No le dolía y, de no ser por la sangre (era increíble lo roja que se veía a la luz del ventanal), parecería la más superficial de las heridas. El pinchazo de una aguja habría sido peor. Holly ni se inmutó y siguió recogiendo los trozos más grandes. Tiró unos cuantos, manchados con algo de sangre, al cubo de la basura de debajo del fregadero.

El pie de la copa se había partido en dos mitades casi iguales. Las recogió y las dejó en la mesa del comedor. Luego se agachó con el aspirador portátil y aspiró todas las esquirlas y el polvillo de cristal que alcanzaba a ver. Sin embargo, al terminar no tuvo la sensación de que esos cristales y ese polvillo

hubieran compuesto una copa entera antes de romperse, de modo que se puso a gatas y tanteó el suelo. Un poco de sangre del corte manchó los tablones y, en efecto, unas esquirlas de cristal diminutas se le pegaron a las palmas, sobre todo a la que tenía ensangrentada. Al final se puso en cuclillas y pasó el aspirador por toda la zona antes de levantarse para limpiarse las manos.

No podía hacer más.

Otra vez aquella idea: un ama de casa mejor haría... ¿qué?

Bueno, quizá un ama de casa mejor conocería algún método para terminar la tarea, algún modo de asegurarse de que no quedaran cristales en el suelo. ¿Un paño de microfibra húmedo? ¿Celo? Era el típico truco que su hermana Janet habría sabido. Pero Janet llevaba mucho tiempo muerta. Ahora Janet estaba tan destrozada y dispersa como esa copa de su madre.

«No. Por Dios, no pienses en Janet, y hoy menos que nunca...»

Dejar de pensar en personas y acontecimientos le había resultado más fácil de lo que creía. Antes de las pocas sesiones de terapia que había hecho con Annette Sanders, Holly creía que la mente tenía voluntad propia, pero Annette Sanders le había enseñado lo contrario. Le recomendó que llevase una goma en la muñeca y que siempre que recordase la agonía de Janet o el suicidio de Melissa le diese un tirón y pensara en otra cosa.

Aunque fuera increíble, había funcionado. Todos esos otros terapeutas que habían intentado ayudarla con su desesperación y el origen inconsciente de todas sus angustias, arrastrándolas hacia la superficie y observándolas a plena luz... ¡Ja! ¡Menuda pérdida de tiempo! Holly sólo tenía que aprender a reprimir sus sentimientos, algo que los seres humanos hacían a la perfección desde la noche de los tiempos; la mejor prueba de ello era que conseguían salir de la cama, comer y procrear pese al inescrutable horror de la muerte, que aguardaba ineludiblemente a la vuelta de la esquina. Aunque nadie podía estar seguro de sobrevivir al día presente, la gente hacía crucigramas y cavaba zanjas y usaba hilo dental. Y, a diferencia de millones de estadounidenses que necesitaban pastillas para hacer todo eso sin sentir pánico o desesperación, ¡a ella le bastaba con una simple goma!

Claro que no había vuelto a escribir poemas desde que Annette Sanders le había curado...

¿El qué?

¿La tristeza? ¿El miedo? ¿La condición humana?

En cualquier caso valía la pena, ¿verdad? Rilke no lo habría creído así («si

mis demonios me abandonan, temo que mis ángeles también se marchen», citaba uno de sus tutores del curso de posgrado cada pocas semanas para prevenir a los estudiantes de poesía —¿en exceso?— contra la psicoterapia y los antidepresivos que era obvio que algunos de ellos necesitaban). Pero estaba convencida de que la cura nada tenía que ver con su bloqueo creativo. Su bloqueo creativo se debía a que estaba ocupadísima y abrumada con su vida desde que Tatty y Eric formaban parte de ella.

¡La vida de casada! ¡La vida familiar! ¡La maternidad! ¡La vida laboral! Su bloqueo creativo se debía a todas las horas que pasaba al volante para ir a la oficina y escribir diez millones de informes al día y luego comprar comida, volver a casa, cuidar de Tatty y Eric, acostarse y despertar para volver a hacer lo mismo al día siguiente. ¿De dónde habría sacado tiempo para escribir, tuviese o no un bloqueo creativo?

En realidad, quizá el bloqueo creativo fuera una bendición, ya que en su vida no habría cabido una actividad más sin que estallara en mil pedazos. Y a Holly le daba lo mismo que algunos poetas hubiesen escrito, y quizá todavía escribieran, tras los muros de una cárcel (como a veces le gritaba Eric si ella se quejaba demasiado de su falta de tiempo para escribir). No le importaba que algunos poetas fuesen médicos, como William Carlos Williams, o ejecutivos de una aseguradora, como Wallace Stevens, y absurdamente prolíficos. Sí, desde tiempos inmemoriales se habían encontrado versos recién escritos en los bolsillos de soldados caídos en todas las guerras, y Miklós Radnóti escribió sus últimos poemas en un batallón de trabajos forzados, pese a tener que soportar como castigo las palizas de los guardias nazis. Cuando exhumaron sus restos de la fosa común donde lo habían enterrado, su viuda encontró en el bolsillo trasero un libro de poemas escritos a lápiz en un cuadernito de ejercicios serbio. Las páginas estaban empapadas de la sangre y los fluidos corporales de Radnóti y su viuda tuvo que secarlas al sol.

Muchos eran fragmentos de poemas de amor dirigidos a su esposa; durante el curso de posgrado, Holly había memorizado las traducciones de casi todos, aunque ahora los únicos versos que recordaba eran: «En algún lugar de mi interior, querida, moras siempre, quieta, inmóvil, muda como un ángel silenciado por la muerte o un escarabajo alojado en el corazón de un árbol podrido...»

Pensar en esos poetas no ayudaba a su bloqueo creativo, ni tampoco que

Eric le recordase lo que ella le había contado sobre esos poetas. Él no pretendía ser cruel, pero tampoco entendía lo que ella necesitaba para ser poetisa. Una poetisa de verdad. La poetisa que había querido ser cuando estudiaba el máster. Una poetisa estadounidense del mundo, como Carolyn Forché, o una poetisa del interior más profundo, como Louise Glück, o una poetisa del amor y el desamor, como Marie Howe, o un poeta del humor y la ironía, como Tony Hoagland (cuyo poema «*Hard Rain*» había inspirado la elección de su tono de llamada). Ésos eran los poetas que ella había querido ser.

Ahora que Tatty había vuelto a su habitación, seguro que Eric le diría: «¡Ve a escribir un poema! ¿Qué te lo impide?»

Eric no tenía ni idea. No tenía ni idea de cuánto quería Holly hacer eso. Pero no podía sentarse y escribir un poema sin más. El poema tenía que acudir a ella. No al revés. Y no le había venido ninguno desde hacía una década y media.

Vale. No era poetisa. Ahora podía admitirlo. Si lo fuese, los poemas habrían acudido a ella. No era poetisa como los poetas a los que admiraba o como sus compañeros de máster. Holly sabía que incluso los compañeros de clase que nunca habían publicado una palabra (la mayoría) seguían escribiendo, seguían garabateando en sus estudios, allá donde estuviesen. Sabía que habían conseguido crear poemas mientras compraban en el centro comercial, mientras desempeñaban empleos mecánicos como el suyo. Que incluso lograban escribir a la hora del almuerzo o en el coche, mientras esperaban a que acabase la clase de ballet de sus hijas. Ni siquiera el rechazo los desanimaba. Si no podían publicar en revistas, publicaban en páginas web creadas por ellos mismos. Holly había visto esos poemas en esas páginas web y —no podía evitarlo— había sentido desprecio por la autopromoción, por el compromiso de esos poetas con un arte que los había abandonado. Ella odiaba —¿verdad?— que siguiesen escribiendo y escribiendo y escribiendo.

Pues, bueno, ése nunca sería su camino.

Para Holly siempre había sido un camino inútil. Ella era un campo baldío. Se había permitido creer que en él podría crecer algo, en el momento adecuado, con el bolígrafo adecuado y en la mesa adecuada, pero nunca había contado con esas cosas, porque esas cosas se lograban excavando con una herramienta que habría tenido que inventarse ella misma. Imposible. «¡Siéntate y escribe!», diría su marido, pero Eric nunca había entendido esa

frustración, su frustración: estaba convencida de que había un poema secreto en el centro de su cerebro, que había nacido con él y que nunca, nunca en la vida, sería capaz de exhumarlo, de modo que el «siéntate y escribe» era una tortura. Era sentarse con un collar al cuello que le apretaba más y más cuanto más tiempo permanecía sentada.

El collar se lo habían puesto cuando, a los veinticinco años, el centro oncológico Champion le comunicó que (por supuesto) tenía la mutación genética por la que le habían hecho pruebas. Entonces Holly sintió que le pasaban el collar por la cabeza y se lo ceñían al cuello. La encantadora oncóloga pelirroja la había tomado de la mano y le había dicho: «Holly, creo de verdad que si quieres llegar a los cincuenta años, o siquiera a los treinta o treinta y cinco, tenemos que extirparte los pechos y los ovarios.»

Le dijeron que se tomase al menos seis meses para pensarlo. Seis meses para pensar si quería morir como habían muerto su madre y su hermana. Como si hicieran falta seis meses para elegir entre ese destino o vivir y llegar a los cincuenta años o a los treinta.

Y, sin embargo, se había tomado esos seis meses. Fueron los seis meses más largos de su vida. Fueron toda una vida, esos meses. Durante medio año estuvo en lo alto de una torre, observando el terreno a lo largo de miles de kilómetros en todas direcciones. Era un terreno llano y familiar. Había huertos llenos de coles y el tiempo nunca cambiaba. Siempre la misma llovizna tibia, día y noche. Ahí, desde la torre, veía las tumbas de su madre y sus hermanas, veía los hijos que nunca iba a parir jugando en un parque infantil oxidado y peligroso. Pero también se veía a sí misma: envejeciendo, sin enfermedad, sin transmitir la mutación; salvo por el collar, su vida seguiría tal como había sido hasta entonces.

A esa otra mujer de cincuenta años que nunca habría llegado a ser... Holly la adelantaría en la carretera. Esa mujer conduciría un coche pequeño y horrendo, y Holly la dejaría atrás hasta que ya no la viera ni por el retrovisor.

Incluso había dejado de leer poesía, con la única excepción de las alegres canciones de cuna que recitaba a Tatty.

Entonces recordó la urgencia con que se había levantado.

Algo los había seguido a casa desde Rusia.

Tal como sabía que sucedería, esa frase ya no significaba nada para ella.

Lo que ahora tenía que hacer era ponerse manos a la obra. Meter el asado en la nevera para que no se echase a perder y pudieran comérselo al día siguiente, después de la tormenta. Y debía llamar a Eric. Y también quería hablar con Thuy, aunque se imaginaba a su amiga acurrucada en el sofá, con Patty entre ella y Pearl, viendo una película en la tele. *¿Qué bello es vivir? ¿De ilusión también se vive?*

Pearl y Thuy eran de esas madres que parecían decididas a llenar todas las horas de la vida de su hija de placeres y acontecimientos memorables relacionados con cada estación. En otoño llevaban a Patty a ver campos de árboles frutales y molinos de sidra y a montar en carros de heno. En primavera paseaban por el bosque para dibujar las flores silvestres que encontraban (¡y no arrancaban!). En verano, la playa, desde luego, y la Navidad empezaba a finales de noviembre con *El Cascanueces* (en Chicago), funciones de patinaje sobre hielo (en Detroit) y decoraban la casa con guirnaldas de palomitas y arándanos. Holly se las imaginó juntas en el sofá, aisladas por la nieve y encantadas de la vida, y pensó cuánto le habría gustado poder dar a Tatiana ese ejemplo de maternidad cuando era niña.

Porque Tatiana ya no era una niña, ¿verdad?

Ésa era una idea espantosa. ¡La infancia de Tatiana había acabado! Holly fue hasta la isla de la cocina y se apoyó en la encimera fría y sepulcral. Era azul oscuro, casi negra, pero en la piedra pulida había diminutas motas plateadas. Deseó tener más energía. Deseó sentirse lo bastante fuerte para llamar a Tatty una vez más y decirle que saliera de su habitación, que se quitara esos zapatos negros horribles y ese vestido y se pusiera la camiseta blanca de tirantes y las mallas, se calzara las zapatillas peludas y cogiese una manta. Holly prepararía chocolate caliente, palomitas. Si no daban ninguna película antigua buena en la tele podían sentarse a contemplar la nevada del otro lado del ventanal. Holly abrazaría los frágiles hombros azulados de su hija.

Pero no podía hacerlo. No podría soportarlo. La idea de acercarse a esa puerta y volver a llamar, de entrar en el cuarto de Tatty... Quizá ni eso. Quizá ni podría llamar a la puerta. Si la puerta estaba cerrada, si Tatiana la había cerrado por dentro con la aldabilla que la misma Holly le había instalado, ¿a qué tendría que enfrentarse entonces? ¿Y si la puerta no estaba cerrada? Peor aún. Holly tampoco podría soportar algo así, entrar en esa habitación y encontrarse de nuevo con que su fría hija seguía dándole la espalda.

Quizá más tarde; ahora, no.
Lo que hizo fue mirar por el ventanal.
«Hay que tener un ánimo de invierno.»
Wallace Stevens.

Wallace Stevens era el ejecutivo de una aseguradora y el poeta cuyo nombre Eric intentaba recordar cuando culpaba a Holly de su bloqueo creativo, para hacerle ver que sus causas no eran la maternidad ni su empleo en el mundo empresarial de Estados Unidos («Fíjate en ese poeta, ya sabes, el tipo de la aseguradora...»). Que su problema era, en realidad...

Sí, Eric tenía millones de explicaciones acusatorias para el bloqueo creativo que Holly sufría desde hacía años.

Al otro lado de la ventana se alzaba ahora un muro de nieve muy alto. Los copos que lo formaban ya no tenían esa famosa individualidad que siempre se les atribuye. Se habían unido solidariamente. Rechazaban todo derecho de distinción personal. Era posible que cada uno fuera distinto de los demás, pero se parecían demasiado para que se los diferenciase. No se los podría haber clasificado ni identificado. Juntos formaban una puerta, y se cerraban. Un momento...

No.

Eso no era del todo cierto.

No había ninguna puerta, sólo la ilusión de una puerta.

Lo que esos copos formaban era ¡una ventana! Una ventana detrás de la ventana, a la que Holly se acercó. Apoyó la frente en el cristal, ahuecó las manos alrededor de la cara y comprobó que si entornaba los ojos podía distinguir la cerca que separaba su jardín del de Randa, incluso alcanzaba a ver el niño de nieve en que se había convertido el bebedero para pájaros y las bolsas de tela que en otoño había anudado a los rosales alineados en la cerca.

Las bolsas eran de un gris muy claro, como los copos que caían, y ahora estaban nevadas, de modo que Holly apenas vislumbraba su contorno recortado en la cerca de cedro. Desde aquí, velados por la tormenta, esos sacos que protegían sus rosas parecían cabezas, siete cabezas puestas en fila frente a la cerca de Randa. Cráneos llenos de rosas, mentes de rosas, escondidas para estar calentitas y aletargadas, para que los rosales de Holly tuviesen alguna oportunidad de sobrevivir al invierno de Michigan.

Hay que tener un ánimo de rosas.

Costaba creer que ahí fuera, tapadas por esas bolsas y aletargadas (¿qué

significaba eso, algo entre dormido y muerto?), estaban su Teasing Georgia, su Mardi Gras, su Cherry Parfait, su Falstaff, su Purple Passion y su Black Magic... a la que llamaba su «Tatiana». La misma Holly les había puesto esos sacos en octubre.

Varios años antes, cuando todavía se hablaba con su vecina, Randa le había preguntado (con educación, eso sí) con qué rociaba las rosas. Randa le había dicho que le chiflaban, que le encantaba verlas florecer en la cerca que compartían, que le encantaba mirar esa cerca y contemplarlas en toda su gloria y perfección. Pero se preguntaba si el producto con que las rociaba podía envenenar a su caniche, o a las gallinas de Holly, o a los pájaros que acudían a sus comederos. O a lo que fuese. ¿A su hijito, a Tatiana? Las preguntas de Randa se volvían más absurdas cuanto más tiempo se le daba para plantearlas. ¿Era un pesticida? ¿Era carcinógeno? ¿Había alternativas orgánicas?

Holly había mentido, así de fácil. La verdad era que rociaba las rosas con diazinón, malatión y algo más, algo llamado Eliminator. Y no, no era posible cultivar rosas como aquéllas sin veneno. No había venenos orgánicos, o más bien debía decirse que todos los venenos eran orgánicos (orgánico: «de, vinculado a o derivado de materia viva»; «de, vinculado a o que afecta a un órgano corporal»). La misma tierra era el veneno definitivo, y en cuanto al sol... todos estaban muriendo lentamente por la radiactividad que emitía el sol. No se molestó en discutir con Randa.

—Sí. Es orgánico —se limitó a decir.

—Uf, ¡gracias por no ofenderte con mis preguntas!

Pero Holly se había ofendido.

La había ofendido la ignorancia de Randa y después su credulidad. La había ofendido que alguien fuese tan ingenuo para creer que rosas como aquéllas podían desembarazarse de los pulgones, los hongos y las manchas negras sin la ayuda de los humanos y los productos tóxicos que éstos elaboraban en sus fábricas. La ofendía que Randa fuera tan inocente para creer que Holly tenía otras alternativas (que no fueran la de dejar de cultivar rosas) aparte de fumigarlas con algo potencialmente letal. Rosas como aquéllas bien valían el riesgo, ¿no? Se sintió un poco culpable, sí, sobre todo por *Rufus*, el caniche, que casi siempre andaba olfateando la cerca que separaba su jardín del de Randa, justo donde crecían las flores. Pero al cabo de todos esos años, *Rufus* seguía con vida, y Holly se sentía mucho menos

culpable desde que Randa se había encarado con ella por la gata.

Ah, *Trixie*.

Allí, junto a las rosas, bajo la nieve, al lado de la cerca, había un pequeño túmulo en honor a *Trixie*. Tatiana lo había adornado con un cupido de cerámica que habían comprado en Target.

Como Eric estaba en California de viaje de negocios, Holly tuvo que cavar la tumba sola. Entonces también era invierno y el suelo estaba tan duro que apenas podía hincar la pala, por lo que había resultado ser una tumba poco profunda. Una tumba vergonzosamente poco profunda.

Tendría que haber sabido que algún animal podía desenterrar el cuerpo. Pero ese día hacía tanto frío que dio por supuesto que el cadáver de *Trixie*, metido en una caja de cartón, ya estaría congelado por la noche. Ningún animal podría oler algo tan helado, y para cuando el cadáver se descongelase...

Bueno, ¿y qué sabía ella de cadáveres? Hasta que la nieve se derritió en marzo y Holly salió a comprobar el estado de sus rosas bajo sus capuchas de verdugo, no advirtió que la tumba estaba revuelta, la caja de cartón abierta y la gata desaparecida. Por suerte lo descubrió un sábado por la mañana que Tatty y Eric todavía dormían. Holly fue corriendo al garaje, compuso un falso túmulo y volvió a colocar en su sitio el cupido de cerámica, cuya cara regordeta yacía de bruces en la tierra, junto a la tumba vacía.

Holly se apartó del ventanal.

Entonces se acordó del guiso, que se enfriaba en el horno apagado.

Cinco kilos y medio a 12,99 dólares el kilo. No podía dejar que se echara a perder. Lo envolvería, decidió, y lo metería en la nevera. Si después Tatty accedía a comer un poco con ella, cortaría unas rodajas, las pondría en una bandeja y acabaría de asarlas en el horno o, si tenían prisa, en el microondas.

Pero al volverse hacia la cocina vio que Tatty ya estaba allí. Había sacado el asado del horno, lo había dejado en la encimera y estaba inclinada sobre la carne con un cuchillo y un tenedor... ¡masticando!

—¡Por favor, Tatty! —exclamó Holly—. Llevo todo el día preguntándote si quieres comer y no me has hecho ni caso. ¡Deja que lo cocine antes de comértelo!

Tatty no levantó la vista y, al parecer, tenía la boca demasiado llena para hablar. Siguió masticando y masticando sin prestarle atención... y antes de tragarse aquel trozo de carne sanguinolenta empezó a cortar otro pedazo y se lo embutió también en la boca. Al verlo, Holly pasó del enojo a la alarma.

—¡Tatty! ¡Por favor! ¡Te vas a atragantar! ¡Para ya!

Se le acercó por la espalda y le arrebató el cuchillo de trinchar. Aunque no esperaba que Tatty intentase recuperarlo, lo mantuvo en alto y alejado de su hija. Holly sabía que estaba muy afilado. Tan sólo unos días antes había cometido la imprudencia de dejarlo con la punta hacia arriba en el escurridero, y al ir a coger una cuchara para tomarse los cereales se había hecho un corte —rápido pero profundo— en el centro de la palma.

Los ojos de Tatiana volvían a ser inmensos. Nunca habían sido tan grandes, la verdad. ¡El doble de lo que solían ser! ¿Sería un síntoma de algo? ¿Algún déficit de vitaminas? ¿Eran los ojos de una maniaca? ¿Mostraba Tatty los síntomas de algún trastorno mental que todavía no se había reconocido? La enfermedad mental era algo que le habían mencionado varios colegas del trabajo (no necesariamente bienintencionados, en opinión de Holly) cuando empezó a interesarse por adoptar a un niño en el extranjero.

¿Y la salud mental de la criatura? ¿Y sus genes? ¿No era probable que los padres de ese niño fueran alcohólicos? ¿Delincuentes? ¿Esquizofrénicos? Y si ya tenía dos años, ¿quién sabía los abusos que habría sufrido en la institución y cómo influirían en su desarrollo psicológico?

Furiosa por ese tipo de preguntas y razonamientos, a la segunda o tercera insinuación había dicho:

—Bueno, supongo que si mis genes fuesen perfectos, como los vuestros, estaría más preocupada. Pero como están llenos de mutaciones genéticas letales, siento más compasión por estas cosas. A menos que estéis insinuando que las personas con genes malos no deberían ser padres o no deberían tener hijos...

Con aquella diatriba, había motivado un par de disculpas avergonzadas. Y debió de correr la voz por la oficina, porque nadie volvió a sacar el tema.

Pero Holly no habría sido humana si aquello la hubiese traído sin cuidado.

Claro, algo había ido espantosamente mal en la ascendencia de Tatiana. ¿Cómo, si no, un bebé precioso y sano de cabello negro había acabado en ese orfanato, famoso en toda Rusia —en todo el mundo— por su interior lúgubre, su ausencia de calefacción central, sus exiguas raciones de comida y su

escaso personal (tan escaso que muchos niños cuya primera infancia había transcurrido en las instituciones Pokrovka se identificaban con facilidad por las calvas en la parte posterior de la cabeza, consecuencia del tiempo que habían pasado boca arriba en la cuna, sin que nadie los cogiera en brazos)?

Nadie en Siberia pudo (¿o quiso?) contarles nada de los padres biológicos de Tatiana, salvo que la niña había nacido «en el este», lo que quizá implicase que era de ascendencia romaní o mongol; en otras palabras: «gitana» o «asiática». Claro que a Eric y Holly eso no les importaba. Lo único que les preocupaba en aquel momento (después de ver por primera vez los ojos inmensos y oscuros de Tatty/Sally, después de enamorarse perdidamente de ella) era si había algo en sus genes que debieran saber para ayudarla, no para rechazarla.

Sin embargo, no podía culpar a la directora ni al personal del orfanato Pokrovka n.º 2 por no creérselo; habían visto a cientos de parejas norteamericanas cruzar sus puertas, manifestar amor por un niño, descubrir que la madre biológica era drogadicta, o prostituta, o víctima de un incesto, o de algún modo genéticamente inferior a ellos, y marcharse del orfanato en busca de otro niño del que enamorarse perdidamente. Sin duda, era por el bien de los niños por lo que el personal no divulgaba demasiada información.

No fue hasta el último momento de su último viaje a Siberia, cuando la adopción había finalizado y Tatty esperaba firme y decidida a su lado (no permitía que la cogieran en brazos) con un vestidito blanco y un abrigo que Holly le había llevado de Estados Unidos (además de los zapatitos blancos de piel), cuando el primer tramo de su viaje de vuelta (en tren a San Petersburgo) estaba a punto de empezar, que alguien quiso escuchar sus preguntas sobre los orígenes de Tatiana e incluso responderlas.

—¿Cree que su madre la abandonó o que murió? —preguntó Holly a Anya, la cuidadora que, era evidente, más quería a Tatiana y que, por casualidad, era también la que mejor hablaba inglés.

Los ojos azules de Anya miraron al techo con rapidez.

—Para este mundo, su madre está muerta.

Aquello no aclaró nada, por supuesto. «Muerta para este mundo» no significaba necesariamente «muerta». Era obvio que todos los niños del orfanato Pokrovka n.º 2 habían nacido en la pobreza o eran el producto de relaciones ilícitas o habían nacido de madres muy jóvenes, madres que a su vez eran también niñas.

Esos padres estaban muertos para el mundo, estuvieran muertos o no.

También había algunos huérfanos (una gran sala llena, había descubierto Holly a escondidas) tan enfermos o discapacitados que incluso podría haberlos abandonado una familia funcional. Esos niños estaban detrás de una puerta vedada a las visitas, una puerta que Holly había abierto y cruzado (¿cómo iba a resistirse?) cuando el escaso personal del orfanato estaba ocupado en otras cosas.

En la puerta de esa sala había un cartel impreso en ruso y luego, traducido debajo, con bolígrafo rojo, en un inglés descuidado pero enfático, ponía: «ESTO SÓLO ABRE EL PERSONAL.»

De no haber sido por el cartel, Holly ni habría reparado en esa puerta.

Fue durante su primer viaje a Siberia, era Navidad, y aún parecía importante saberlo todo del orfanato en el que adoptaban a su hija y desconfiar de aquel sitio; fue antes de que Holly llegara a la conclusión de que aceptar a ciegas lo que les dieran o dijeran los sacaría de Siberia y los devolvería a Estados Unidos con su nueva hija de una forma más rápida, feliz y tranquila.

Fue un 26 de diciembre, su segundo día en Siberia, y en aquel momento no había nadie cerca para impedirle que abriera la puerta. Eric estaba junto a la cuna de Tatty, que dormía en sus brazos, y las dos cuidadoras de guardia iban de aquí para allá con montones de sábanas (todas grises o amarillentas y tan arrugadas que resultaba imposible saber si estaban limpias o sucias) y unas bolsas negras de basura de donde sacaban o en las que metían dichas sábanas. Nadie reparó en que Holly estaba junto a la puerta.

Agarró el picaporte y abrió, sorprendida de que no estuviera cerrada con llave ni sonara ninguna alarma (si la pillaban, pensaba decir que se había confundido buscando el baño). Cruzó el umbral deprisa y luego cerró la puerta con cuidado para que nadie la oyese.

Supo de inmediato que había cometido un error, que no debería estar allí, que tendría que haber obedecido la orden del cartel. Tendría que habérselo ahorrado, por su propio bien. Por supuesto. Pero eso ya lo sabía, ¿verdad? Si no lo había entendido hasta entonces, ahora lo iba a comprender a la perfección.

No todos los secretos deben revelarse. No todos los misterios deben

resolverse.

Aunque la sala, observada en una fotografía, no habría parecido muy diferente del espacio lleno de cunas donde estaba Tatty —la misma luz institucional, las mismas cortinas estampadas con rayas descoloridas—, al entrar comprendió que era un sitio del todo distinto. No tan sólo por el olor (a vómito, heces, sábanas empapadas de orina), el silencio absoluto o la quietud, sino también por la sensación de que al cruzar ese umbral había traspasado la barrera entre el mundo de los vivos y el que se descomponía justo debajo.

Holly cerró los ojos, retrocedió, agarró de nuevo el picaporte e intentó no ver lo que había visto fugazmente y asegurarse de que no veía nada más, pero no podía abrir la puerta sin abrir de nuevo los ojos, y al hacerlo miró la sala sin querer. Por suerte, sus diez millones de espantosos detalles se le aparecieron borrosos, salvo uno: un niño con la muñeca atada a un listón de su cuna, la cabeza el doble de grande que el torso, los ojos abiertos, impasibles.

A continuación, ya estaba al otro lado de la puerta, y al cerrarla decidió, con el rápido tirón mental de una goma en la muñeca, no abrirla nunca más, y además no volver a pensar en ella.

Oyó a Annette Sanders con tanta claridad como si estuviera a su lado en el orfanato Pokrovka n.º 2: «Reconocer los horrores de este mundo y olvidarlos no es represión. Es libertad.»

—¿Hay algo más? —le había preguntado Eric a Anya ese día de primavera en Siberia, antes de dirigirse a la puerta del orfanato Pokrovka n.º 2 para regresar a casa con su preciosa hija—. Tenemos que saberlo para estar al corriente de lo que la niña pueda necesitar. En el futuro. ¿Os consta que hubiera alguna enfermedad... en su historial familiar?

Tanto Eric como Holly vieron que una de las cuidadoras fulminaba a Anya con la mirada cuando ella respondió en su inglés críptico y singularmente poético:

—La hermana, sí, nació para morir. Misma enferma que la madre.

Anya se había llevado el puño al corazón y le había propinado un golpe rápido y suave, como para reanimarlo o mostrar a Eric y Holly la localización y las funciones del órgano.

Holly decidió que en la traducción se había perdido algo. No quería hacer

más preguntas. Y cuando Eric empezó a pedir aclaraciones, Holly dificultó a propósito la conversación formulando una que era probable que Anya no pudiera responder ni comprender:

—Entonces ¿crees que puede sufrir una enfermedad mitocondrial genética?

En ese momento, los ojos azules de Anya ya eran muy conscientes de la mirada fulminante de la otra cuidadora, pero no importaba. Holly no lo había preguntado porque quisiera una respuesta. Poco después se despidieron y el adiós no fue tan dramático como había esperado.

Esas mujeres que habían cuidado de Tatiana durante sus primeros veintidós meses de vida se despidieron de ella con sólo unos gestos secos y unos golpecitos en la cabeza. Luego Eric y Holly se marcharon flanqueando a la pequeña Tatty, que salió andando con paso firme y decidido al sol siberiano, como enfrentándose a su destino.

Y mientras abandonaban el orfanato para adentrarse en la primavera siberiana (menudo contraste con el paisaje invernal de tres meses atrás), Holly dio otro tirón mental a la goma.

No permitiría que Anya fuese la maléfica hada madrina que se colaba en el bautizo por la puerta de atrás. Nadie tenía ni la menor idea de los problemas que habían asolado a los parientes y ancestros de la pequeña Tatty, ni la tendría. Como en el caso de sus propios antepasados, muy probablemente habría una lista de horrores, pero ahora la pequeña olía a verbena, cada uno de sus deditos era perfecto, tenía las mejillas sonrosadas... ¡y el cabello tan largo! ¿Qué niña de veintidós meses tenía el cabello tan largo...? Y aunque los ojos no eran tan inmensos como le habían parecido en Navidad, eran negros y grandes, ¡y Holly iba a dedicar su vida entera a llenarlos de imágenes maravillosas!

Sin embargo, Eric quería seguir preocupándose.

—Oye, ¿a qué crees que se ha referido Anya? —preguntó una hora después, mientras esperaban en un banco del andén vacío de la estación.

Los otros únicos pasajeros que esperaban con ellos eran una anciana que parecía incapaz de sentarse y andaba de un lado a otro como si buscara sin éxito una salida, y un joven de camisa blanca ajada que se mordía las uñas con ansia.

—¿Ha querido decir que su madre murió por algún defecto cardíaco? —siguió preguntando Eric—. ¿Y que Tatiana tenía una hermana? ¿Y que esa hermana también había muerto de...?

En ese momento Eric imitó el gesto de Anya golpeándose el pecho justo por encima del corazón.

Holly se burló de la expresión seria de su marido y de la imitación.

—Bueno, a lo mejor las mataron a puñaladas, las apuñalaron muchas veces en el corazón.

De forma morbosa, Holly convirtió el gesto del pecho en una puñalada. Quería demostrarle a Eric lo absurdo que era intentar adivinar a qué se refería Anya. Nunca lo sabrían. No era nada gracioso, desde luego, pero aquella absurdidad, la idea de que la amable Anya hubiese imitado un apuñalamiento mortal dándose aquel suave puñetazo en el pecho, hizo que Eric se echara a reír.

Entonces, ya al borde de la histeria por el cansancio, la alegría y el alivio, los dos se rieron durante mucho más rato del que justificaba la broma. ¡Tanto los embargaba aquel terror cervical que jamás habían experimentado, ni imaginado siquiera! Sentada entre ellos en el banco de la estación, su hija, su preciosa hija de cabello oscuro calzada con zapatitos blancos de suela dura, daba cabezadas en su inquieto duermevela mientras ellos seguían riendo sin parar.

¡Parecía increíble que el personal del orfanato Pokrovka n.º 2 los hubiese dejado salir con una princesa de cuento! Tras una despedida tranquila, la puerta se abrió y ahora tenían a esa niñita toda para ellos. ¡Para siempre! (No olvidaban que les había costado miles de dólares, montones de papeleo y casi dos años de su vida, pero ¡allí estaba! ¡En ese momento! ¡Les parecía milagroso, repentino y completamente inmerecido!)

Cuando consiguieron dejar de reír (con la mayor discreción posible para no despertar a Tatty de su sueño inquieto), Holly dijo:

—Nunca sabremos a qué se ha referido. A lo mejor su madre tenía un defecto cardíaco. Eso no significa que lo tenga Tatty. —Holly miró a su hija; contempló las diminutas conchas azuladas de sus uñas, su cabello negro, y añadió—: Es evidente que Tatty no lo tiene. Y puede que tuviese una hermana y que muriera. Pues bueno, yo también. Dos.

Después de aquello nunca volvieron a mencionar la genealogía de Tatiana, ni su ADN mitocondrial, ni a su madre ni a su hermana. Nunca conjeturaron sobre si la pequeña habría heredado su amor por los caballos de algún antepasado mongol o si su preciosa voz se la habría transmitido una abuela gitana. Nunca volvieron a preguntarse en voz alta si hubo una hermana, si esa

hermana había muerto o seguía viva en algún lado. Ninguno de los dos se planteó si habría un trastorno maniaco depresivo escondido en esos genes, como lo había en los de Holly, o una cardiopatía, o un cáncer, lo que fuese. Tatiana había llegado sin herencia alguna. Era tan bonita y perfecta que no la necesitaba.

Pero ahora, al mirar la cara de su hija —sus ojos inmensos, su boca llena de carne cruda y el hilillo rosado de sangre animal que le caía por la barbilla— Holly sintió un miedo espantoso.

Era ella la que blandía el cuchillo enorme, pero tenía miedo. Miedo de su hija.

Nadie nace sin una herencia.

¿Cómo se había permitido creer lo contrario durante todos esos años?

Ella, más que nadie, tendría que haber entendido que los genes son el destino. Que el pasado habita en nuestro interior. Que a menos que lo amputemos nosotros o nos lo extirpen con cirugía, nos seguirá hasta el fin de nuestros días.

Por ese motivo una noche, años atrás, había llorado desconsoladamente cuando Eric, tumbado a su lado en la cama, había dicho (después de pasar ante la puerta entreabierta del baño y ver a Tatiana cepillándose el cabello negro ante el espejo):

—Dios mío, su madre debió de ser una belleza.

Holly se había incorporado enseguida y se había echado a llorar antes de saber siquiera que estaba ofendida.

—Cariño, cariño. Qué estúpido he sido al decir eso —se disculpó Eric.

¡Eric creía que estaba celosa! ¡Creía que Holly lo había interpretado como una insinuación de que ella no era la madre de Tatiana! Pero no se trataba de eso. Entonces Eric la abrazó tan fuerte que ella pensó que la iba a romper, pero Holly lo dejó hacer, mientras lloraba en sus brazos por la madre de Tatiana, por una mujer que, en el fondo de su corazón, ella sabía que estaba muerta.

En los enormes ojos oscuros de su hija ahora no sólo se veía a sí misma, sino también el árbol de Navidad que tenía detrás y más atrás aún el ventanal con la tormenta, e incluso el reflejo de su hija en ese ventanal... y la niña del reflejo le pareció una desconocida. No era la misma niña a la que, aquella

primera Navidad, habían sacado de su cuna en el orfanato Pokrovka n.º 2.

—Tatiana.

Primero pronunció el nombre de su hija en voz baja, pero cuando ésta se abalanzó sobre ella, gritó:

—¡Tatiana!

Tatty intentó arrebatárle el cuchillo mientras le escupía la carne a medio masticar en la cara. Holly consiguió apartarse y arrojarlo por encima del hombro de su hija. El cuchillo cayó con estrépito en el fregadero, detrás de Tatiana, y Holly la sujetó por la delicada muñeca. Entonces todo pareció detenerse: las dos se quedaron quietas en la cocina, jadeando, sin hablar. El único ruido, además del de su respiración acelerada, era el silencio suave y susurrante de la nieve cayendo sobre nieve. ¿Oía también el corazón en el pecho de Tatiana?, pensó. ¿O era el palpitar de su propio corazón?

Las dos se quedaron así durante un largo minuto, tan quietas como si alguien las hubiese hechizado. Tatiana no forcejeó para soltarse. Posiblemente sabía que su madre, la más fuerte y grande de las dos, no la dejaría. Se puso muy rígida y luego flaqueó, como si reconociera su derrota.

—¿Qué te pasa, Tatiana? —preguntó al fin Holly, con una voz tan tranquila que apenas la reconoció como propia—. ¿Qué es lo que te pasa?

Tatiana no respondió. Cerró los ojos, y Holly vio el hermoso azul natural de los párpados de su hija. Nunca, antes de Tatiana, había visto nada igual. Solía sentarse junto a la cuna de Tatty, contemplar aquellos ojos cerrados y maravillarse.

¡Habían adoptado a una muñeca de porcelana! O, a saber cómo, habían encontrado, debajo de una col o en un nido en la chimenea, a una niña tan maravillosa en todos los aspectos que no podía ser de este mundo. Su hija era especial. ¡Quizá tenía poderes sobrenaturales, tal vez fuese inmortal! ¡Una niña así viviría para siempre!

Pero no era cierto. No era perfecta. Nadie lo era. Aunque mejor así.

«La perfección es terrible, no puede tener hijos», escribió Sylvia Plath en un poema.

Y ese hecho, que Tatty no era perfecta, se fue revelando con tanta delicadeza a medida que su hija crecía que, más que desilusionar a Holly, hizo que la pequeña fuera más mágica aún. Por ejemplo, no fue la primera de su clase de parvulario en aprender a leer, pero cuando lo consiguió se mostró tan entusiasmada y orgullosa que lo leía absolutamente todo. Mientras Holly

la llevaba a la escuela, abrochada a su asiento infantil, Tatiana gritaba todas las palabras que veía y era capaz de leer.

—¡Aquí! ¡Más! ¡Uno! ¡Vea! ¡Barato!

Holly procuraba elogiarla después de cada palabra, pero si se distraía y se le olvidaba, Tatty alargaba el brazo, le tocaba el hombro con la manita (¡la mano suave, acolchada, de una niña de cinco años!) y preguntaba:

—¿Mami? ¿Lo has oído?

¡Aquellas manos...!

Eran pegajosas, de una dulzura pegajosa, no importaba lo limpias que estuviesen. Las mañanas del fin de semana, Tatty se subía a la cama de sus padres y les daba palmaditas en la cara hasta despertarlos. Se levantaba de su camita con los párpados y los labios de un color rubí azulado, el pelo todo enmarañado. Holly tardaba media hora en desenredárselo.

A Tatty se le enredaba el pelo. Arrancaba páginas de los libros. Algunas veces se negaba a cenar y luego se despertaba en plena noche hambrienta y llorosa. Sus maestros decían que de vez en cuando se quedaba dormida en el patio, desplomada en algún columpio, en lugar de jugar con sus amigos. Nunca se le dieron bien las fracciones y hasta los once años no mostró el menor interés en aprender a atarse los zapatos. Se quedaba sin aliento cuando subía corriendo la escalera del sótano. A veces pillaba resfriados que le duraban semanas. No era perfecta. No era inmortal. Holly pensó que, debido a todo eso, era aún más perfecta.

Cuando iba a clases de ballet no era la bailarina de más talento, pero sí la que parecía más feliz. Miraba a las otras bailarinas diminutas y les sonreía para animarlas. Y después de su primera clase de natación, salió de la piscina pública y gritó lo que la profesora le había dicho para que la oyeran todas las madres que había en la sala caldeada y resonante: «¡Mamá, soy como un pez!»

—Tu hija me hace feliz todos los días —le había dicho la secretaria de la escuela de primaria JFK.

La señora Beck era una mujer enormemente obesa, de cabello tan largo y negro como el de Tatty.

—No hay niña más encantadora que ella. Nunca la habido. Nunca la habré.

Todo el mundo había querido a Tatty. Todo el mundo decía lo guapa que era, lo atenta, lo especial...

—Tatiana —repitió Holly, aflojando la mano, pero sin soltar la muñeca de

su hija—. Tatty, cariño. Por favor. Puedes contarme lo que sea, siempre te lo he dicho. Por favor, dime qué te pasa. Por favor.

Tatty abrió los ojos y se mantuvo firme. No esquivó la mirada de Holly, aunque tampoco se la devolvió. Tenía la vista perdida, como vuelta hacia dentro, pero en sus ojos había también inquietud, como si fuesen capaces de penetrar la mente de su madre y ver a través del cráneo algo que acechaba a su espalda. Ahora que había escupido la carne tenía la mandíbula apretada y los labios, de un azul cerúleo, cerrados. Holly le pasó una mano por el negro cabello, y Tatiana tensó el cuerpo.

—Por favor —dijo Holly.

Y entonces, justo cuando aquel día espantoso se acercaba a una especie de culminación, su ansiedad pareció disiparse. Estaba sucediendo algo terrible, a Tatty le pasaba algo terrible, le ocultaba un secreto. Los portazos, las habitaciones cerradas y las evasivas habían quedado atrás. En aquel preciso momento, aquello estaba en la sala con ellas y era algo horrible, sí, pero ya no era el horror. El horror era ver a la gata arrastrándose por el jardín. El horror era el silencio que siguió a los gemidos de su madre tras una puerta cerrada. Había horror en ese silencio porque aún cabía la opción de rechazar la realidad. Había sido horrible, desde luego, cuando su hermana había salido de la habitación de su madre y había dicho: «Holly, cariño, entra y dale un beso de despedida a mamá. Ya ha dejado de sufrir», pero eso no era tan espantoso como el horror. Su madre tenía los ojos cerrados, aliviados.

Ahora Holly estaba preparada. Podía enfrentarse a lo que fuese. El horror y las evasivas habían quedado atrás.

—Dilo, Tatty. Dímelo. Te quiero. Te quise desde el primer momento. Siempre he querido a mi pequeña Tatty.

No le sorprendió que aquellas palabras no cambiasen la expresión de su hija. Tampoco lo esperaba. En aquel instante, Tatiana estaba lejos de tales sentimientos. Holly la soltó. Tatty se apartó, miró la cara de su madre y luego la tormenta que había detrás. Después se contempló las manos, impregnadas de grasa y sangre del asado, antes de limpiárselas en el vestido. Miró de nuevo a su madre, le dirigió una sonrisa despectiva y dijo sin emoción:

—Ésa no era la pequeña Tatty.

—¿Qué quieres decir? —Holly intentó controlar la voz, era demasiado estridente.

Se le aceleró nuevamente el corazón, de forma audible. Cualquiera en la

casa, pensó, e incluso fuera, en la calle, podría oír sus latidos.

—Estás tan ciega... —dijo Tatiana.

—¿A qué te refieres, Tatty?

—Me querías tanto... adorabas mis grandes ojos oscuros, y cuando volviste ni preguntaste dónde estaba.

—¿Qué?

—Volviste a buscarme, pero nunca preguntaste dónde estaba.

—No. Tatty...

—No soy Tatty.

Holly reprimió un grito y se llevó la mano a la boca.

—No —dijo.

Estaba dispuesta a negarlo sin saber qué era lo que negaba, sin saber por qué intentaba de nuevo sujetar muy fuerte la muñeca de su hija. Tatiana se zafó y corrió a su habitación y Holly corrió tras ella, pero no lo bastante rápido. La puerta del dormitorio se cerró entre ambas, Tatty puso la aldabilla y, al oírlo, Holly se echó a llorar, con la espalda apoyada en la pared del pasillo.

—No —repitió, todavía negando.

Escondió la cara inundada entre las manos para ahogar los sollozos, avergonzada de que su hija los oyese, como si llorar fuera admitir algo, reconocer su verdad.

Después del largo invierno que pasaron en Estados Unidos mientras su pequeña Tatty esperaba en Siberia, la primavera había aparecido como una explosión de tonos pastel. Contemplar los capullos de las rosas y las lilas en flor era tan deslumbrante que resultaba cegador y, por fin, llegó el día en que pudieron regresar al orfanato Pokrovka n.º 2.

Holly y Eric cruzaron las puertas naranja y, tras dirigir un rápido «*priviet*» a las cuidadoras, fueron directos a la cuna.

¡Tatiana! ¡La pequeña Tatiana! ¡Su hija!

Tenía el cabello más largo y los ojos no parecían tan grandes, pero tenía las mejillas sonrosadas y se la veía ahora tan sana y bonita como tres meses atrás, aunque estuviese demasiado delgada...

Pero ¡todos los bebés del orfanato Pokrovka n.º 2 estaban demasiado delgados! Ninguno tenía los mofletes de los bebés estadounidenses. Ninguno

tenía los muslos y los bracitos regordetes. Había poca comida y poco personal para alimentar a tantísimos niños. En su primera visita, en Navidad, siguiendo el consejo de la pareja canadiense, Holly y Eric, antes de marcharse, habían dado a las cuidadoras una suma de dinero extraordinaria. ¡En Rusia equivalía a miles de dólares! Habían insinuado claramente que si cuidaban bien de Tatiana durante su ausencia les darían más dinero cuando volvieran a buscarla. ¡A Anya, en particular, le dieron la misma cantidad que la pobrecilla probablemente ganaba en un año de trabajo en el orfanato!

Y aunque Eric y Holly eran mucho más ricos de lo que esas jóvenes siberianas podían soñar, lo cierto era que no eran ricos. Les había costado sacrificio ahorrar aquel dinero. Y lo habían pagado para que la Tatiana que dejaban en Navidad fuese la misma que encontrasen en primavera: contenta, sana. Bien alimentada.

Habían dejado a su pequeña en la cuna de ese espantoso orfanato gris durante un largo invierno, habían regresado a su comfortable hogar y cuando volvieran a Siberia ella estaría allí, tan resplandeciente como meses atrás, el mismo bebé, pero con algunos cambios sutiles: un poco más flaca. Un poco más pálida, más azulada, el cabello más largo, los ojos más pequeños.

Sin embargo, habían pagado tanto dinero y la querían tantísimo... Era imposible pensar que había sufrido en su ausencia, ver esas extremidades tan flacas como una señal de... ¿qué?

La habían querido muchísimo, desde el primer momento que la vieron en su cuna el día de Navidad. Se la habrían llevado a casa enseguida de no ser por la burocracia rusa, la regla férrea que decía que debían dejarla y volver al cabo de tres meses. En ese aspecto no les habían dado otra opción.

Pero ¿cómo explicárselo a un bebé, cuando lo devolvías a su cuna en un sitio así y te ibas? ¿Y cómo explicárselo ni siquiera después, ni siquiera ahora, cuando la niña ya era adolescente? ¿Cómo podías decirle a tu hija: «Te dejamos allí, sola, sabiendo el frío que hacía, lo descuidada que te tendrían, sabiendo que podía pasarte cualquier cosa; pero te queríamos, te queríamos muchísimo, pagamos mucho dinero para que te atendieran, ¡para que cuando volviésemos fueses la misma niña que habíamos dejado! Dinero era lo único que podíamos ofrecer, ¡y se lo ofrecimos todo!?»

No se le podía explicar algo así a una niña. Pero ¡qué más daba! Era

imposible que Tatiana recordase algo de aquella época, de esos meses posteriores al día en que se enamoraron perdidamente de ella y luego se fueron... ¿verdad?

Holly se obligó a dejar de llorar. Se acercó a la puerta de su hija.

—Por favor, Tatty —dijo.

Sin embargo, estaba aterrorizada, del todo desbordada, y cuando embistió la puerta se olió la adrenalina en las axilas y la nuca: un olor a jerséis infantiles húmedos en una pequeña sala institucional.

Tatty no intentaría hacerse daño, ¿no?

Holly empujó de nuevo la puerta y se topó con la aldabilla. Retrocedió y pensó que con un poco de presión la haría saltar.

No era un dispositivo de seguridad, sino un separador psicológico. Holly sólo había querido que Tatiana sintiera que había un lugar donde podía tener intimidad si la necesitaba, como Holly la había necesitado cuando quería escribir. Cuando necesitaba estar sola. Cuando, por muy estúpido que le pareciera ahora, esperaba descubrir —en la intimidad de su mente, detrás de una puerta cerrada, en una habitación pequeña— un poema.

¡Quizá esperaba que Tatiana escribiese esos poemas! ¡Tal vez había creído que su hija escribiría esos poemas por ella!

Sin embargo, Tatiana no necesitaba poemas. Y no había querido que esa puerta que las separaba estuviese cerrada. Ése había sido el problema todo el tiempo, ¿verdad? Era Holly la que quería estar sola. ¡Nunca tendría que haber sido madre! Se había quedado estéril por una buena razón... ¡y siempre lo había sabido, aunque no se había permitido reconocerlo! En una ocasión había abofeteado a Eric, muy fuerte; un lunes por la noche, cuando Tatiana tenía cuatro años y exigía macarrones con queso en lugar de la pechuga de pollo que le había servido (eso después de trabajar todo el día y de la clase de ballet por la noche), Holly rompió a llorar y Eric le había dicho: «A lo mejor nunca has querido ser madre, Holly. ¿Cómo te creías que sería?»

Sí, lo había abofeteado. Pero ¡él lo sabía!

Peor: ella también lo sabía. ¡Eric tenía razón!

No.

No. ¡Sí había deseado ser madre! Todas las madres se frustran. Todas las madres se arrepienten. Holly adoraba a su hija. Su hija era lo único de este mundo que Holly amaba de forma natural. Sin Tatiana no había nada; nunca hubo, nunca habría nada sin Tatiana. Aunque...

Holly volvió a empujar con suavidad la puerta que las separaba, sin entrar a la fuerza pero notando la facilidad con que la aldabilla que había instalado cedería si empujaba un poco más.

Se dirigió a la puerta en voz alta, con voz temblorosa:

—Tatty, ¡soy tan egoísta...! Soy una egoísta. Pero, madre mía, te quiero, lo adoro todo de ti. Más de lo que imaginé que podría llegar a querer, te quiero. Por favor, por favor, quédate en este mundo, conmigo.

Ahora de nada servía proteger su orgullo. Cada minuto de la infancia de Tatiana había conducido a ese momento y lo único que importaba era demostrarle a esa preciosa criatura cuánto la habían querido desde el principio.

Esa niña que para Holly era un privilegio... ¡Había engañado, había burlado al destino por esa niña a la que tenía el privilegio de llamar su hija!

De nuevo, a la puerta, en voz más alta:

—Nunca he querido nada ni a nadie tanto como a ti.

«¿De veras?»

«¿Estás segura?»

«Recuerda que querías ser poetisa, Holly. Incluso esta mañana, después de dormir hasta tarde, sólo querías estar sola, sólo deseabas...»

—¡No! No he sido la madre que podría haber sido, es cierto, pero por favor, Tatty, déjame intentarlo de nuevo. Deja que siga intentándolo. Ahora lo sé. Ahora que lo sé, yo...

Holly empujó un poco más la puerta, pero sólo lo bastante para poder mirar por la rendija.

Vio a Tatiana acostada en la cama, de espaldas a la puerta. Brazo pálido, cabello oscuro en la almohada. Ahora tenía la espalda desnuda y destapada. El vestido rojo de Gin estaba en el suelo y el vestido negro colgaba del respaldo de una silla. Tatiana no podía haberse dormido de nuevo, ¿no? No con todo el ruido que Holly hacía en el pasillo.

Pero su hija ni siquiera se movió cuando Holly dijo: «Por favor, Tatiana», y luego gritó: «¡Tatty! ¡Por favor! ¡Por favor, abre la puerta!»

Y, sin embargo, algo le impedía forzar la aldabilla, la aldabilla simbólica, y entrar de un empujón en el cuarto de su hija. No sabía por qué. Ella misma se la había instalado para que Tatiana pudiese escapar de su madre, ¿verdad?

Entonces ¿cómo iba Holly a romper esa promesa rompiendo esa aldabilla?

¿Y por qué iba a romperla? ¿De qué serviría? No había nada en la habitación que Tatiana pudiese utilizar para hacerse daño. Ni cuchillos, ni armas de fuego, ni siquiera unas tijeras, por lo que Holly sabía. Ni medicamentos, ni productos de limpieza, ni sogas, ninguna de las cosas que una adolescente usaría para pedir ayuda a gritos, o para suicidarse, o para ambas cosas.

De modo que Holly retrocedió, avergonzada de haber gritado. Se sentó en el pasillo. Se llevó los nudillos de la mano derecha a la boca. Le dolían de haber golpeado la puerta; estaban magullados, pero no sangraban. Entre sus labios sabían a huesos secos, o piedras, y recordó que unos meses después de sus operaciones, cuando ya no tenía pechos ni ovarios, había sentido la certeza de que viviría para siempre, pero también de que estaba completamente vacía, que ya no era más que una cáscara. No era una mujer con un futuro, sino un maniquí, una estatua, ¡un robot! En una de sus primeras salidas después de que le retirasen los tubos y las vendas fue a dar un largo paseo por la playa y encontró dos piedras blancas, una junto a la otra; una ola las había arrastrado hasta la orilla. Las cogió y se las metió en la boca.

Luego siguió andando con las piedras pulidas entre la lengua y el paladar. La reconfortaban. Sabían a óxido, como el agua de un lago, pero también como la sangre. Era agradable notar cómo su frialdad inerte parecía calentarse y reblandecerse a medida que las chupaba. Después se metió las piedras debajo de la lengua, una junto a la otra.

Eran sus ovarios, pensó en un momento de locura, pero en cierto modo tenía razón. ¡Eran sus ovarios, que volvían a ella! El mar había acabado arrastrando sus ovarios desde dondequiera que el cirujano los hubiese tirado, después de arrancárselos. Y ahora habían regresado a su blando y carnoso tejido interno. Imaginó que los sentía palpitar. Imaginó que los sentía respirar, casi como si tuvieran agallas. Imaginó que volvían a acoplarse a sus adentros. Holly pensó que se los tragaría y vivirían dentro de ella. Les brotarían vasos sanguíneos que se unirían de nuevo a su organismo, sin ser portadores de ninguna enfermedad.

Holly sabía que aquel día aún estaba débil por las operaciones. Seguro que por eso había pensado aquello. Habían surgido algunas complicaciones, tuvo que someterse a varias operaciones más y aquél había sido su primer paseo

auténtico al aire libre desde hacía meses. No se encontraba bien. Después de escupir las piedras, sintió náuseas y vomitó en la arena.

Se sacó los nudillos de la boca y, todavía sentada, alzó la vista hacia la puerta de la habitación de su hija.

—¿Estás dormida, Tatty? —Lo preguntó en voz muy baja, para que su hija no lo oyese.

Si Tatty dormía en su habitación, debía dejarla dormir. Tatty estaba cansada. Tatty estaba hambrienta. Eric volvería pronto. Él hablaría con Tatty. Él hablaría con las dos.

Pero Tatty sí que la había oído.

Pasaron unos segundos antes de que se oyera un grito enfadado —que sonó en parte a tristeza, en parte a frustración— y un puñetazo en el cabezal de la cama.

—¡Vete! ¡Déjame, joder! ¡Eso es lo que sabes hacer mejor! —gritó Tatty después.

Holly se levantó rápidamente y para tenerse en pie se apoyó en la pared, con la palma extendida entre dos fotografías enmarcadas. Tomó aire. Miró una de las fotografías. Tatiana abrazada al cuello de Eric. Sonreían. Detrás, una ribera verde. Estaban en la cubierta de un barco de vapor en el río Misisipi. Era de unas vacaciones estivales, un viaje en familia cuando Tatty tenía once años. ¡Holly había querido enseñarle el país! ¡Quería enseñarle Estados Unidos a su hija rusa, como si Tatty necesitara conocer ese país más que cualquier otro niño del Medio Oeste!

Sin embargo, Tatiana no era como esos otros niños del Medio Oeste, cuya «americanidad» era de lo más normal. A diferencia de ellos, Tatiana podría seguir en Siberia, ¡o en algún lugar cercano a Siberia, ni siquiera en Siberia! Las cuidadoras habían dicho que su familia biológica quizá fuese de Kazajistán o incluso de Mongolia Exterior. Podrían haber sido del norte. Emigrantes. Aún había tribus nómadas de esa zona que a principios de verano (la estación en que habría nacido Tatiana) se trasladaban al sur para trabajar, o con sus rebaños de animales. Era posible que la mujer o la niña que había dado a luz a Tatiana hubiera llegado del norte, parido en Siberia y luego regresado, dejando a Tatiana allí.

Sin embargo, también podría habérsela llevado consigo. O haberse

quedado en Siberia para criar al bebé. Y, en ese caso, el bloque de pisos, la granja aislada de madera o la yurta donde viviese esa madre sería ahora el hogar de Tatiana.

Eric siempre decía:

—Algún día volveremos con ella y viajaremos por toda la zona. A lo mejor podríamos ir en el Transiberiano y...

—Ya veremos —respondía Holly, dándole largas.

¡Nunca haría algo así! ¡Tatiana jamás debía ver ese sitio! Nunca olvidaría que las cuidadoras le habían insistido en que la llamara «Sally», o «Bonnie» («*Bonnie y Clyde*, ¿no?»), para evitar que volviese a Siberia. Holly siempre había sabido que tenían razón.

—Ya veremos, pero mientras tanto Tatiana tiene que conocer Estados Unidos. Es más suyo que nuestro.

Eric no le había preguntado a qué se refería con eso, pero Holly tampoco se lo habría sabido explicar.

Ahora Holly miró la otra fotografía: Tatiana llevaba un gorro de pelo de reno que le había comprado en internet, importado de la República de Buriatia. En la foto, la pequeña sonreía, pensativa. Parecía la típica chica estadounidense, pero también transmitía algo inefablemente exótico, algún rasgo de su elegante rostro acentuado por aquel gorro hacía pensar en un vasto y lejano continente nevado, y en familiares perdidos hacía mucho tiempo que en aquel preciso instante podían estar preguntándose, o no, qué le había sucedido a la niñita que habían abandonado.

Esos familiares perdidos desde hacía tanto tiempo nunca se habrían imaginado lo que le había sucedido a su niñita.

¿Cómo iban a imaginarse una habitación como la de Tatiana? Las estanterías con los libros de Harry Potter y *La casa de la pradera*. El iMac, el iPod y el iPad. El cesto de peluches, el armario lleno de ropa limpia, la vitrina con la colección de matrioskas y todas esas cajas lacadas con escenas de cuentos rusos.

No. Tal vez sólo habrían reconocido a la niña. La Rapunzel de pelo azabache. Los enormes ojos oscuros.

—¡Ésa es nuestra niña! —habrían gritado, al verla—. ¡Sally! ¡Nuestra Sally!

—Por favor, cariño —dijo Holly, apartando la mano del lugar en el que descansaba, entre las dos fotografías de la pared.

Ahora Tatty volvía a guardar silencio en su habitación.

«Calla, calla, pececito, que a pedir un deseo venimos. Cerramos los ojos y despacito, de todo corazón lo pedimos...»

Holly se alejó de puntillas de la puerta y regresó a la cocina.

La ternera estaba en la fuente del horno, allí donde Tatiana la había dejado. El cuchillo de trincar seguía en el fregadero. Le temblaban las manos, pero logró coger el papel de aluminio y cubrir la carne con un pedazo plateado. Bajo el aluminio resplandeciente, el asado parecía la maqueta de una cordillera o —mucho peor— una cabeza decapitada. La cabeza alargada de un animal, como un caballo o una cabra. Ese montón de carne era tan grande que sería difícil volver a hacerle un sitio en la nevera, esta vez en la fuente del horno en lugar de en la malvada bolsa de plástico. Quizá debería llevárselo al garaje, pensó Holly, allí hacía tanto frío que la carne no se echaría a perder. Pero no acababa de gustarle la idea del garaje, con los bidones de gasolina, el humo del coche y los cubos de basura.

¿Y si lo dejaba en el jardín trasero, envuelto en aluminio?

Miró el ventanal y la nieve tras éste. Parecía higiénico. Parecía un lugar donde se podía dejar el festín de Navidad sin que se envenenara. Aunque también tenía sus riesgos, desde luego. Incluso en una ciudad tan alejada del bosque como la suya había fauna. Lo que fuera que hubiese desenterrado a la gata de su tumba podía volver a por el asado. Sin embargo, Holly no lo dejaría allí toda la noche, por supuesto. Lo...

—Vamos, saca esa cosa muerta de la casa —dijo Tatiana.

—Sí, sí —respondió Holly.

No se molestó en volverse para ver de dónde procedía la voz de su hija. Seguiría en la cama, seguro. Era imposible que estuviera tan cerca de su oído como parecía.

Esa voz... podía llegar de cualquier parte. La voz de su hija parecía salir del interior de la cabeza de Holly, del interior de su ánimo. Un ánimo de rosas. O un ánimo de invierno. Haría lo que le decía la voz. Abrió el armario para coger un abrigo.

Las botas y los zapatos estaban alineados en filas. Mantener en orden el armario del zaguán era responsabilidad de Tatty. Era la primera tarea que le habían asignado, desde muy pequeña, y siempre la había cumplido

escrupulosamente, tomándosela muy en serio. Al parecer, lo había limpiado a propósito para los invitados que esperaban ese día. Había colgado más perchas para los abrigos y había llevado al sótano unas botas de trabajo de Eric para dejar sitio al calzado de sus amigos y familiares.

El abrigo rojo de Tatty estaba colgado en el centro del armario. Al lado estaba la chaqueta blanca de Holly, forrada de plumas blancas diminutas de lo que debieron de ser cientos de pájaros también blancos. A veces algunas plumas se escapaban de la chaqueta y Holly se las encontraba en los jerséis y en el pelo: pequeñas, mágicas sorpresas caídas del cielo. Sacó la chaqueta del armario y se la puso. Cogió las botas de nailon y las dejó en el suelo, para calzárselas cuando volviese con el asado; así no tendría que cruzar la casa con las botas puestas para ir a buscar la fuente de la carne a la cocina. No le gustaba ir con zapatos por casa. Los suelos de su infancia siempre estuvieron manchados por las botas de su padre y sus hermanos; como nadie las limpiaba, las huellas fueron acumulándose hasta parecer que un ejército llevaba años acuartelado en su hogar.

Holly regresó descalza a la cocina y cogió la fuente por las asas.

Volvió al zaguán y deslizó el pie derecho en la bota derecha. Luego levantó el pie izquierdo para hacer lo mismo con la otra. Pero la fuente de la carne pesaba mucho, mucho más de lo que Holly esperaba... Aunque había sido ella la que había cogido la carne en el supermercado y la había depositado en el carro, ¿no? Y también ella la había trasladado del coche a la cocina y después de la nevera a la fuente, y luego había metido la fuente en el horno.

Nadie sabía lo que pesaba esa carne tanto como Holly, pero, aun así, cuando la carne se movió en la fuente al mismo tiempo que ella levantaba el pie por encima de la bota, fue como si creyese estúpidamente que ese pedazo macizo era liviano, insustancial, que desafiaría las leyes de la gravedad, y ella podría mantener en equilibrio la fuente y a sí misma con un pie en el aire.

Por supuesto, no pudo.

Perdió el equilibrio, la fuente del asado se le escapó de las manos y luego lo perdió todo de vista: la carne de la fuente y el suelo donde Holly se desplomó. El asado aterrizó con el ruido sólido y espantoso de un bebé que cae al suelo. De los brazos de una cuidadora.

¿Cuántas noches, después de ese primer viaje a Siberia, había despertado por la pesadilla de que el bebé que ella y Eric consideraban suyo, su pequeña

Tatty, abandonada en una institución miserable y gris de Siberia, se caía de los brazos de una cuidadora al suelo?

A veces, Holly ni siquiera lo soñaba.

Mientras conducía al trabajo fantaseaba sobre el futuro, sobre el bebé, sobre llevárselo a casa, sobre el día en que al fin tendría a su hija en brazos. Se imaginaba trasladándola a la cuna (el protector acolchado de los barrotes, el chupete y el móvil musical, todo con patitos sonrientes, cientos de patitos sonrientes pese a tener pico en lugar de boca), acostándola, enseñándole a decir «casa»... Se imaginaba con tal realismo ese dulce peso en sus brazos que daba un respingo tras el volante cuando veía con total claridad que una cuidadora, en ese otro lugar tan lejano, dejaba caer al bebé, a la perfecta y pequeña Tatty, al suelo.

—Perfecto —dijo Tatiana desde alguna parte.

Holly había caído de lado en la alfombra trenzada, entre la puerta y el armario de los abrigos. Alzó la vista. Imaginó que Tatiana parecería una silueta recortada a contraluz ante el ventanal nevado, pero era como si estuviera iluminada por un foco situado en el suelo. Parecía más grande de lo que era en realidad y, desde abajo, Holly la veía con un detalle que nunca antes había percibido. Tenía la mirada triste. Negaba con la cabeza. Volvía a llevar el vestido de terciopelo de Gin y los pendientes de Thuy.

—Mamá. ¿Qué ha pasado?

—Se me ha caído todo, Tatiana —dijo.

Fue un alivio admitirlo.

Tatiana asintió.

—Lo siento, cariño —siguió Holly—. Debes de tener tanta hambre...

—Te he dicho que ya no tengo hambre, mamá.

Se inclinó para ofrecerle la mano y Holly quiso cogerla, pero no llegaba. Tatty mantuvo la mano extendida y Holly lo intentó una vez más, pero no la alcanzaba, era imposible. Entonces la cara de Tatiana volvió a mostrar señales de nerviosismo y Holly se dio por vencida.

—Estoy bien aquí, Tatty.

Tatiana asintió y se dirigió al árbol de Navidad. Holly la siguió con la mirada desde la alfombra trenzada, en el suelo, junto al armario de los abrigos. Su hija se arrodilló ante el árbol.

—¿Tatty?

Sin embargo, Tatiana no se volvió ni respondió.

La espalda le dolía más de lo que habría sido de esperar tras una pequeña caída como aquélla, pero consiguió incorporarse lo suficiente para sentarse. Era imposible que hubiera sufrido una lesión grave por una caída tan tonta. El suelo era duro, aunque no era como si se hubiera caído desde una gran altura. Tampoco un bebé que cayera de los brazos de una cuidadora podía lastimarse demasiado, ¿verdad?

Ni siquiera sería algo que un bebé recordaría, ¿no? Pensó en Thuy, que había huido de Vietnam en un bote, con su madre y su abuela. Entonces tenía cuatro años y había pasado tres días embutida entre el cuerpo de su madre y el de su abuela, que había muerto en ese bote, en medio del océano... Pero el primer recuerdo de Thuy era que le daba la mano al ratón Mickey en Disneylandia.

Cuando volvieron a Estados Unidos de ese primer viaje para esperar tres largos meses antes de ir a buscar a su hija, Holly procuró no pensar en todo lo que le podía ocurrir al bebé, allá en Siberia (accidentes, negligencia, maltrato, enfermedad, alimentos en mal estado...), durante el largo invierno que pasarían separados.

Habían hecho todo cuanto habían podido, ¿verdad? Habían sobornado a las cuidadoras para que se ocupasen del bebé y la llamasen «Tatiana», no «Sally». Les habían prometido más dinero si el bebé estaba bien a su vuelta.

¡Y estaba bien!

Aunque parecía muy mayor —asombrosamente mayor— y a la vez más delgada y pequeña, aunque sus ojos parecían haberse encogido y el pelo le brillaba muchísimo y le había crecido de forma increíble en sólo tres meses, aunque estaba demasiado pálida (¡como todos los niños del orfanato Pokrovka n.º 2!), se la veía saludable. Ya no llevaba pañales. Tenía las mejillas de color escarlata, y aunque el rubor resultó ser colorete que le habían aplicado las cuidadoras, no la vio poco saludable ni siquiera cuando Holly descubrió el maquillaje en una toallita de papel al lavar por primera vez la cara de su hija en los aseos del avión.

Claro que Tatiana no pareció muy contenta de verlos cuando llegaron al orfanato en primavera... Pero ¿por qué iba a estarlo? ¿Cómo iba a recordarlos de la visita de Navidad? ¿Una visita que, además, fue tan breve? Tatty tampoco se resistió cuando la envolvieron en la manta que habían llevado, ni

cuando le pusieron el vestidito blanco de algodón que Gin había hecho para la ocasión. Cuando juntos abandonaron el orfanato para siempre, Tatiana no se volvió para mirar a las cuidadoras, ni siquiera a Anya, que era, en Navidad, su favorita. Sí, eso les resultó un poco desconcertante: que la empleada que había cuidado de ella durante casi dos años fuera como una desconocida para la niña. Pero Tatiana parecía ilesa. Parecía bien cuidada (para ello habían sobornado al personal del orfanato), aunque a Holly le preocupó que la pequeña Tatty no alzase la vista cuando la llamó por su nombre.

—¿Tatiana?

La pequeña Tatty no reconocía el nombre en absoluto. De modo que las cuidadoras no la habían llamado «Tatiana», como les habían pedido.

Pero, desde luego, eso importaba mucho menos que todo lo demás: no estaba famélica, ni la habían golpeado, ni se había caído al suelo, ni la habían dejado tanto tiempo en la cuna que, como decían de los niños de aquel orfanato, se le había quedado el cogote plano y sin pelo.

Y muy pronto empezó a responder a su nombre.

Sólo en una ocasión, cuando llevaban dos semanas en Michigan, Holly la había llamado por el otro nombre.

—Sally.

La pequeña Tatty estaba sentada en el suelo de la sala de estar, casi exactamente en el mismo sitio donde ahora se había arrodillado ante el árbol de Navidad. Holly, sentada detrás de ella, había pronunciado el nombre en voz baja, aunque lo bastante alto para que ella lo oyese:

—¿Sally?

La pequeña Tatty no se volvió.

—¿Sally? —repitió, esta vez un poco más alto.

Sin embargo, la niña tampoco reaccionó.

Holly pensó que debía sentirse afortunada de que ya no respondiera al nombre por el que la llamaban en Siberia y de que hubiese interiorizado su nuevo nombre. Pero no fue así. Lo que sintió fue una frialdad que se le extendió por todo el pecho.

Empezó por detrás de las costillas, pero el frío también abarcó la zona de sus pechos reconstruidos. Pensó en la Tatiana más pequeña —a quien las

cuidadoras habían llamado «Sally» en Navidad, ese primer día de Navidad— y en cómo la había mirado a los ojos mientras la mecía, en cómo había sacado una manita rosada, de perfectos dedos diminutos, y se la había metido en el escote reconstruido, por el hueco entre dos botones de su blusa blanca.

Sus ojos.

Nunca antes ni después había visto Holly unos ojos como aquéllos.

Aquéllos eran los ojos de Sally.

Y esa niña, a la que se habían llevado a casa tan sólo unas semanas antes, no era Sally.

Holly intentó levantarse. Apartó las botas blancas. Estaban manchadas de la sangre del asado, y también había un charco de sangre junto a la puerta de la entrada. Alargó el brazo y consiguió ponerse en pie apoyándose en el pomo del armario. Notaba un dolor agudo en la espalda, pero estaba segura de que pronto pasaría. A fin de cuentas, si estaba de pie era porque no se había lesionado la columna. Tomó aire y contempló la espalda de su hija.

Todo ese cabello oscuro y brillante.

Holly había acabado olvidando el frío que había sentido ese día, cuando el bebé al que en Siberia no habían llamado «Tatiana» —y a quien, sin duda, habían llamado «Sally»— no había respondido a su nombre.

¡No! ¿Y por qué iba a responder? ¡Por aquel entonces ya se había acostumbrado al nombre de Tatiana! Cuando un nombre se reemplazaba por otro, se olvidaba tan rápido... No importaba durante cuánto tiempo hubiesen estado llamándola «Sally»; ahora se reconocía como «Tatiana».

«Olvídate de Sally», había pensado, e incluso se había atrevido a llamar *Sally* a una de sus gallinas. Le había parecido inofensivo, casi bonito. Era el nombre que podrían haberle puesto a su pequeña, pero no lo habían hecho. Holly se lo había puesto a su gallina y disfrutaba en secreto al oírlo en boca de su hija («¡*Sally* ha puesto un huevo debajo de los arbustos!»). Holly nunca le había dicho a Tatiana que antes se había llamado «Sally»; ¿por qué iba a decírselo?

Ella nunca había sido Sally.

Holly negó con la cabeza para librarse de esas ideas.

Sí, quizá cuando habían vuelto a buscarla parecía otra niña.

Más alta. Más delgada, pero mayor. Mayor de lo que esperaban, pues en el curso de esos meses había cambiado más de lo que habrían creído posible. Pero ¡sus rasgos les resultaban familiares! Los ojos más pequeños, sí, y el cabello más largo, aunque en esencia eran los mismos rasgos. Era natural, claro que sí, que una niña a la que llevaban meses sin ver pareciese cambiada. Era natural verla casi como a una hermana mayor de la niña que habían dejado. Los niños cambian muy deprisa, de formas del todo inesperadas. Su pequeña Tatty había cambiado tanto que no respondía al nombre por el que la llamaban ellos o el personal del orfanato, y su pelo...

¡Bueno, Tatiana no era la única niña del orfanato con ese pelo! ¡Era increíble lo abundante que podía ser el cabello de una niñita! Detrás de la puerta prohibida, Holly había visto a una casi con el mismo cabello negro y brillante. Esa niña, sólo algo mayor que un bebé (aunque era imposible asegurarlo, debido a su desnutrición), estaba sentada en el suelo con las nalgas desnudas, atada a un orinal de plástico. Tenía la cara pálida y lisa como una piedra. Había alzado la vista y entonces —¡horror!— pareció reconocer a Holly. La niñita le había sonreído con una expresión tan beatífica que era como si intentara distraerla de su espantoso estado: tenía las extremidades rotas y mal soldadas, la espalda torcida.

¡Sí, ahora se acordaba! Holly no se había colado en esa sala en su primera visita. ¡Había sido en la segunda, cuando habían ido a buscar a su hija para llevársela!

¡No era el niño hidrocefálico quien la había ahuyentado de la sala! Había sido la sonrisa de esa niñita de ojos oscuros y enormes que le resultaba familiar y a quien había sucedido algo terrible. La habían golpeado. O se les había caído al suelo. Nunca andaría. Estaba destrozada.

Y Holly había salido apresuradamente de la sala, había cerrado la puerta, había oído las palabras de Annette Sanders al oído, tan cerca y tan claro como si la terapeuta estuviese a su lado, y lo había hecho: había olvidado.

Ahora Holly vio que Tatiana sacaba un regalo de debajo del árbol y leía la etiqueta.

—¿Sally? —susurró a la preciosa espalda de su hija.

Tatiana no se volvió, pero dijo con voz desilusionada:

—No soy Sally. Ya lo sabes, mamá.

Holly guardó silencio un buen rato; dejó que el dolor de su espalda se convirtiese en entumecimiento hasta que por fin consiguió tomar el suficiente aire para hablar, y entonces preguntó de nuevo a la espalda de su hija:

—Entonces ¿dónde está Sally, cariño? ¿Dónde está?

Tatiana se encogió de hombros. Pero no con el gesto coqueto de antes. No era un gesto de apatía adolescente, de hastío. Era un gesto de tristeza, de desesperación profunda.

—Ay, Tatty. ¿Era Sally la que intentaba llamar, cariño? ¿Sally tiene mi número de teléfono?

Tatiana negó con la cabeza. Quizá ahora reía un poco, o intentaba no llorar. Holly no lo sabía porque sólo le veía la espalda.

—Sally no necesita un número de teléfono —dijo Tatiana—. Ahora el teléfono está conectado a todo, mamá. Ya lo sabes.

Se levantó y agitó una mano en el aire. Después se volvió.

Ahora Tatiana era la figura negra que Holly se había esperado antes. Parecía una cartulina plana recortada en el ventanal, enmarcada en la temblorosa electricidad estática de la tormenta de nieve. Su contorno se veía claro, pero el resto había desaparecido, y Tatiana repitió, insistente:

—Eso ya lo sabes, mamá. ¿Dónde están los cables? Ahora todo está abierto. Todo.

Tatiana tenía razón, ¿verdad? Holly asintió. Además, sí que lo sabía. ¿No lo había sabido siempre?

Y, sin embargo, necesitaba saber más.

—¿Dónde está Sally, entonces?

—Ay, querida —respondió Tatiana, su voz parecía antigua, lejana—. Dejaste a la pequeña Sally en Rusia, ¿a que sí?

Holly volvió a asentir. También lo sabía. Siempre lo había sabido. Ningún tirón de goma podría habérselo sacado de la cabeza, aunque había conseguido mantener esa puerta cerrada durante mucho tiempo.

—¿Te acuerdas de Sally? ¿Detrás de esa puerta? Pero yo me parecía bastante a Sally, ¿no es así? Y me trajiste a mí, en lugar de a ella.

Holly se encorvó, se llevó las manos a la cara y se hincó de rodillas pese al dolor que le subía por la espalda. Seguía negando ese dolor, ¿verdad? Luego habló entre las manos, todavía sin llorar.

—Dímelo, Tatiana. Dímelo. ¿Qué le pasó a Sally?

—Ay, mamá. ¿Qué más da? Te ausentaste mucho, mucho tiempo.

Pudieron pasar muchas cosas. Era un sitio muy malo. Rompieron a ese bebé. Se les cayó al suelo o le hicieron algo, algo horrible. No iba a ponerse bien. Así que lo escondieron. No se te permitía entrar allí, ¿recuerdas? Te dieron a otra hija en su lugar y tú la quisiste, ¿verdad? Te dieron a la hermana de Sally, que era un poco mayor. Nunca notaste la diferencia, ¿no? Me has querido, ¿a que sí?

—Claro que sí. Madre mía, claro que sí, cariño. Pero lo siento por Sally, siento que la rompieran, que siga allí. Pero ¡ahora te tenemos a ti! Te queremos. No conocemos a esa otra niña. Tú eres nuestra pequeña, no necesitamos a ninguna otra. Pero, Tatiana, ¿por qué no dejaron que te viéramos esa primera vez, en Navidad? ¿Por qué nadie nos dijo que Sally tenía una hermana?

Tatiana suspiró, cansada, exhausta, como si le estuvieran pidiendo que explicara algo por centésima vez o como si fuese algo tan obvio que no requiriese explicación.

—Porque la hermana de Sally estaba enferma, mamá. La hermana de Sally tenía los labios azules, la piel azul y los párpados azules. La madre de Sally y Tatiana murió cuando las niñas eran unos bebés. Te lo dijeron, aunque no quisiste escuchar. Sally estaba bien hasta que la dañaron, pero sabían que la otra hermana iba a morir, como su madre. Y nadie quiere llevarse a casa a un bebé que va a morir, mamá. Ellos sabían que nadie querría llevarme a un hogar tan feliz sólo para morir.

»Pero ¡entonces rompieron al otro bebé! ¡Rompieron a Sally! ¡Y tú querías a ese bebé! Yo me parecía porque éramos hermanas. Y sabían que cuando notases que algo iba mal ya llevarías mucho tiempo en tu país. Fingirías no enterarte de nada tanto tiempo como te fuera posible. Me maquillaron las mejillas, ¿recuerdas?

Holly asintió. Lo recordaba. Lo recordaba todo.

—Entonces ¿qué más da, mamá? Si no hubiesen roto a Sally, yo habría seguido escondida detrás de esa puerta. Era ella o yo. Y has querido a tu Tatty, ¿no? Sally tenía los ojos más grandes y no estaba enferma, pero mi pelo es más bonito. Y tengo la piel azulada. Durante todos estos años has tenido a tu Tatty y la has querido, ¿verdad?

Holly asintió y asintió y volvió a asentir mientras las lágrimas le corrían por el cuello, el vestido, entre los pechos.

¡Cuánto había querido a su hija! ¡Cuánto había querido a su hija!

—Es sólo que algo nos siguió a casa desde Rusia, mamá. ¿Te acuerdas?

—Sí —sollozó Holly.

—Pobre mamá —dijo Tatiana, negando con la cabeza—. Ojalá hubieras encontrado algo de tiempo para sentarte a escribirlo.

—Sí.

—Pobre mamá. Pobre mamá.

—Sí. —Holly ya no negaba nada—. ¿Cómo te llamaban, cariño? ¿Antes de sacarte de detrás de esa puerta, antes de que rompieran a tu hermana?

Tatiana movió un poco la cabeza, como si intentara hacer memoria, pero no consiguió recordar.

—No lo sé. ¿Por qué iba a acordarme? ¿«Jenny»? ¿«Betty»? No... ¡«Bonnie»! Pero ahora soy «Tatiana».

Rió un poco y luego se puso de pie. Llevaba un regalo que había sacado de debajo del árbol. Cruzó la sala de estar con el paquete en las manos, pero Tatty era sólo una oscuridad lisa, el recorte perfecto de una chica de brazos elegantes y cabello suelto. Le entregó el regalo a Holly. Era algo plano, envuelto en un papel verde reluciente.

—Lo he hecho para ti.

—Ay, cariño. Gracias, Tatty.

Holly tomó el paquete de manos de su hija.

—Papá me ha dicho que este año es especial. Siento haber dormido hasta tan tarde, Tatty. Siento muchísimo que no hayamos tenido tiempo de abrir los regalos.

—Ábrelo ahora —dijo Tatiana con voz dulce y amable—. Ábrelo ahora, mamá. No es demasiado tarde.

A Holly se le hizo un nudo en la garganta por la emoción, por la gratitud. Por la consideración increíble de aquellas palabras: «No es demasiado tarde.» Arrancó el papel verde y lo dejó caer al suelo, entre ella y su hija. Era un libro. Las tapas eran de piel beige blanda, estaba encuadernado a mano, tenía las páginas gruesas y en blanco.

—Vaya —dijo Holly, sosteniéndolo entre las manos.

—Es para tus poemas. Los que nunca escribiste. Lo he hecho yo.

—Vaya —repitió Holly.

Pero cuando se levantó para abrazar a su hija, Tatiana ya no estaba.

¿Tan rápido había vuelto a su habitación?

Holly intentó seguirla, pero le costaba andar. Tuvo que usar los brazos para tratar de nadar por el aire y llegar al vestíbulo y de ahí al cuarto de su hija. Sorteó el pedazo de carne que yacía inmóvil en el suelo, donde se le había caído. Cuando llegó a la puerta del dormitorio, estaba a punto de cerrarse y Tatiana decía:

—Ahora tienes todo el tiempo que te hace falta.

—¡No! —gritó Holly, sujetando el pomo para intentar abrir la puerta justo cuando Tatiana metía el gancho de la aldabilla—. ¡No! ¡Cariño, por favor!

De pronto, al otro lado se hizo el silencio. No se oyó ni el chirrido de los muelles. Holly llamó a la puerta, muy fuerte, y luego dio un paso atrás. Volvió a pensar en embestirla e imaginó lo fácil que sería hacer saltar la aldabilla, pero nada más pensarlo supo que nunca lo haría. Si fuese el tipo de mujer que embestía una puerta y rompía el cerrojo, ¿cuántas veces lo habría hecho ya en su vida?

¡Era como la goma de la muñeca! Durante toda su vida, Holly se había protegido o la habían protegido. Sus hermanas le recortaban de las revistas los anuncios de Humane Society para que no viese las fotografías de perros y gatos abandonados. Pensó en Annette Sanders, que murió borracha en un accidente de tráfico años después de que Holly hubiese terminado su terapia. Recordó lo fácil que había sido salir de esa sala en Siberia, escapar del niño hidrocefálico y de la preciosa niña sonriente del suelo, atada a un orinal.

«Hay que tener un ánimo de invierno.»

Levantó la mano para llamar otra vez a la puerta y entonces, como si estuviese programado para detenerla, *A Hard Rain's A-Gonna Fall* empezó a sonar en su teléfono, que seguía en la mesa del comedor.

Mientras iba corriendo a buscarlo, notó que un trozo de cristal, pequeño pero muy afilado, se le clavaba en el talón.

Le dolía, pero no se detuvo a sacárselo. Encontró el móvil justo antes de que dejara de sonar («*Oh, what did you see, my darling young one?*»), lo cogió, deslizó la barra para responder y dijo, intentando mantener la serenidad:

—¿Sí?

—Holly, querida.

—¿Thuy?

—Sí. ¿Cómo estáis por ahí? ¿Ya ha vuelto Eric con sus padres?

—No.

—¿No? Vaya, entonces ¿han ingresado a Gin? ¿Se encuentra bien?

—No lo sé. Llevo un buen rato sin hablar con él. Estaba con Gin en una habitación. Su padre también tenía dolor en el pecho.

—Vaya por Dios. Estrés. ¿Creen que lo de Gin puede ser una apoplejía?

—No lo sé —dijo Holly—. Está confundida.

—Ay, Holly, cuánto lo siento. No ha sido la Navidad que esperábamos, ¿verdad? ¿Has salido a la calle?

—No.

—Es increíble. Si es que algún día dejar de nevar, tendremos que darle a la pala muy en serio. Pero intentaremos acercarnos mañana, ¿de acuerdo? ¿Llamarás cuando Eric te dé noticias de su madre? Sé que sólo la vemos por Navidad, pero le tenemos mucho cariño. Y también a Gramps, desde luego. Incluso me habría gustado ver a los Cox... Y a tus cuñadas. Sobre todo a esa como se llame.

—Crystal.

—Ah, sí. Crystal. Es la que dice «cielo santo» en lugar de «mierda» cuando se le cae algo, ¿no?

—Sí —dijo Holly—. A mí también se me ha caído algo.

—Ay, mierda. O, mejor, «¡cielo santo!». ¿Qué se te ha caído?

Holly no respondió. Se dirigió de nuevo al ventanal. Se dio cuenta de que era más tarde de lo que creía. Detrás de la tormenta de nieve, el cielo se había vuelto de un azul casi turquesa. Si forzaba la vista, alcanzaba a distinguir que las capuchas de verdugo de sus rosas proyectaban largas sombras sobre la nieve acumulada.

—¿Sigues ahí, Holly? ¿Se ha cortado?

—No, sigo aquí.

—Bueno, hemos comido pasta con atún, hemos abierto los regalos y hemos visto *Qué bello es vivir*. ¿Qué habéis hecho vosotras?

De nuevo, Holly no respondió. Un pájaro alzó el vuelo de una rama del cornejo y se posó en el suelo del jardín. Pareció que interpretaba una danza sobre la tumba vacía de la gata.

—Voy a quitarles las capuchas a las rosas. No pueden ver.

—¿Qué?

Holly se puso a gatas, sin despegar el teléfono de la oreja. Aunque había pasado el aspirador, el suelo de la sala de estar estaba lleno de cristales rotos. Todo ese cristal no podía pertenecer a una sola copa de agua, ¿verdad? Volvió a levantarse y utilizó la mano libre para sacudirse el polvillo áspero de las rodillas. Se cortó las manos con las escamas invisibles, afiladas como cuchillas.

—¿Sigues ahí, Holly?

—Sí.

Volvió las palmas hacia abajo, para no ver si sangraban.

—Antes de colgar, Patty quiere saludarte y a mí me gustaría desearle felices fiestas a mi Tatty, ¿vale?

—Vale.

—Bien, espera un momento. Ven aquí, Patsy. La tía Holly quiere saludarte.

Al otro lado de la línea, pero tan cerca (¡tan cerca, parecía!) de su oído, la voz de la niñita era aguda, suave y dulce, como el ruido del borde de una copa de cristal tras el golpecito de una uña.

—¿Hola?

—Patty, preciosa. ¿Papá Noel te ha traído muchos regalos?

—¿Qué?

—Que si Papá Noel te ha traído muchos regalos.

—¿Qué?

—¿Me oyes, Patty?

—¿Qué?

Después no se oyó nada durante unos segundos, salvo la respiración de la niña. Sonaba tan cerca que incluso la oía tragar. Luego Patty susurró algo y quizá se llevara el teléfono al pecho, porque a Holly le llegó el latido del saludable corazón de la pequeña. Era como si la propia Holly hubiese acercado el oído al diminuto pecho de Patty.

¡Qué pequeño debía de ser su corazón!

Probablemente le cabría en la palma de la mano y, sin embargo, el sonido que hacía conseguía volar los treinta kilómetros que separaban sus casas. «Por favor, por favor, que Papá Noel le traiga lo que haya pedido y que Thuy y Pearl hagan que crea en él muchos años más», pensó Holly. Qué placer tan sagrado, tan simple...

—¿Holly?

Volvía a ser Thuy.

—¿Va todo bien? Patty dice que no te entiende. Dice que hablas en una lengua rara. ¿Hablas en una lengua rara, querida?

—Sólo puedo hablar en la nuestra. Apenas sé unas palabras de ruso. Intenté aprender más, pero no se me dan bien los idiomas.

Thuy se echó a reír.

—Bueno, pues entonces es que el teléfono va mal. Déjame hablar con Tatty antes de que la línea se muera del todo, ¿de acuerdo? Lo intentaremos después y mañana os iremos a ver si conseguimos abrirnos camino a paladas.

—Espera —dijo Holly.

Se llevó el teléfono al pecho mientras cruzaba de puntillas la sala de estar, alfombrada de cristales, y se dirigía al dormitorio de su hija. Tocó el pomo, primero con cuidado, como si temiese que fuera a quemarle la mano como el teléfono había escaldado los dedos de Tatiana. Sin embargo, el pomo estaba frío. Lo giró y empujó, esperando encontrarse la obstrucción de la aldabilla, pero no fue así. La puerta no estaba cerrada por dentro. «No está cerrada, mamá. ¡Nunca cierro la puerta!»

—¿Tatty? —dijo Holly a la espalda desnuda de su hija.

Tatiana tenía los brazos metidos en las mangas del vestido de terciopelo rojo, como si hubiera sido demasiado difícil pasárselo por la cabeza, como si tuviese los brazos demasiado tiesos. Como si Tatty estuviera tan rígida como una Barbie. El camisón estaba en el suelo y las zapatillas de ballet debajo de la mesita de noche.

—¿Tatty?

Se arrodilló junto a la cama, pero procuró no tocar a su hija, tan desnuda, tan vulnerable, tan parecida a una niña abandonada. Holly nunca la asustaría, ni la despertaría, ni la dañaría. Después de que Eric y ella sacaran a Tatiana del orfanato Pokrovka n.º 2 y la llevaran a casa, Holly había pensado muchísimas veces: «Menos mal que no la he traído yo al mundo.» Le parecía un pecado robar un alma de ese otro mundo que pudiera haber ahí fuera para llevarla a éste. Dondequiera que habitasen los bebés antes de nacer, seguro que sería un lugar más tranquilo, menos peligroso, que éste. Seguro que no volvían a introducir las almas de los nonatos y de los muertos en esos cuerpos —¡tan blandos, tan vulnerables, tan indefensos!— para que se las apañasen solas. ¿Qué podía ser peor que eso? ¿Qué podía ser peor que introducir un alma tan exquisita como la de Tatiana en el cuerpo de un animal moribundo?

Porque en el momento en que había nacido había empezado a morir, ¿verdad?

Pero no había sido Holly. No era culpa suya. Ella sólo había sacado a Tatiana de un orfanato espantoso y la había llevado allí, al país más feliz del mundo. A un lugar lleno de prodigios tecnológicos, medicinas, sanidad... ¡No más ajos al cuello en caso de un brote de gripe!

Holly rió en voz alta al recordarlo.

Entonces oyó la voz de su amiga, que la llamaba por el artilugio milagroso que sostenía en la mano (de nuevo esa voz tan clara, aunque estuviese tan lejos), y pensó en Thuy, que un día simplemente despertó del sueño de la infancia con una mano en la mano del ratón Mickey. Qué maravilla. Qué bendición. Qué afortunada era Holly por tener una amiga así.

—Thuy quiere desearte feliz Navidad, cariño —dijo a la espalda de su hija.

Tatty no se volvió, por supuesto que no. Ni siquiera suspiró, exasperada. Estaba tan tranquila, pese al vestido de terciopelo rojo que le colgaba incómodamente de los brazos...

Aunque esa mañana Tatiana no había subido las persianas, Holly vio que anocheía por la grieta que las separaba del alféizar.

Sin embargo, aquella tormenta de nieve iba a iluminar la noche entera. Holly encendería la calefacción. (¡La calefacción! ¡Otra maravilla en la vida de ambas en Estados Unidos! Qué bien recordaba lo frío, desnudo y duro que había encontrado el suelo del orfanato Pokrovka n.º 2 aquella lejana Navidad.)

Sin embargo, primero taparía la espalda desnuda de su hija con la colcha, porque debía mantener arropada esa pobre espalda, pálida y azulada.

Holly dejó el teléfono en el suelo y con él dejó también la voz diminuta y cristalina de Thuy.

Al oírla, imaginó a su amiga como una niña montada en una atracción de Disneylandia, el largo cabello negro ondeando al viento.

—¡Becky! ¿Te diviertes, Becky?

La madre de Thuy le había cambiado el nombre cuando se instalaron en California y no fue hasta la universidad cuando la propia Thuy volvió a cambiarlo por su nombre vietnamita. Ésa había sido una de las razones de que Holly quisiera para su hija un nombre que hablara de sus orígenes.

Porque no se puede olvidar de dónde venimos, ¿verdad?

Porque es importante no olvidar ni engañarse, ¿verdad?

¿No era eso lo que Holly había tenido tan claro? ¿No era ése el motivo de que guardara un paquete de condones en el armario de la ropa blanca para Tommy y Tatiana, pese a la llorosa insistencia de su hija? «No vamos a mantener relaciones sexuales, mamá. ¿Por qué siempre tienes que forzar esas cosas? ¿Por qué no me dejas ser una niña?»

Eric se había enfadado: «Por Dios, Holly. Siempre escondiendo la cabeza bajo el ala por toda esa mierda que prefieres no ver, ¿y tienes que hacerte la moderna precisamente con esto? ¡Tatiana no quiere!»

¿A qué se había referido Eric? ¿De qué se escondía Holly? ¿De qué?

«¿Qué crees que has tenido tan bien escondido, zorra?»

Holly se volvió muy rápido.

Se llevó la mano a la boca para no gritar.

La chica del vestido negro había vuelto. Estaba justo delante del espejo de cuerpo entero de Tatty. Llevaba las zapatillas de fieltro que calzaban los niños en el orfanato Pokrovka n.º 2.

¡Holly las recordaba muy bien! Todos los niños llevaban esas zapatillas, se veían frágiles en sus pies, como si les hubiesen atado trapos alrededor de los tobillos para dar la apariencia de calzado. Y a esa chica del vestido negro parecía que se le habían roto las piernas y se le habían soldado mal. Los brazos estaban muertos, caídos a los lados. La cabeza no se le apoyaba bien en el cuello. ¡Holly también la había visto a ella! Había visto a una niña así detrás de la puerta, enredada en sus extremidades deformes, que ni siquiera se molestaba en llorar. ¡Holly la había visto sonreír!

La chica le gritó algo en ruso... pero esta vez Holly la comprendió. ¡Era como si hubiese hablado en ruso toda su vida! La chica, que habitaba el cuerpo roto de Tatiana, gritó:

—¡Está mal del corazón!

La chica consiguió levantar un débil brazo y golpearse el pecho.

—¡Incluso Randa, tu puta vecina, te lo dijo! «¡Tu hija tiene las uñas azules! ¡Tiene los párpados azules! ¿Por qué se le ponen tan azules los labios? ¡Si ni siquiera hace frío!» ¿Y qué hiciste tú? ¡Dejaste de hablarle! ¡Dijiste que era por cómo se había puesto con el asunto de las gallinas, pero sabías que era por lo que te diría de Tatty si volvías a dirigirle la palabra: «Tienes que llevarla al médico»!

—No le pasa nada. La llevaron a un médico en Rusia. ¡Sally estaba perfectamente!

—¡Y una mierda! —dijo la chica—. Ella nunca fue Sally. ¡Ni siquiera me trajiste un regalo de Navidad! ¿Adónde crees que fue Sally cuando la dejaste allí esos meses? ¿Quién crees que cuidó de Sally entonces? ¿Quién crees que cuida de Sally ahora? Ningún norteamericano quiere a una niña con las piernas destrozadas. Una niña que se le ha caído a alguien, o a quien han golpeado. Ni tampoco a una niña con problemas de corazón. ¡Por eso fingiste no saberlo, hasta que ya no pudiste seguir ignorándolo!

—¡Eso no es verdad! —exclamó Holly, desesperada—. A mí eso nunca me importó, te quería. Eras la cosita más dulce y maravillosa que he querido en mi vida. Os quería a las dos. ¡No me importaba! ¡Me habría llevado a cualquiera de vosotras, o a las dos! Te habría llevado rota como estabas, me habría llevado a tu hermana con su defecto en el corazón. ¡Lo habría hecho, lo hice!

«¡No, no lo hiciste!»

Aunque el grito era ensordecedor, Holly no se molestó en taparse los oídos. Sabía de dónde procedía la voz y se tapó los ojos, convencida de que, cuando volviese a mirar, Sally se habría ido.

Holly sabía que todo sería distinto en cuanto Eric volviese a casa, cuando llegase la mañana.

Tragó saliva, obligándose a no llorar. No haría ruido en lo que quedaba de día. No tenía sentido inquietar a Tatiana. Su hija nunca se enteraría. Holly no se lo diría a nadie, ni siquiera se lo contaría a Thuy. Como tampoco le había contado a nadie lo de las gallinas, ni que aquel verano, cuando las compraron en la granja de las afueras de la ciudad, había sido tan estúpida para creer que serían felices. Que las gallinas se quedarían en la cerca, picotearían larvas y vivirían en el encantador gallinero amish que Eric y ella habían comprado por correo.

Nunca le había contado a nadie que, mientras Tatiana dormía la siesta y ella estaba en la cama leyendo con la ventana abierta —era un día precioso de principios de verano, con un cielo tan azul que parecía una especie de membrana extendida sobre el mundo, tan tirante en el espacio que podía pincharse—, oyó cacarear a las gallinas en los arbustos de abajo.

Notó que el cacareo era más fuerte de lo habitual, pero se permitió creer que sólo reñían por un bicho bola, que peleaban por un gusano. ¡Cómo le había gustado el ruido de las gallinas! Realmente no había nada tan bonito como tener gallinas en el jardín («Tanto depende de... unas gallinas blancas», decía W. C. Williams). Holly lamentaba que los vecinos no lo aprobasen («Los urbanitas no entienden de animales de granja; ¡será un desastre!», habían protestado en una carta al director), pero tener gallinas propias, desayunar unos dorados huevos revueltos puestos por tus propias gallinas...

Holly descubrió mucho después que el cacareo había sido de cuatro gallinas matando a picotazos a una quinta. Que la peor parte había tenido lugar en el jardín de Randa. Que habían perseguido a la víctima —aquella a la que tonta, espantosamente había llamado *Sally*— por un agujero de la cerca. Cuando la gallina consiguió llegar a la madreselva de Randa para esconderse, ya era demasiado tarde.

Con mucho cuidado, para no molestarla, Holly cubrió el hombro de su hija con la colcha, le dio unas palmaditas, le acarició el cabello brillante con una suavidad extrema. Luego se agachó, recogió el teléfono del suelo y se lo llevó a la oreja.

—¿Hola? —preguntó.

La llamada entre ella y Thuy ya se había cortado. Holly lo sentía. A Tatiana le habría encantado hablar con Thuy, con Pearl, con Patty. A Tatiana le encantaba la Navidad. Le encantaba desear feliz Navidad a su familia y a sus amigos.

Holly se inclinó sobre la cama de Tatiana, deslizó el teléfono en la mano de su hija y le cerró los rígidos dedos alrededor del aparato por si Thuy volvía a llamar. Luego salió de puntillas de la habitación y cerró la puerta sin hacer ruido.

Informe 321-22-2-7654

FECHA DE LA MUERTE: 25 de diciembre, 20--

HORA APROXIMADA DE LA MUERTE: 7.30-8.30 h.

FALLECIDA: Tatiana Bonnie Clare

EDAD: 15

PADRES DE LA FALLECIDA: < 25: Holly E. Judge/ Eric M. Clare

LUGAR DEL DECESO: Domicilio de la fallecida: 11-- Great Forest Road/--- ---
---, Michigan 49---

CAUSA DE LA MUERTE: Infarto de miocardio debido a defecto hereditario
congénito/Hipoplasia del ventrículo izquierdo

NOTAS: El padre regresa al domicilio aproximadamente a las 20.45 h después de retraso debido a la tormenta/emergencia familiar. Encuentra a la madre perturbada/indiferente en la sala de estar. Varios minutos después encuentra a la hija muerta en el dormitorio. Al principio sospecha homicidio. Señales de lucha: cristales rotos/platos/comida y ropa dispersos por toda la casa. La madre insiste en que su hija está viva/no sale de la habitación. Habla de una intrusa, descrita como una adolescente. «Sally.» «De Rusia.» Cuaderno/escritos recientes/referencia a que los «siguen». (¿Psicosis vinculada a estrés agudo?) Violencia/allanamiento de morada descartados por la policía. La madre ha cambiado repetidamente de ropa a la fallecida, *post mortem*, a lo largo del día. También ha alimentado a la fuerza a la fallecida y la ha trasladado repetidamente de habitación en habitación a lo largo del día. La madre permanece en observación.

Agradecimientos

Por su ayuda y apoyo de todo tipo, mi gratitud eterna a Bill Abernethy, Jack Abernethy, Lucy Abernethy, Lisa Bankoff, Dominique Bourgois, Antonya Nelson, Katherine Nintzel, Carrie Wilson y Olga Zilberbourg.

Una noche de invierno

Laura Kasischke

ISBN edición en papel: 978-84-9838-820-6

ISBN libro electrónico: 978-84-15629-61-0

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre 2017

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Mind of Winter*

Traducción del inglés: Magdalena Palmer

Ilustración de la cubierta: istock / www.patrickknowlesdesign.com

Copyright © Laura Kasischke, 2014

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info